

EL ESPAÑOL

3 Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 24 - 30 mayo 1959 - Dirección y Administración: Pinar, 5 - II Época - Núm. 547 Depósito legal: M 58.69 - 1958

OJOS Y OIDOS DE
LOS ESTADOS MAYORES
EN GINEBRA



CARTAS QUE JUEGAN SIN ESTAR SOBRE LA MESA



LOS HOMBRES TAMBIEN LO NECESITAN

La transpiración no es patrimonio del sexo débil. Y sus desagradables consecuencias no pueden, por lo tanto, imputarse sólo a la mitad del género humano. Los trajes masculinos se impregnan de sudor lo mismo, o más, que los femeninos. No se debe pedir a la mujer que sea pulcra y no exigir al hombre análogos cuidados. El remedio es también idéntico para los dos.



ODO-RO-NO

ODO-RO-NO constituye en todos los países, especialmente en los medios sociales, una práctica higiénica corriente. Regula la transpiración y suprime el sudor en aquellas partes del cuerpo donde su presencia es desagradable para el olfato, nociva para la piel y perjudicial para la ropa.

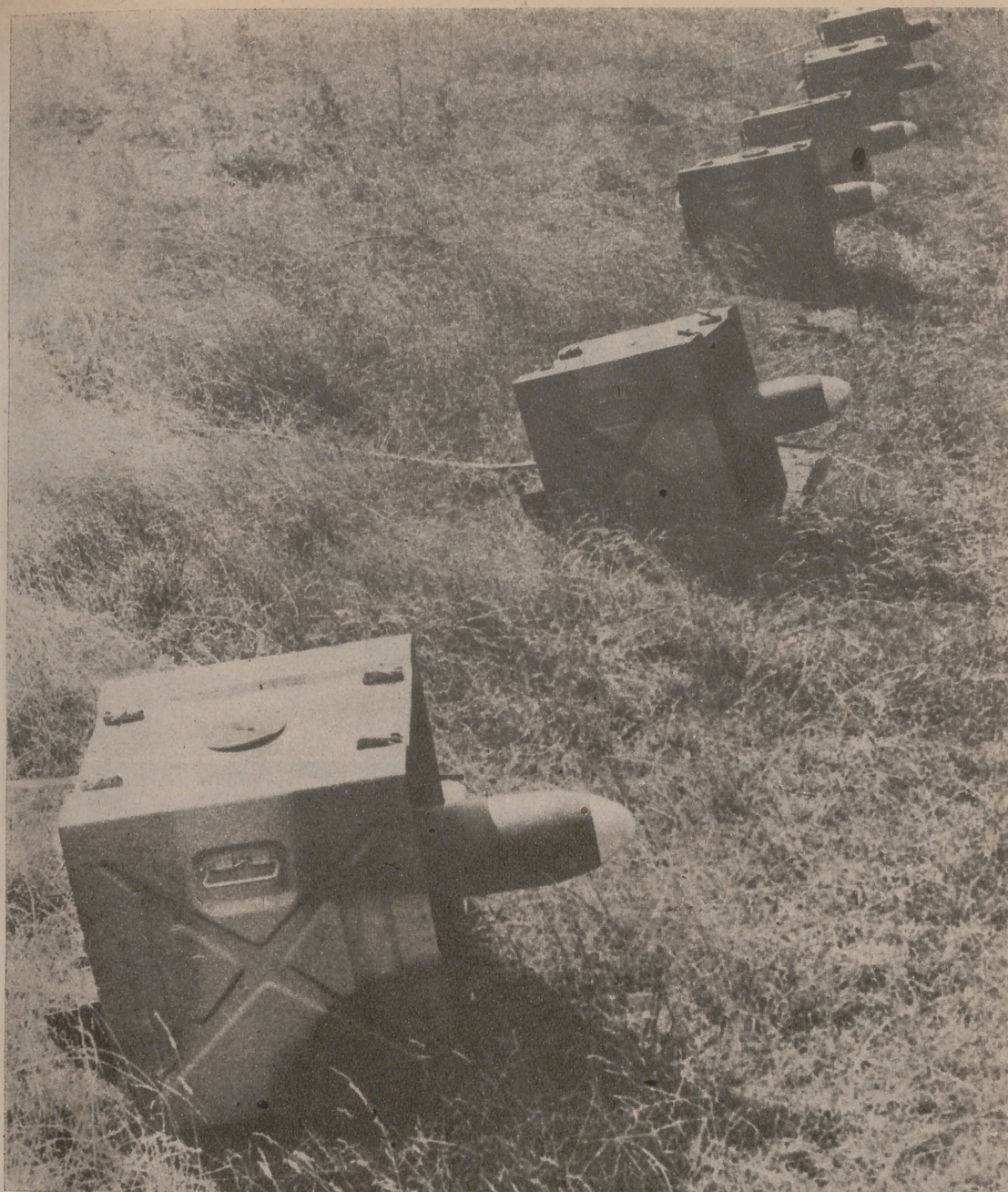
ODO-RO-NO, además, no "enmascara" como otros productos corrientes. Ataca la causa; desvía el sudor y sus efectos son duraderos.



ODO·RO·NO

CONTRA EL SUDOR Y SUS CONSECUENCIAS

Concesionarios: FEDERICO BONET, S. A. - Edificio Boneco - Madrid



Nuevo proyectil especialmente diseñado para cazar tanques. Entra en acción con sólo apretar un botón a 150 kiló metros de distancia

OJOS Y OIDOS DE LOS ESTADOS MAYORES EN GINEBRA

CARTAS QUE JUEGAN SIN ESTAR SOBRE LA MESA

SOBRE el «carnet» de notas de la diplomacia mundial hay, sin duda, apuntadas estas tres cuestiones previas, planteadas actualmente en Ginebra: problema de la «seguridad mundial», problema de la «división alemana» y problema del «control de armamentos atómicos». Tres cuestiones graves, difíciles y latentes. Por tanto, problemas todos y cada uno amenazadores para el mundo.

Empecemos por la primera cuestión, aunque todas ellas — las tres exactamente — estén ligadas íntimamente entre sí. Para la seguridad mundial es vital la situación de Alemania. Para ésta, es cápital el problema de los armamentos. Y los nucleares están en relación íntima con las otras dos cuestiones apuntadas.

La verdad es que cuando la



La sede de la conferencia de Ginebra. Dentro se desarrolla el diálogo de la diplomacia; fuera, los Estados Mayores afilan su estrategia

guerra mundial última terminara el armamento atómico americano parecía decidirlo todo. Tras de Hiroshima, Nagasaki, significaron casi 100.000 muertos y otros tantos heridos. Dos bombas, en fin, dos impactos tan sólo y dos ciudades arrasadas totalmente. Los Estados Unidos acababan de demostrar su absoluta supremacía militar, aplastante, indiscutible, algo más manifiesto, más contundente, por ejemplo, que las armas de fuego, surgidas en los combates en pleno siglo XV y XVI. La pólvora era ya una insignificancia comparada con los nuevos ingenios nucleares. He aquí lo que ocurrió, exactamente, en aquellos días de finales de la guerra, del verano de 1945. Los americanos conservaron su absoluta e indiscutible supremacía durante algún tiempo. Fueron a la sazón los dueños indiscutibles del mundo. Pudieron entonces haber liquidado las diferencias con Rusia en vez de haber optado por la «coexistencia» y el «desarme», aunque el rival soviético no desarmara nada. Pero las cosas ocurrieron así. Sólo que en agosto también de 1949, cuatro años después de haber acabado aquella guerra, Rusia ensayó su primera bomba atómica. La cuestión se iba a plantear en seguida en términos distintos. Ya no se trataba de un arma en exclusiva; se trataba de un arma compartida. Cierto que los rusos deberían ir por sus pasos, aunque llevados de la mano por los espías e indiscreciones de los occidentales. Cierto que los Estados Unidos saltaron pronto de la bomba atómica a la de hidrógeno. De los veinte «kilotones» (20.000 toneladas de trilita) de las bombas atómicas japonesas a los doce

«megatones» (12 millones de toneladas de trilita) de la bomba del Pacífico. Pero, sin duda alguna, tanto esta potencialidad como el arsenal más o menos abundante de estas armas nucleares tiene sólo una importancia marginal, aunque, desde luego, importantísima. No importa que un bando pueda lanzar sobre el rival una sola bomba de esta clase, y, en cambio, recibir diez. Los daños producidos por esa sola bomba son tan terribles que vale la pena de considerar el caso en toda su enorme trascendencia.

He aquí una prueba del aserto. Hace un par de años los americanos realizaron un ejercicio en el que suponían un ataque aéreo de 175 aparatos enemigos sobre 155 ciudades propias diferentes. Se convino en esta ocasión que el supuesto ataque había logrado arrojar sobre la libre América 166 bombas nucleares. Los técnicos concluyeron que semejante bombardeo habría originado, de ser real, una catástrofe terrible. Nada menos que habría causado semejante incursión, al parecer imposible de atajar de modo rotundo y absoluto, «ocho millones y pico de muertos», «destruido 6.700.000 viviendas» y «convertido en la desgraciada condición de «refugiados» — quedados sin hogar y sin trabajo—otros 41.000.000 de pobladores más».

Si esto ocurre, en hipótesis, en los Estados Unidos, cabe imaginarse lo que pudiera acontecer en Inglaterra, cuya población se concentra, en más de sus tres cuartas partes, en las grandes urbes. No muy distinto, aunque no sea igual, es el caso de Francia, de Alemania, de Italia, etc. Y, naturalmente, no es diferente ni si-

quiera mejor el caso de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, pues, aunque su población sea en su mayor parte rural, la verdad es que en pocas horas quedaría totalmente arrasado este inmenso país, no obstante su extensión, sometido al bombardeo sincronizado de los grandes aparatos del Strategic Air Command y de los «missiles» situados en el Nuevo y en el Viejo Continentes. ¿Entonces?

He aquí la conclusión. Supuesta tan terrible, tan hecatómbica, una guerra atómica todos convienen que lo mejor sería evitarla. Ni siquiera optar por la «guerra atómica pequeña», la de las «armas nucleares tácticas», porque semejante solución desembocaría fatalmente en una «guerra atómica a lo grande», en una enorme contienda nuclear, cuyo final sería el del propio género humano. He aquí por lo que tal guerra—la «batalla atómica mundial»—se ha llamado por alguien, con razón, «el suicidio mutuo», y por lo que el mundo entero y las grandes potencias querrieran ciertamente evitar semejante experiencia, que saben de antemano sería para todos fatal.

ARMAS ATOMICAS.— EQUILIBRIO MILITAR

La defensa, sencillamente, contra el peligro aéreo llevaría a conclusiones desconcertantes. Para defender en la medida tan sólo de lo que puede ser posible—en modo alguno de asegurar la impunidad frente a la aviación rival—una ciudad como Hamburgo, París o Londres, requeriría, según los técnicos, veinticinco grupos de artillería antiaérea ligera, otros

diez pesada y nueve batallones de «Nike», mas gastos de puestos de mando, servicios y entretenimiento. ¡Total, «13.000 millones de pesetas»! ¡Cálculése lo que costaría la defensa posible de cuarenta o sesenta ciudades europeas y un centenar de poblaciones americanas! ¡Cálculése lo que debería gastar Rusia para defender en la medida estricta de lo factible su centenar y medio de ciudades «cienmilenarias», esto es, de más de cien mil habitantes cada una!

Las armas atómicas, o, por mejor decir nucleares, han provocado así, quiérase o no, «un equilibrio militar en el mundo». No se trata de que este bando tenga más o menos bombas. Basta con que tenga algunas docenas para hacer reflexionar a los demás. A los armamentos termonucleares americanos, en efecto, se añadieron los rusos y los británicos, sucesivamente. Mañana se incorporará «al desconcierto» de las potencias atómicas Francia, Alemania, Italia, etc., etc. El camino está abierto y aun trillado, ¿y quién será capaz de cerrarle ya para los demás? La cuestión se ha complicado y se complicará más en el futuro. Los arsenales americanos, sobre todo, están repletos de ingenios de esta clase. ¿30.000? ¿40.000? ¡Y qué más da! La reflexión se impone. Las potencias no quieren suicidarse, y hacen bien. ¿Se impondrá, en consecuencia, el buen sentido? He aquí lo que pudiera, sin duda alguna, ocurrir. La cosa está tan clara...

DOS BANDOS QUE SE VIGILAN

En el frente europeo, de Lubek a Hoff, en Alemania, y luego hasta el Adriático, los dos bandos se vigilan. Los occidentales tienen en línea y a pie de obra una veintena larga de divisiones, entre americanas, inglesas, germanas y francesas, principalmente. Los rusos disponen, sin embargo, de 175, de las cuales 26 son pentómicas y el resto ordinarias —en gran parte motorizadas y mecanizadas—, amén de otras 40 más de artillería, defensa anti-aérea, etc. La superioridad parece decisiva. Por añadidura, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas alinea sus divisiones—al menos en su mitad—al oeste de la línea de Kiev a Leningrado, esto es, están dispuestas en «punta», para operar súbitamente. ¿Entonces por qué no ataca Rusia? Pues sencillamente porque teme la réplica atómica de Occidente. Porque sabe que una agresión suya sobre Alemania Occidental, por ejemplo, acá del Elba, sería el final. ¡Desencadenaría la guerra atómica, justamente lo que ella, no menos que sus adversarios, tienen interés especial en evitar:

Rusia sabe que la defensa occidental se está incrementando con cohetes. Rusia sabe que una instalación en Europa occidental de 120 baterías de «misiles» implicaría una fuerza de contención equivalente a ¡600.000 cañones de calibre medio!—¡quién se acuerda ya de «la batalla de artillería» de Wagram, en los días ya viejos de Napoleón!—, y sabe que este obstáculo le resultaría sencillamente fatal. Rusia sabe más. Sabe que su poder, ni en tierra, ni en mar, ni en aire, es



A pesar de las armas modernísimas, es preciso adiestrar al hombre en los métodos de lucha directa

en modo alguno superior al de sus adversarios. Lo que pasa es que éstos tienen esparcidos y diseminados sus efectivos. Pero en la hora «H» del día trágico «D» no hay duda que coincidirían, sin faltar ninguno, en el objetivo capital: ¡Rusia misma!

He aquí unos datos que prueban nuestra tesis. Las potencias de la O. T. A. N., sin contar a las demás occidentales, tienen sobre las armas 3.400.000 hombres al servicio del ejército de Tierra, 1.730.000 al del Aire y 1.240.000 al del Mar. En total, y en números redondos, 6.300.000 hombres. Rusia, por su parte, dispone de

2.600.000 soldados en el ejército de Tierra, 800.000 en el del Mar y 750.000 en el del Aire, a cuyo número total —4.150.000— podríamos añadir, sin duda, algo más de un millón que suman los efectivos de los satélites. En total, la superioridad numérica de Occidente sobre la U. R. S. S. y sus seguidores es de un millón y pico de soldados.

Cálculos de precisión en una moderna base aérea norteamericana





Oficiales de los diversos países que integran la N. A. T. O. presencian una demostración con armamento nuevo

He aquí por lo que Rusia debe de andarse con cautela. ¡Ladrará, pero no morde, sin duda! No habrá calma, ciertamente, en el mundo —mientras que exista el comunismo no podrá haberla nunca—, ¡pero tampoco habrá guerra! ¡Guerra grande, bien entendido! Porque de la otra clase de guerra, revolucionaria, limitada, local, psicológica..., como quiera llamársela, de esa clase de guerra, insistimos, habrá, sin dudarlo, mucho. ¡En Asia! ¡En América! ¡En Europa, si es posible! ¡Y, desde luego, en África! ¡En África, sobre todo!! He aquí un vaticinio nada difícil que formular. Rusia, gravitando sobre el frente continental europeo, amenazará, fijará allí cuantas tropas y armamentos pueda, pero, como es natural —y no se recata en decirlo—, atacará en otro sitio. ¡En África, insistimos, para ver de envolver la fortaleza inexpug-

nable del Occidente continental europeo!

BERLIN, PUNTO DE ESCAPE

La mutilación alemana fue un producto de los errores políticos de la última gran guerra. ¡Consecuencia, mister Churchill, de aliarse con el demonio! El mal lo previó todo el mundo a la sazón. ¡Menos los vencedores! Justamente, los que debieron evitarle. Y ahí están sus frutos. De un lado, una Alemania Occidental extensa, casi como la mitad de España, con 50 millones de habitantes; un país libre, más industrial que agrícola. De otro, una Alemania soviética, esclava, es una quinta parte de la extensión española, con una población de 17.000.000 de habitantes. Un país éste más agrícola que industrial. ¡En fin, un desatino! Los occi-

dentes querrían, naturalmente, devolver a Alemania su unidad tradicional. Brindarla que se gobernara por sí misma. Pero Rusia no quiere. Atenaza su presa oriental, sometiendo a un país mucho más culto, más próspero y más pujante a la mediocridad del marxismo harapiento y al régimen antieconómico de los «koljoses» y de las fábricas estatales. A Rusia no le gusta siquiera la situación actual, porque el enclave de Berlín sirve de válvula de escape para que las gentes huyan, sin cesar, del supuesto «paraíso soviético». Nada, naturalmente, puede convencer a las gentes de que el comunismo significa ventaja o felicidad alguna cuando las gentes escapan, en cuanto pueden, por el portillo berlinés camino del mundo libre. El éxodo, pese a las dificultades y a los peligros, representa ya una masa de siete u ocho millones de fugitivos

precedentes de Alemania Oriental, de los países satélites y de Rusia misma! El «paraíso soviético», en definitiva, resulta, a las claras, un mero tema propagandístico. No es por mero capricho turístico por lo que esa masa marcha camino del Oeste, sin reparar en peligros, en dificultades y en la aventura. Estas gentes huyen, sencillamente, en pos de la libertad... He aquí lo que a la Unión Soviética, naturalmente, le gustaría atajar.

UN CENTRO DE EUROPA, VACIO

El «Plan Rapacky» con las modificaciones de Krustchev, podría llenar las aspiraciones soviéticas, al menos de momento. La versión, en su conjunto—el detalle es superfluo—significaría desmilitarizar Alemania entera; Polonia y Checoslovaquia. En crear un espacio vacío militarmente entre el Elba y el Niemen. Retroceder, los rusos, con sus tropas, al Este de este río y los occidentales al oeste del Rin. He aquí todo un plan para interponer, entre los dos grandes bloques, el oriental comunista y el occidental libre, un gran espacio neutral, desmilitarizado, pasivo. Un plan que le encantaría a Rusia. Y que, naturalmente, no puede encantar, en consecuencia, a los occidentales. ¿Por qué? Pues por una serie de consideraciones de la mayor trascendencia y evidencia al mismo tiempo también.

Un centro europeo y vacío significaría, para Rusia, la posibilidad de invadirle por sorpresa y dominarle súbitamente, mediante el empleo de carros y elementos mecanizados, paracaidistas y aviones. Con todo el poder del Ejército rojo salvar así 1.500 kilómetros a través de un país desarmado e inerme, se comprende no es cosa harto difícil. Máxime cuando Rusia puede movilizar, concentrar y actuar sin ruido, sin necesidad de consultas protocolarias, sin preocupaciones de indiscreciones de nadie. Y logrado esto, ¿qué quedaría de Europa? Apenas nada.

El vacío militar de Centro-Europa significaría, para Rusia, mucho más aún, la posibilidad de agitar, de intensificar allí la «guerra fría»; de hacer actuar a las «quintas columnas» comunistas mientras que Europa comenzaría a perder prestigio, libertad de acción y debería, desde luego, relegar a la periferia—islas y penínsulas—la defensa continental. Alemania, al desarmar privaría a la N. A. T. O. de su excelente «Bundeswehr» y dejaría abierta la vía de la invasión occidental, dejando sin protección a Francia; abierta la puerta de Inglaterra y entregada a la impotencia total al Benelux. Noruega, sin dudarlo, se autoneutralizaría inmediatamente. Lo mismo haría Dinamarca y, en Italia, las cosas a ésta respecto no irían tampoco bien. Sería menester perder todas las bases construidas por la N. A. T. O. y las americanas en el corazón mismo de Europa. Nuestro Continente sin «fondo de maniobra»—sin «hinterland» militar—se habría de este modo indiscutiblemente perdido, desde luego.

He aquí otro problema. Otro problema, naturalmente, sin solu-

ción. No habría, pues, reunificación alemana, Rusia no lo tolerará. No habría, naturalmente, en modo alguno ratificación de esta inutilización. Las cosas deberían así, fatalmente, rodar como hasta aquí. Rusia se lanzará, una vez más, a la ofensiva propagandística; a la guerra de palabras; a la lucha fría. Pero no se pasará de aquí. No habrá guerra. Pero tampoco, ciertamente, habrá a este respecto paz del mismo modo.

ABOLICION DE LAS PRUEBAS NUCLEARES

La cuestión de las armas nucleares, antes apuntada y aún esbozada, es la última cuestión abierta—desde hace mucho tiempo, desde luego—en torno de Ginebra. A decir verdad no se trata de momento de abolir las armas atómicas, como de prohibir sus pruebas. No de desterrar el peligro, sino cortar la fabricación de nuevos ingenios nucleares. ¿Cabría el acuerdo? No negamos la posibilidad. A la postre ello significaría una buena voluntad a este respecto por ambas partes. Pero nada más. Con las armas atómicas producidas ya, almacenadas en los Estados Unidos, en Rusia y en la Gran Bretaña hay ya más que suficiente poder destructor para aniquilar la vida sobre la tierra. ¿Entonces...?

La posición americana parece diáfana a la vista de la última carta del Presidente Eisenhower a Krustchev. El yanqui quiere la supresión de pruebas nucleares. Incluso señala este propósito como «la meta» de su país. Pero le gustaría, naturalmente, una reciprocidad en el acuerdo. Garantía, en fin, de que de verdad se interrumpieran semejantes pruebas en el mundo. Pero ello requiere llegar a una coincidencia sobre la base científica al efecto. Realizar el número de inspecciones sobre todos los países—¡Rusia naturalmente, incluida!—para la seguridad del propósito. Inspecciones «in situ», desde luego, siempre que

fuera menester. Este control se verificaría sobre todas clases de explosiones, subterráneas, en superficie y en el aire a cualquier altura que ésta se produjera.

¿Qué responde Krustchev? Pues el amo del Kremlin replica que ya ha indicado a MacMillan—al que elige de intermediario—que estaría conforme en fijar el control de semejantes pruebas en los Estados Unidos, Inglaterra y la Unión Soviética también fijando un número conveniente de viajes. En resumen, apunta conclusión semejante, aunque quizá de modo no tan preciso ni amplio. Sospechamos que Krustchev—¿cómo no?—pueda tener guardada aquí una «caja de truenos», al efecto. ¡No faltaría más! Pero no desechamos tampoco que pudiera del mismo modo haber una vía de arreglo, bien entendido que sólo para la suspensión de pruebas nucleares. Toda otra cosa; todo proyecto de mayor ambición—no entramos ni salimos sobre su viabilidad—aseguramos solamente que es prematuro.

En fin, ¿paz? No. Aunque tan poco guerra. Al menos una guerra grande, total general, mutuamente suicida. Rusia mantendrá como hasta aquí su estrategia militar de equilibrio con Occidente. Pero mientras tanto desencadenará su ofensiva política y revolucionaria en el resto del mundo. Aquí, en Europa seguirá ladrando de buena gana. Pero no dejará, estemos bien seguros, de mordeder donde pueda. Fuera del Continente, por lo demás. He aquí lo más probable. Casi nos atreveríamos a decir que lo seguro.

El mundo libre deberá, pues, proseguir su «carrera de armamentos» y su «carrera de obstáculos». Los que Rusia vaya sucesivamente poniendo cada día. Que no serán, en modo alguno, ni pocos ni fáciles. He aquí el diagnóstico.

HISPANUS



Prácticas en el manejo de las últimas armas antitanques por oficiales de la N. A. T. O.

ANTES Y DESPUES DE GINEBRA

Por ALFONSO BARRA
(Enviado especial)

EL problema alemán ha venido siendo el tema de fondo en la Conferencia de Ginebra. Mucho se habló y demasiado se ha escrito ya tratando de insinuar que una solución satisfactoria del conflicto germano abriría para la Humanidad unas bucólicas perspectivas de paz. Rotunda y firmemente es preciso decir que ni aun en el supuesto de que se hubiera llegado a una transacción sobre Alemania, el mundo podría entregarse a esos pretendidos placeros de la paz. La amenaza soviética seguiría en pie igualmente. Alemania es sólo uno de los puntos de fricción entre los dos bloques en que se halla dividido el mundo, posiblemente de los más peligrosos. Pero no es el único.

El más serio problema que Occidente ha de afrontar es precisamente el peligro comunista. Este imperialismo soviético constituye la amenaza capital y se sobrepone a todos los otros conflictos. La cuestión germana es únicamente un capítulo de esa vasta conspiración mundial. Siendo esto así, constituye una ilusión infantil pretender que en Ginebra se podrían sentar las bases de una paz general. Ni con unos resultados ni con otros, esos debates podrían alumbrar la tranquilidad para Occidente. El mal raíz, la expansión comunista, no ha constituido punto de estudio en Ginebra.

Mientras se preparaban esas reuniones, la penetración soviética se consumaba en el Tíbet. También en el Oriente Medio el comunismo mantenía su actividad virulenta y no es preciso citar aquí lugares, a fin de evitar una larga lista de nombres geográficos. África era también blanco de la subversión patrocinada por Moscú. En Hispanoamérica se daban, asimismo, muy inquietantes pruebas de la agitación comunista. Todo esto son hechos concretos y palpables y se hallan frescos en la memoria de cualquiera. Por un lado Moscú hablaba de negociar la paz en Ginebra y por otro atizaba con saña el fuego del desorden.

Para secundar esa campaña política, Krustchev recordaba en vísperas de Ginebra que el Ejército rojo estaba a punto para «mantener la paz». Lo que es tanto como decir que se halla dispuesto para neutralizar toda oposición de Occidente. Hacía referencia igualmente a la potencia de la flota submarina soviética en la misión de aislar los Continentes si llegara la oportunidad de emplear esa escuadra.

De esta manera, mientras Mos-

cú distraía la atención con los manejos de Ginebra y de la Conferencia de «alto nivel», su acción contra el mundo se mantenía en toda vigencia. Y esperaba la reunión ginebrina para meter una cuña en la unidad de las potencias occidentales. De cualquier forma, la Unión Soviética no quería salir con las manos limpias del encuentro diplomático.

Toda esta acción fría y calculada iba emparejada con una hábil propaganda para divulgar la falsa especie de una aparente moderación soviética en la hora actual. Bastaba tender el oído en la «Casa de la Prensa» de Ginebra, donde se hallaban los más influyentes comentaristas de política internacional para medir hasta qué grado Rusia ha repartido la semilla de la «coexistencia pacífica». La teoría de que la Unión Soviética está dispuesta a vivir en paz con el mundo había vuelto a ser resucitada de nuevo. Y lo malo es que el número de los ingenuos es muy superior al que pudiera creerse, después de las experiencias pasadas y presentes. Moscú ha hecho correr vientos de inclinación al entendimiento entre los dos bloques; de buena o de mala fe, la idea vuelve a contar con un coro de comparsas, más nutrido de lo que el sentido común autoriza.

El peligro de la hora presente es serio. La «coexistencia pacífica» es incompatible con la doctrina comunista. Esto se halla bien probado por la reciente historia. La difícil situación de Berlín no es nada más que consecuencia de haber caído en el pecado de suponer que Rusia colaboraría con Occidente. Cuando los dirigentes aliados establecieron el régimen de ocupación en Alemania, todo descansaba en la creencia de que Rusia se avendría a compartir sus derechos honestamente. El resultado actual es que Berlín es una baza muy fuerte en manos de Moscú. Alemania está trágicamente dividida y el dominio comunista se ha atrincherado en los países satélites. Es pueril pretender ahora que hablando con los rusos en Ginebra o donde sea, será fácil desalojarlos de las posiciones que ocupan. O que van a renunciar a su política agresiva, facilitada otra vez por la peligrosa idea de la «coexistencia pacífica».

No importa el caso actual del Tíbet. Ni el de Hungría. Ni tampoco los últimos manejos soviéticos contra Irán. Ni el fermento cultivado en Argentina. Ni la descarada agitación en el Estado de Guinea, donde ya han entrado en funciones militares pro-

fesionales del otro lado del «telón de acero» para instruir las Milicias. No importa tampoco que en el Norte de África se den a diario inquietantes muestras de la presencia comunista. El impenitente grupo de abogados de la «coexistencia pacífica» ha vuelto otra vez a ponerse de acuerdo para hacer oír sus músicas, bajo la batuta complacida de Moscú.

Como españoles aburridos ya de tan peligrosa orquesta y con la paciencia bien empleada para soportarla, conviene repetir algunas verdades nunca olvidadas. Los políticos de la coexistencia, que en mala hora tuvieron en sus manos el destino de Occidente, a raíz de la guerra, sentaron cátedra ante la historia por su incompetencia. Por creer en la posibilidad de un entendimiento con la U. R. S. S., está media Europa ocupada Alemania dividida, el Oriente Medio amenazado, África en peligro y gran parte de Asia es ya comunista.

Esos dirigentes torpes, incapaces de sacar adelante sus problemas, si se creían en cambio con luces para remediar los nuestros. Ocultaban sus colosales errores frente a Rusia, con irresponsables campañas contra los españoles. Mientras perdían inútilmente su tiempo en tratar de abrir las ttrras de España al comunismo, Rusia ganaba posiciones en el mundo y se movía para llevarse en exclusiva el botín de la guerra.

Después de todo lo ocurrido y a la vista del forcejeo de Ginebra, hay que pensar, aún más, en la gran fortuna de España teniendo a su frente al Generalísimo. El estadista ocidental que vio siempre el peligro y que no ha tenido que retirar ninguna de sus advertencias. No hay política en Europa más recta, más responsable y más consciente que la de España con el Caudillo. Bien alto puede repetirse en esta hora. Cuando fuera de nuestras fronteras se enfundaban las armas para volver al rearme a los pocos meses. O cuando se estrechaba la mano de Moscú para luego tener que disparar en Corea. Y cuando se repartían campechanos abrazos en el Kremlin para buscar al día siguiente una alianza contra los amigos de la víspera. España se mantenía en una postura que no ha tenido que modificar en nada.

Lo grotesco es que esos grupos cosechadores de fracasos en los problemas que eran de su incumbencia, todavía se permiten, de tarde en tarde, la imbertinencia de recomendar a los españoles algunas de sus fórmulas como bálsamos mágicos. Sólo queda sonreír. Porque si se hablara, sabría que aconsejarles que contemplan de pasada el revuelto pastel que han hecho del mundo. Y que para oírles, tendrían antes que emendar los errores y reparar todos los daños de su política de «coexistencia pacífica». En otras palabras, habrían de meter en cintura a su antiguo aliado en la guerra: la Unión Soviética. La Humanidad entera sufre ahora las consecuencias de haber hecho ellos causa común con el comunismo durante la contienda.

EL ESPAÑOL EN LA SELVA PERUANA



En los dominios del curaca Tariri, jefe de los reducidos de cabezas

Caycat, el cacique de los aguarunas, enseña a civilización a sus quince mil indios

De izquierda a derecha: Indios aguarunas, en Luma; Caycat, el cacique, con el autor del reportaje.—Abajo: En la tribu de los cashibos, el cacique Gregorio Estrella, a quien abraza Miguel Villalba



Una rústica cocina, en el corazón de la selva

ME invitaron a entrevistar a jefe de los reducidos de cabezas de la selva peruana, el curaca Tariri. Todo fue tan rápido, tan inesperado, que de pura alegría me pareció una inocentada. Había que salir una hora después, y a la media ya estaba yo listo para el viaje, con topa de verano y sin saber con quién iba, ni a dónde, ni por cuánto tiempo.

¿Qué importaba? Había que volar miles de kilómetros y saltar los Andes imponentes. Había que internarse en plena selva peruana, en el "infierno verde", como allí la llaman. Había que viajar en un avión chiquito, que parecía de juguete. Pero, ¿qué importaba? Así, la aventura parecía más atractiva.

¿AVION O CUCARACHA?

Me dijeron que el avión era especial.

—Ya verá usted. Es lo más nuevo que se conoce. Con éste, no hay peligro.

Yo no lo había visto aún. Con esas recomendaciones me había hecho la idea de que se trataba de un gigante del aire, con seis motores por lo menos. Algo así como el último modelo. Máxime sabiendo que lo había regalado

el vicepresidente de los Estados Unidos, con la cooperación del Estado de California, para el Instituto Lingüístico de Verano, que estudia las lenguas aborígenes en la selva del Perú.

Más tarde comprobé que era especial, en verdad, pues aterrizó a cincuenta kilómetros por hora y para ello le sobran ochenta metros. Pero cuando lo vi tan diminuto en el aeropuerto de la Córpac, en Lima, de donde despegamos, confieso que tuve miedo. Era menor que un avión de caza, y los Andes son tan impresionantes...

Luego, al hablar con mis amigos y contarles que parecía una cucaracha, se reían. Pero nunca he filosofado tanto sobre el miedo y el valor como cuando sobrevolábamos la carretera de Lima a Chosica el piloto, su ayudante y yo. El aparatito no admitía más pasajeros, y hasta el peso había que calcularlo con el rigor de un empleado de Correos que pesa una carta para ver si exceden algunos gramos de la tasa fijada.

—¿Va bien? —preguntó el piloto.

Más tarde me recomendó serenidad.

—Apriétese el cinturón, y esto tranquilo.

Y a continuación, su ayudante me pasó el tubo de oxígeno.

—Respire hondo y, si le duele la cabeza, avise.

Estábamos comenzando a trepar los picachos de la sierra peruana. Y aquello ya no era filosofar. Era temblar. Porque allí no se veía el cielo ni estábamos envueltos entre nubes. Allí, a diez metros, enfrente, se veía la falda del monte. Pero, ¿y la cumbre? ¿Quién sabía dónde quedaba la cima que teníamos que pasar? ¿Cómo librarnos de la catástrofe?

Y el avioncito comenzó a galopar. Así, galopar. Porque no era otra cosa lo que hacía para trepar la cuesta empinada y abrupta. Era como un caballo que iba saltando. Daba la impresión de que subía por una escalera. Ahora un peldaño, luego otro y otro. Se elevaba casi verticalmente y avanzaba hasta acercarse al monte, para repetir la manobra. Así un pico, otro más alto y los siguientes.

DE SORPRESA EN SORPRESA

Hasta acostumbrarse al juego éste, creo que bien valía la pena sentir su raclón de miedo. Pero Tariri sí que merecía la pena. Tariri es el personaje más famoso de la selva peruana. Desde el lago Capirona, ya cerca del Ecuador, donde tiene sentados sus reales, extiende su poder sobre una vasta geografía de aquella espesura enmarañada y misteriosa.

Un hidroavión con piel de lona comenzó a renquear en el lago Yarinacocha. No había forma de hacerlo despegar. Se acercó a la orilla y se le alivió el peso. Otra vez a navegar por el lago, y sin tomar aire.

—Pongan el magnetofón adelante y acérquense a la cabina.

Era la voz del piloto. La señorita que iba de intérprete y yo nos acercamos lo que pudi-



Tariri, curaca de los indios shapras, y uno de sus hijos

mos al puesto de mandos. Al fin, el hidroavión estaba en el aire. Debajo quedaba la selva.

Viéndola desde arriba, la selva parece que duerme. Da la impresión de que en ella no hubiere vida. Sin embargo, está acechando la muerte en las garras de las fieras, en los dientes de los cocodrilos, en las masas de insectos venenosos...

Viéndola desde arriba, la selva parece una pradera inmensa recién segada. La altura nos engaña, igualando las copas de árboles gigantes que se alzan desafiando al cielo. Otros recubren el espacio libre, formando la espesura verde. Y haciendo juego en grandiosidad, ríos enormes que parecen quietos, como lagos. Allí, el Huallaga, el Marañón, el Amazonas...

Y EN UNA CHOZA, TARIRI

Para contraste, en los espacios libres de vegetación, como solares de una ciudad de rascacielos, estaban las chozas diminutas, comunicadas a veces por trochas y senderos estrechos. Otras veces tienen una pequeña salida al agua. En una de ellas, solitaria, vive Tariri, el jefe de los shapras, indios reducidos de cabezas.

La sorpresa fué grande. Cuando el hidroavión comenzó a descender para acuatizar en el lago Capirona, parecía imposible que aquella casucha que se divisaba pudiera ser la vivienda del famoso Tariri. El, que había visitado Lima y se había entrevistado con el Presidente de la República. El, que había sido llevado a los Estados Unidos para

actuar en la televisión, ante millones de norteamericanos.

Allí estaba la choza del temido curaca. Sola y apartada de la corriente del río más cercano, el Morona, por lo que resultaba un auténtico escondite, muy difícil de hallar.

Después, las sorpresas seguirían en cadena. Y así, al notar Tariri que unas plantas impedían al hidroavión acercarse a la orilla, ya en el embarcadero, donde se balanceaban sus canoas, él mismo las cortó rápidamente con un hacha, en vez de mandárselo hacer a algún súbdito.

Un abrazo sirvió luego de saludo, y la hospitalidad fue tan abierta, que la choza parecía nuestra. Mandó matar una gallina y nos ofreció fruta silvestre y masato. Hubo luego en todos alegría no disimulada y una cordialidad imposible de confundir.

Y esto ya era más que sorpresa. Porque en Yarinacocha me informaron que los shapras habían decidido matar a los blancos, que les habían llevado sus canoas. Los shapras matan al enemigo, pero nunca le roban su canoa. La selva significa muerte, y el agua, vida. Y sin canoa, no es posible la vida allí, en plena selva.

UNA BIBLIA ESPAÑOLA EN LA SELVA

El piloto ha sacado la batería del hidroavión y se dispone a manipular el magnetofón que ha traído para grabar la entrevista a Tariri. Llegamos a la choza que está cubierta con hojas de palmera. El piso es de caña y

está a un metro del suelo. No existen paredes de ninguna clase.

Mis acompañantes se sientan en unos latones, y yo, sobre un baúl de madera, que es el mejor asiento disponible. Esto le mortifica a Tariri y nos pide disculpas.

—Quiero construir cuanto antes una casa buena —dice en su idioma—, como la que tenía cuando vivía cerca del río Puschaga.

Observo sus pertenencias. Poca cosa. Unos mosquiteros para dormir. Una escopeta, que no tiene precio en la selva. Hay arcos, flechas, una cerbatana. Me llama la atención un cesto redondo hecho de mimbres. Dentro, como en una jaula, hay un libro.

—¿Qué raro!

—Es una Biblia española.

El piloto ha salido al frente de mi extrañeza, pero me ha intrigado.

—¿Podría verla?

Ahora interviene la intérprete, y Tariri se apresta a entregarme el libro. Es una Biblia española, en verdad. Se trata nada menos que de una traducción muy conocida: la de Nácar-Colunga.

—Esta Biblia tiene su historia —interviene la señorita.

—Me gustaría saber cómo llegó hasta aquí.

—La trajo el director del Instituto Lingüístico de Verano. Tariri lo veía leer siempre el mismo libro, y un día le preguntó, intrigado, qué era.

—Es la palabra de Dios —explicó el director.

—¿Y qué dice? —Insistió Tariri.

—No mentir.

Tariri comunicó entonces a los miembros de su tribu que no mintieran. Igual hizo cuando le explicaron otros mandamientos de la Ley de Dios. Pero cuando leyeron el quinto, se quedó pensativo.

—¿De veras dice que no se puede matar? —preguntó.

—De veras; no se puede matar a nadie.

—Pues no mataréis a vuestros familiares —dijo, al fin, Tariri.

SANGRE, A CAMBIO DE MASATO

El Tariri de hoy no se parece al de ayer. Y algunos shapras se preguntan:

—¿Qué clase de curaca es éste?

La razón fundamental del cambio es que ahora cree en Dios, porque se lo han enseñado los miembros del Instituto Lingüístico. El terrible curaca, famoso por su historia sanguinaria, ya no quiere ver sangre. Ni la de los suyos ni la de sus enemigos. Por eso, aunque los indios querían dar muerte al grupo de blancos que negocian en esa región, comprendida entre los ríos Pastaza y Morona, Tariri les negó el permiso.

Los indios recalitraron e insistieron en matar a los blancos, que, para cobrar unas deudas, les habían despojado de sus escopetas, mosquiteros, machetes y las mismas canoas. En la selva no se sabe qué precio tienen las cosas, y se pagan con trabajo. Ellos creían que ya habían pa-



El curaca de los shapras, Tariri, regala una cerbatana al autor del reportaje. Al fondo, la casa del indio

gado las escopetas que les vendieron los blancos. Pero éstos no pensaban lo mismo, y les quitaron las canoas.

Los indios estaban inaguantables. Ese delito se paga en la selva con la vida irremisiblemente. Querían la sangre de los blancos. Pero todo fue inútil.

Tariri se había entrevistado con el Presidente de la República el año anterior. Lo llama Curaca Mayor, y lo considera superior a él. Por eso quería conferenciar con las autoridades antes de matar. Prefería resolver el problema surgido entre los blancos y los indios con palabras antes que con flechas.

Pero esto sólo lo entienden unas veinte personas de su tribu que se han convertido. Y otras no se convierten, porque no quieren dejar de beber masato fermentado. Esta es una bebida alcohólica que los idiotiza, hecha con maíz mascado.

Tampoco antes Tariri se privaba del masato, cualquiera que fuese el precio. Tanto, que en una ocasión decidió matar a un indio para que la mujer de éste le preparara esa bebida.

—Eso no puedes hacerlo —le recriminó una joven "lingüista".

—Es que mi mujer está enferma y no me lo puede preparar, como es su deber.

—Pues yo te lo haré.

Así, todo se resolvió sin sangre, gracias a la intervención de la joven, que, aun sintiendo repugnancia, hizo ella misma el masato.

UN HERMANO Y UN HIJO, MAESTROS

Los shapras hablan mucho, y

lo hacen todos a la vez. No escuchan apenas cuando conversan. Y Tariri es extraordinario contestando preguntas. Lo hace sin dudar un instante. A veces, más que una conversación parece un discurso, pues algunas duran diez minutos y aún más.

Por eso, en Lima habló por radio, y en algunos colegios. Y en Nueva York actuó tranquilamente ante la televisión. Pero no se encontró a gusto en la ciudad de los rascacielos. Echaba de menos su canoa, su choza, su lago Capiróna...

De esto conversábamos la tarde que arribamos. Y surgió la pregunta:

—¿Cuál es tu mayor deseo?

—Aprender español —respondió sin titubear.

—¿Para qué?

—Así nos entenderemos con los blancos y haremos negocios en Iquitos.

Recordamos luego la visita que hizo a Lima. Y sintiéndose como avergonzado, se atrevió a confesar:

—Quise hablar con ustedes en su propia lengua, pero no pude, y me sentí como un niño. Hubiera dado cualquier cosa por hablar en castellano.

Pero, en seguida, para mi sorpresa, habló conmigo un poco en español. Aún tengo la conversación grabada en cinta magnetofónica. Nombró el cielo, las estrellas; contó hasta veinte y envió un saludo cariñoso para todos los peruanos.

Sin embargo, Tariri no se conforma con aprender él. Quiere que toda la tribu sepa hablar español, para que se incorpore a la vida del Perú. Y no está lejos

el día en que su hermano Shinky, así como su hijo Shirimpo sean maestros y enseñen el castellano a los shapras, pues lo habían y escriben bastante bien. Y, con este fin, están haciendo ya un Curso de Perfeccionamiento en Yarinacocha.

Por todo ello, a Tariri lo podemos calificar de símbolo. Era feroz, y se ha hecho pacífico. Vivía como salvaje, y está haciendo su ingreso en la civilización. Y con él, los indios shapras. Como lo harán otras tribus.

CACIQUE Y CABO DEL EJERCITO

Otra de las tribus que ya se rozan con la civilización es la de los cashibos. Lo sé por su curaca. Al tomar el avión que me había de llevar a Lima, de regreso de mi expedición a la selva, me lo encontré en el aeropuerto mismo de Pucallpa. Se prestó con gusto a la entrevista, y ya no fue necesaria la intervención de ningún intérprete.

Al notar mi extrañeza porque sabía hablar perfectamente el castellano se adelantó a decirme:

—Fui cabo del Ejército en la Escuela Militar de Chorrillos.

—¿Pero cómo se le ocurrió esa idea?

—Ingresé voluntario, recomendado por el general Montaigne, compadre de mi tío Bolívar, cacique de la tribu de los cashibos.

Esta tribu vive a orillas del río Aguaitía, en Puerto Bolívar. El cargo de cacique dura toda la vida y pasa a ostentarlo algún pariente, según designación del que deja de serlo por muerte.

Vestido con una especie de túnica que le llega hasta los pies y adornado con un haz de collares a la bandolera, mientras se tocaba la cabeza con un casco de gargantillas y cifó el cuello con un pañuelo de seda, nadie se imagina que pueda llamarse Gregorio Estrello. Pero es así.

Y es que su tío Bolívar estuvo muy relacionado con los blancos.

—Mi tío—dice—fue a Lima en 1930, más o menos, y solicitó terrenos para los cashibos. Quería que fuesen algo así como una reserva para la tribu.

—¿Pero no tienen todos los que quieren en la selva?

—No; eran los patronos los que hacían trabajar a los indios. Mi tío se entrevistó con el Presidente de la República, don Manuel Prado, quien concedió terrenos para que la tribu trabajase para sí misma.

GANADO Y HERRAMIENTAS

El sobrino no quiere ser menos que el tío y también está dispuesto a abandonar por unos días la selva para irse a la ciudad. Está empeñado en hacer prosperar aquellos campos. El se ha rozado con la civilización, y tiene idea del progreso.

—El año 1953—agrega—solicité a Lima que nos dieran ganado y hemos tenido dos hectáreas de pasto bien cultivado. El ministerio de Agricultura mandó un ingeniero para que viera si el

pasto está listo. Regresó a Lima e informó sobre esto.

—¿Y llegó el ganado,

—Desde esa fecha no tengo ninguna noticia del ministerio. Así es que los indígenas han cumplido con su compromiso, pero el ganado no ha llegado.

—¿Y qué planes tiene?

—Pienso irme a Lima para entrevistarme con el Presidente de la República. Quiero pedir garantías para los cashibos contra los que quieren usurpar sus terrenos, y para solicitar herramientas y otros instrumentos de trabajo, pues no tenemos dinero para comprar nada.

—Tiene ideas avanzadas.

—No crea. Algo hay que hacer. Queremos también explotar la cuestión de la madera y el jebe, que se da en abundancia, pero nos faltan herramientas.

TODOS A LA ESCUELA

Los cashibos viven principalmente de la pesca y la caza, pero los blancos les hacen la competencia. Sobre todo, en lo relativo a la pesca, porque emplean dinamita. Esto sulfura a los indios.

—Acaban con todo—me dice el cacique—. Por eso los cashibos no quieren que entren los blancos.

—¿Los odian a muerte?

—No; los indios, respetando sus terrenos, en lo demás no se meten.

Hablamos de la enseñanza. Y me da una grata noticia.

—Hay una escuela bilingüe, cuyo maestro es mi hermano, Tito Estrella.

—¿Dejan los padres que sus hijos asistan a las clases?

—Tienen verdadero interés en que los niños aprendan castellano.

—¿Pagan de su bolsillo algo al maestro?

—No; pero le hacen muchos regalos. Le traen pescado, alguna gallina, fruta...

—¿Son muchos en el pueblo?

—Unas veinte familias.

AGUARUNAS, EN LIMA

Ya de regreso en la Ciudad de los Reyes, cuando todavía rumiaba yo las ideas y las imágenes de mi excursión a la selva, vi otra vez de cerca a los indios. Ahora eran ellos los que habían abandonado el "infierno verde" para venir a la ciudad.

Estaban allí, en Lima, luciendo sus collares de gargantillas multicolores, sus pulseras de dientes de animales salvajes, sus plumas en la cabeza. Eran diecisiete indios aguarunas, con su cacique al frente, venidos desde el Alto Marañón, para rozarse con la civilización.

Estaban allí haciendo aspavientos al ver pasar los coches tan rápidos, acostumbrados a navegar en canoas, a paso de remo, y a caminar abriendo trochas en la maleza espesa a brazo partido y a paso de hacha.

Aquí los árboles estaban distanciadlos y las calles asfaltadas. Los anuncios luminosos de los escaparates los hacían abrir los ojos de par en par. Los edificios se elevaban imponentes ante su vista, que fácilmente co-

lumbra el techo de sus chozas de caña.

Se sentían como acorralados entre el ir y venir de las gentes abigarradas. Ellos, precisamente, que viven alejados unos de otros, cada cual en su chacra, separada unos dos kilómetros de la más próxima.

Y como las sorpresas menudeaban a su paso, exclamaban para expresar su admiración:

—“¡Anscha!”

Y con frecuencia repetían:

—“¡Jaguajá!” —que significa

“¡Qué bonito!”.

DE IGUAL A IGUAL

También en las calles de Lima las gentes se sorprendían al verlos pasar. Observaban su rara indumentaria, su melena, su bolso colgado del hombro con todos los enseres de su arreglo personal, imitando a nuestras mujeres.

Pero a cualquiera le hubiera sorprendido más saber que aquel hombre elegantemente vestido pudiera ser el cacique de los aguarunas. Uno se lo imaginaba como los demás: descalzo, atiborrado de collares y con muchas plumas.

Así lo vimos más tarde, cuando comió en casa de un pintor español. Pero al entrevistarlo cuando se disponía a conferenciar con un alto funcionario del Gobierno vestía como un limeño que se dirigiera a una fiesta de sociedad.

Me lo presentaron.

—Francisco Caycat Davín, jefe de los aguarunas, a quien prestan obediencia 15.000 indios.

—Pero aquí me parece que no soy nadie.

Era Caycat el que intervenía ahora apresurado, como haciendo acto de humildad al oír repetir la cifra con admiración. Y siguió exponiendo los problemas de sus indios, en una conversación que encontré iniciada. Hablaba en perfecto castellano con personalidades políticas.

Lo observé unos instantes. Sus palabras me sorprendieron más que el vestido. Caycat los trataba o todos de igual a igual, con personalidad. Exponía los planes que tiene para el progreso de su región, mostrando ideas tan avanzadas y modernas que todos nos quedamos asombrados.

APRENDERAN EL CASTELLANO

Lo que más le preocupa al cacique es la cuestión de la enseñanza. Quiere escuelas y más escuelas para los aguarunas.

—Sobre todo—dijo con énfasis—, me estoy esforzando para que aprendan el castellano por que así pueden incorporarse pronto a la civilización.

De los diecisiete aguarunas que llegaron a Lima con el ninguno habla español. Caycat lo aprendió porque de niño fue llevado a trabajar a la costa peruana, que es la parte civilizada, junto con la sierra, y la más progresista del país.

Pero ahora están aprendiendo muchos el español. Sólo de su familia, en distintos grados de parentesco, suman once los maestros que en la actualidad



Hombres y mujeres de la tribu de los shapras

regentan diferentes escuelas en su tribu. Entre ellos se cuentan sus hermanos Daniel, Dan'ducho y Aria Caycat Davín. También pertenecen al Magisterio los hermanos Tomás y Huampu qué Chamique Davín, así como David Amachi Davín, los cuales son sobrinos suyos.

A su vez todos los maestros que enseñan en su tribu irán a Yarinacocha para hacer un curso de perfeccionamiento, a cargo del Instituto Lingüístico de Verano.

DOS HIJAS DEL CACIQUE SE EDUCAN EN LIMA

El tema de la enseñanza le obsesiona y me dice con orgullo no disimulado:

—Tengo dos hijas educándose en Lima, ¿sabe?

Luego agrega en tono de hombre feliz:

—Esto no sabe cuánto me ilusiona.

Y mientras sonríe abiertamente me dirige una mirada humilde, como si pidiese disculpa por esta expansión confidencial, que él debe juzgar como una travesura.

Para Caycat el progreso de su tribu es una idea fija que no aparta de su mente. Dice diversos tópicos al respecto e insiste en que es motivo de felicidad la educación que sus hijas están recibiendo en Lima. Y sin darme apenas tiempo para tomar nota agrega:

—Las saqué de la selva cuando eran muy niñas. Esther tenía cinco años y la otra siete. Las ha criado Teodolinda Díaz, chielayana, la cual me conoció cuando yo tenía ocho años y nos

quiere a todos como una madre.

En ese momento le advierten a Caycat que alguien le espera. Es igual. Él sigue conversando sobre sus hijas y sobre el Magisterio. Y continúa:

—Quiero llevar a Esther para que sea maestra en la selva y enseñe el castellano, que ella lo sabe bien.

—¿No hay ninguna maestra?

—No tengo mujeres que enseñen a las niñas. Todas las personas que enseñan son hombres. Por eso quiero que mi hija enseñe a las niñas en San Rafael, el centro más importante, frente a Nazareth.

ENVIARA INDIOS A LAS CIUDADES PARA CIVILIZARLOS

No sólo ha pensado Caycat en las escuelas para que los aguarunas hagan su ingreso en la civilización. Este admirable cacique ha ideado otros medios para que los indios tengan contacto con el progreso moderno.

Uno de los más importantes es sacarlos de la selva por cuantos medios tiene a su alcance y hacer que conozcan las ciudades para que les entren deseos de poseer lo que en las mismas les agrada y cause admiración.

Uno de esos medios es hacer que cumplan el servicio militar.

—Este año —dice— he sacado de la tribu ocho jóvenes para que sirvan a la patria en los cuarteles y así aprendan la civilización.

—¿Y lo hará más veces?

—Lo pienso repetir todos los años.

También le sirven otros métodos. Así, él viaja siempre que puede a distintas ciudades y ha-

ce que lo acompañen varios indios, como en esta visita a Lima. Y cuando le es posible los deja colocados.

De esta manera ha conseguido que unos cien muchachos de su tribu residan en Piura, Chiclayo y Bellavista, viviendo con familias a las que están prestando distintos servicios.

UN PUEBLO MODERNO

—Quiero formar un pueblo de estilo moderno y he venido a Lima a pedir donde edificarlo.

Esto lo señaló Caycat como uno de los propósitos de su visita a la capital de la República. Luego recalcó enfáticamente:

—A los aguarunas que han venido conmigo lo que más les gusta son las casas y los automóviles.

—Lástima que en la selva...

—Sí; es cierto que no podemos tener automóviles, pero haremos mejores casas.

Y no es de extrañar que lo consigán porque se nota en estos indios personalidad y decisión. Los he visto actuar con rapidez a indicaciones del cacique. La misma que exhiben cuando entran en algún despacho o sala de visitas, sentándose inmediatamente en las sillas que encuentran y en las mismas mesas.

Pero un pueblo no se forma sólo con casas. Por eso Caycat agrega:

—Necesitamos semillas, vacunas, terrenos de cultivo y herramientas para trabajar. Y, sobre todo, escuelas, muchas escuelas. La frase es corta, pero dice mucho.

Miguel VILLALBA

LA RUTA DE LOS CONQUISTADORES

Jarandilla, Yuste, Plasencia, Cáceres, Trujillo y Guadalupe, en un itinerario de evocaciones

POR el camino de Oropesa a Navalmoral, ya en tierras extremeñas, da principio la ruta. Por aquí, aunque más largo, dicen se va mejor, que por algo es carretera general.

El camino enfila al Norte. Se deja en un cuarto de vuelta la ruta del sol y atrás quedan las colinas monótonas de verde con amapolas de la raya de Castilla y Extremadura. El paisaje cambia. Pinares, bosques de hayas, monte bajo, encinares y robledales. De pronto alguien advierte por el parabrisas del autobús, entre las neblinas de la media mañana, un ramalazo de nieve en el cielo: Gredos, las últimas estribaciones del solar de los rebechos y la «capra hispanica».

Vamos hacia arriba, en la Ruta de los Conquistadores descubridora de Extremadura. La carretera más y más se empina, gira sobre sí misma, se retuerce trepando. Y el chófer se adorna en el quite con las curvas voladas sobre las torrenteras, con un pie siempre listo en el freno y el otro clavado en el acelerador.

Atrás queda la llanura, tristonamente pese al arco iris de la primavera

en los sembrados, azulina y perdida en la distancia. Arriba, la fanfarria de los riscos, las nieves blanquísimas como nubes muertas, las gargantas, las combas, las gibas gigantes de la cordillera.

UN CASTILLO ENTRE BOSQUES

Ya está aquí Jarandilla. Ya están los mozos de alpargata y traje blanco dale que dale en la plaza del pueblo a su baile milenario: una danza a flauta de pastor y tambor con sonoro juego de palos en las manos de cada zagal. Venga vuelta y venga salto. Así, una vez y otra, sin desmayo, con las caras morenas brillando de esfuerzo, riñendo castañuelas en cada revuelta y el monótono estribillo y el tamboril sin parar.

—Si los viera usted el día de la Virgen de Sopetrán. Van en la procesión bailando de espaldas, dando siempre la cara a la Patrona, saltando como cabras por esas calles. Y sin cansarse, amigo, sin cansarse.

Las calles, retorcidas y con pavimento de piedras y lajas bra-

vias descienden hacia la vega. Al otro lado, en lo más alto del pueblo, el palacio de los condes de Oropesa, semiculto por el bosqueaje de los jardines de los fosos y la entrada.

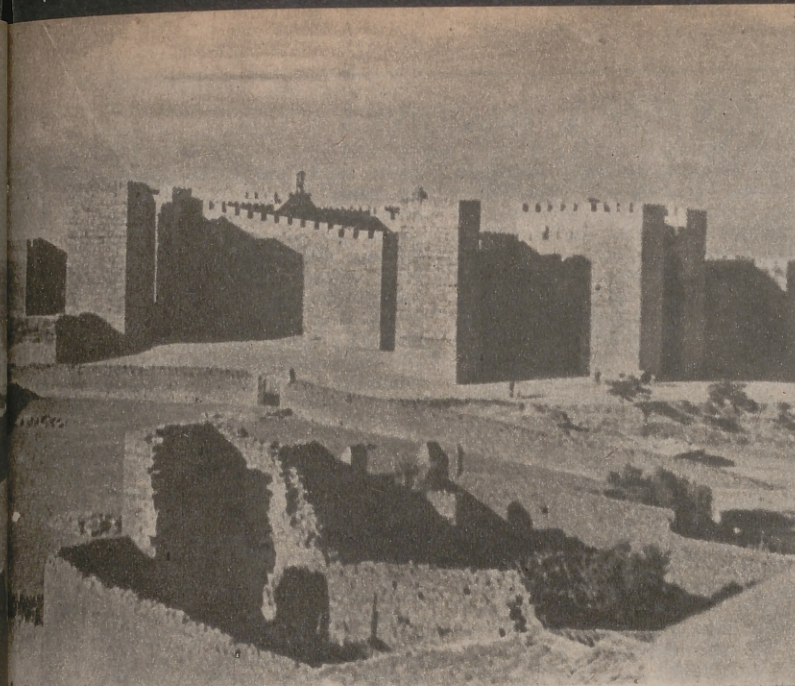
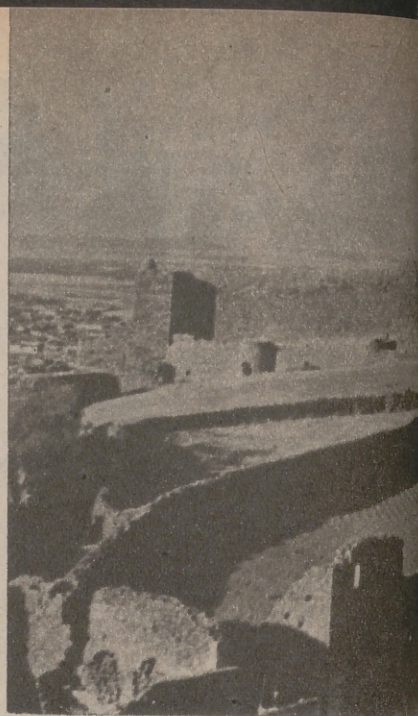
El palacio de los condes es una fortaleza, un viejo castillo extremeño hoy casi milagrosamente en perfecto estado de conservación. No hay que poner demasiada imaginación para soñar en sus torres gemelas el gallardete del César Carlos, cuando camino de Yuste vivió aquí durante varios meses. Quizá todo esté intacto desde entonces. En el patio de armas, el aljibe; bajo las arcadas, los hierros de amarrar las cabalgaduras; en la huerta de la espalda, el estanque de aguas verdes y sinietras. Sólo las salas vacías, los corredores desiertos, las almenas sin gente, recuerdan de que todo fue hace siglos los aposentos, testigos únicos de andanzas de caballeros y damas, de Emperadores, cardenales y Reyes.

Desde lo más alto de la torre del homenaje el paisaje se abre todo por encima de las arboledas. El típico de Extremadura, tierra yerma otra vez, se deshace. Todo, ahora en primavera, estalla en alegría verde, cobran vida las sombras húmedas en los bosques, el agua desnuda que baja cantando por las gargantas trucheras de la sierra hasta perderse por el fondo de la vega. En las crestas luce la nieve de Gredos, las nubes dejan hilachas por los riscos y, más abajo, los manchones oscuros de los encinares y robledales ceden a los plantíos de tabaco y pimentón, las dos riquezas de Jarandilla junto con su historia.

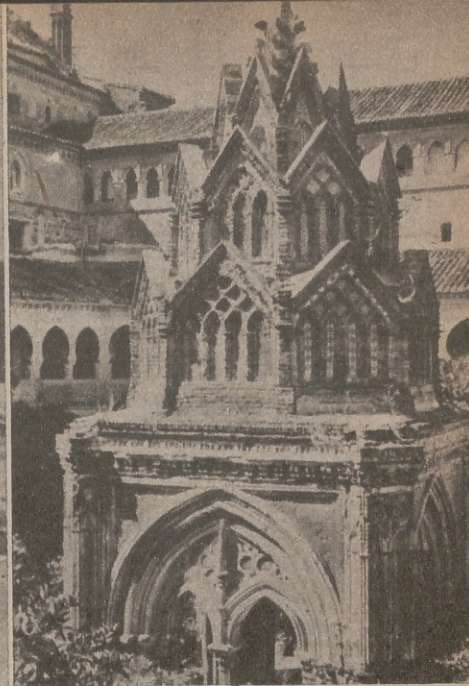
Estamos en tierra de conquistadores, Jarandilla, según rezan los archivos, fue la cuna de Gaspar de Loaysa, fundador de ciudades en Colombia, y también de Juan Acedo de la Rocha, famoso por sus hazañas en Lima. De Jarandilla salió también, según consta, mucha de la brava gente de los arcabuceros de Flandes y de los Tercios de América.

JEROMIN Y SU ANCIANO PADRE

Hay que seguir. La Ruta de los



El castillo de Trujillo y el monasterio de Guadalupe



Conquistadores apenas ha comenzado. Hay que seguir otra vez culebreando por las laderas de Gredos, con el verde de los bosques volcado sobre la carretera a un lado; al otro, las torrenteras donde los bancales tienden sus terciopelos de trigos y amapolas.

Más hacia el Norte, más hacia los montes se alza Yuste, el montón de ruinas hace sólo unos años y hoy recuerdo vivo de los días últimos del gran Carlos, el Emperador.

A Yuste se llega casi de sorpresa. Los bosques de robles, conforme el camino trepa, se alzan más y más altos, sumidos en penumbras que destilan agua sonora de la sierra. Y antes, preparando el ánimo para el montón de historia que se viene encima al viajero, un alto breve en Cuacos, pueblecito dormido de calles pinas todas con balcones volados donde el niño Juan de Austria hizo de las suyas con sus camaradas de juegos en los días en que su padre reparaba culpas y preparaba el alma en Yuste.

Aún queda en Cuacos la casa de Jeromin, la casa campesina y limpia donde pasó sus alegres días infantiles; la fuente donde jugaría el crío a los barcos, las corraladas y soportales donde su primera banda de soldados hizo la guerra de pedradas con espadas de madera.

Pero la historia está en Yuste. Yuste, como digo, se viene de pronto. De pronto el bosque se abre y se está ante la gran rampa de piedra construida ex profeso para subir con mimo al Emperador en litera, su cuerpo cabalgador de media Europa y entonces con las venas agarrotadas de afilares, incapaz de un leve movimiento sin los más recios dolores.

Yuste huele a cordobán, a bosque, a silencio, a incienso. En una de las salas de los aposentos del Emperador está su silla, el instrumento lleno de resortes, cierres, goznes y visagras donde el César se sentía libre de calambres. Una silla ex profeso para un anciano gotoso, que quizá diseñara uno de aquellos relojeros-ingenieros precursores de los técnicos de obras

públicas de hoy, que fueron ministros de paz del gran Carlos.

En Yuste el Emperador está vivo. Queda, sí, el nicho de su primera sepultura antes de ser llevado a El Escorial y el lecho de la agonía última. Pero está también la silla y el ventanal a la iglesia donde el dueño de medio planeta oía misa cada mañana; quedan los arcones de los paños imperiales y la mortaja, los anaqueles de los libros de oraciones, los sillones de los confesores y dignatarios que acompañaron al César en sus días de retiro. Y quedan los cierres y balconadas donde el Emperador recibía cada mañana la bendición del sol, donde perdía los ojos viendo pasar las nubes, atento al vuelo de los pájaros, sin más voz que la del agua en el estanque y de su pensamiento.

Las balconadas de Yuste están todas orientadas a Oriente. No se puede contemplar el ocaso en el Monasterio de paz de los Jerónimos. El paso a la noche se viene sin sentir. Uno está recorriendo claustros, la iglesia donde hoy como ayer suena el canto gregoriano, las celdas de los frailes, el refectorio y, de pronto, advierte que el sol hace rato se ocultó por Gredos. Queda una luminosa claridad en el cielo y en los bosques en tanto la noche empieza a averiguarse en el fondo del valle.

Las tardes son, pues, aquí dulcísimas, sin sangre de arboles y candilazos. Las mañanas, por lo mismo, deben ser espléndidas, incendiadas de vida. Así, en la silla ortopédica tras los cristales, Carlos de Austria tendría su cotidiana visión de esperanza. Tras los cristales que vale pensar alguna vez se abrían para dejar entrar loca la algarabía de los pájaros en los robledales, la canción eterna del agua que mana por las pedrizas de los bosques bajando limpia de la sierra.

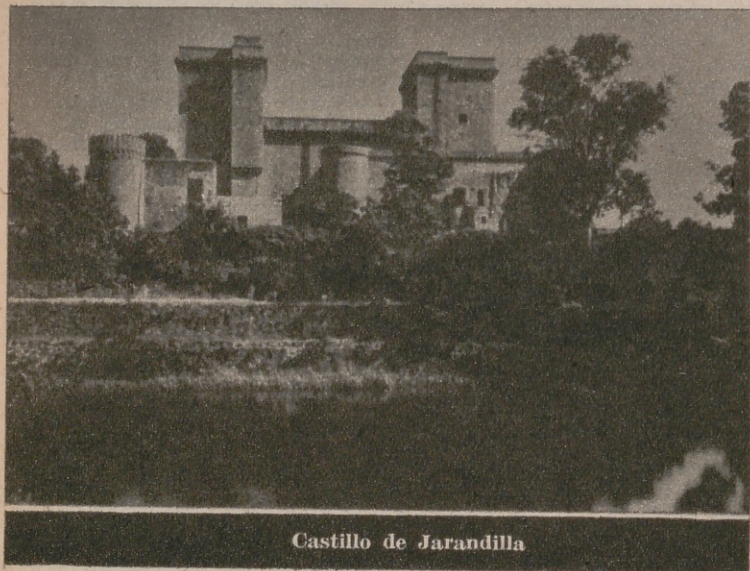
UNA CIUDAD DE CAPA Y ESPADA

De Yuste a Plasencia. Otra



Cáceres. Monumento a San Pedro Alcántara en los muros de la catedral

vez el camino, la andada culebreando por valles y vegas. En el horizonte queda Gredos, ya recordado como un foro de teatro en el cielo, y enfrente, los algodones y plantíos de tabaco de las tierras de Plasencia. Con la última hora de la tarde se estrena la vega del Jerte. Ya el autobús tiene sus ojos encendidos. Ya Plasencia tiene brillando las ventanas, encendidos los faroles de las esquinas de sus calles del



Castillo de Jarandilla

DOCUMENTOS Y RAZONES

EL departamento de Estado norteamericano ha dado a la publicidad, hace unos días, un conjunto de documentos relativos a las relaciones exteriores de aquel país durante el año 1941. Trátase de numerosos informes, cambios de notas y correspondencia diplomática que ilumina ciertos perfiles de la política europea en aquel breve, pero azaroso período de reciente historia.

Ese material, hasta ahora inédito, comprende algunos documentos que afectan directamente a España, y si bien no aportan novedad alguna vienen a corroborar, con la inestimable fuerza del testimonio más responsable, la cristalina actitud del Gobierno español durante la segunda guerra mundial. El entonces embajador norteamericano en Madrid, Alexander W. Wedell, atestigua y suscribe, en efecto, la atmósfera de presión creada por las potencias del Eje para que España se sumara a su política, y de fe, asimismo, de la inquebrantable resistencia opuesta por Franco a tales pretensiones, con el resultado notorio, entre otros, de preservarnos de la guerra.

Cálido tema éste, al que la malicia prestó su concurso y logró ponerlo en el candelero para caer luego en el mayor de los ridículos. Vieja cuestión ya que unos pocos años bastaron para llevarla al terreno de la justipreciación histórica, con unánime veredicto. Pero si los documentos ahora

exhumados, un tanto fuera de plazo, resultan algo superfluos a estos efectos, poseen, en cambio, la incitante virtud de encuadrar un tramo histórico de honda trascendencia, donde la trayectoria española, por rectilínea que fuese, cobra especial valoración. El valor, el mérito singular de la clarividencia.

La reciente sacudida cívica nos había permitido barrer de esta parcela europea los gérmenes del mal del siglo: el comunismo imperialista de los soviets. Ahora, en 1941 —con el Continente a los pies de Hitler, derrotado por las armas o humillado por pactos signados a la sombra del cañón—, España vea relampaguear en sus fronteras unas bayonetas circunstancialmente aliadas al gran enemigo, al verdadero y auténtico enemigo, que nadie en el Occidente se había mostrado capaz de identificar. Sólo la voz de Franco señalaba desde tiempo atrás la exacta localización de la amenaza:

«Luchando contra el comunismo —declaraba en 1938 al «Journal de Genève»— creemos prestar un servicio a Europa, ya que el comunismo es un peligro universal. Si sucumbiéramos, el peligro sería mayor para los demás pueblos.»

A raíz de Stalingrado, Francisco Franco expresaba al embajador británico en Madrid sus temores por el avance ruso:

«Si Rusia resultara triun-

fante en la guerra —indicaba en una misiva profética—, creemos que la propia Inglaterra se sumaría a nuestra actitud y acaso no le parecerían exagerados estos temores de ahora... Si el curso de la guerra sigue inalterado... podemos asegurar que en estas naciones (Centroeuropa) después de la ocupación alemana reinará el comunismo... Si Alemania no existiera, los europeos habríamos de inventarla, y sería ridículo pensar que su puesto pueda ser ocupado por una Confederación de lituanos, polacos, checos, rumanos, que rápidamente se transformarían en Estados soviéticos.»

Después de la carta a sir Samuel, nueva voz de alerta, esta vez a Churchill: «... no podemos creer en la buena fe de la Rusia comunista... conocemos el poder insidioso del bolchevismo... la historia muestra la suerte corrida por conceptos tales como paz eterna y amistad desinteresada...» Era en 1944.

Pasó algún tiempo y se implantó el soviet en aquellos Estados; pasó un poco más y hubo que «inventar» a la Alemania Federal Asi, hasta hoy. ¿quien adivina un pobre cuál sea el gran enemigo?

Pero esto ya no lo presencié a solas el embajador Wedell. Aunque tardase algún tiempo en verla —o en reconocerla—, esta clarividencia del Caudillo de España la presencié el mundo entero.

Bajo Medievo. La visita de la ciudad la señala el programa para la mañana del día siguiente. Pero nadie busca la cama después de la cena. Las calles, las doradas y silenciosas calles, están abiertas, esperando.

Plasencia de noche es una fantasía del Renacimiento. Uno es quizá propenso a eso de olvidar el tiempo, a recitar versos cuan-

do nadie le oye, a quedarse como muerto mirando y soñando una reja caprichosa en la que muy bien pudiera asomar una doncella. Plasencia es un sueño, un perpetuo sueño, capa y espada, de aventura heroica de veterano de Flandes, de rifa de nobles en las encrucijadas de sus calles, de idas y venidas de caballeros embozados con la pluma bamboleano en el sombrero chambergo.

Todo está igual que hace tres, cuatro siglos. Los arcos de las murallas, los blasones de las casas señoriales, las calles retorcidas con las ventanas de los palacios volcadas en geranios. Plasencia es por esto casi una ciudad andaluza, una ciudad plateresca, con mucho de medieval, que gusta adornarse con macetas. Se corta aquí el aire, quieto bajo las estrellas limpiísimas, entre perfumes que traen mucho de claveles del barrio sevillano de Santa Cruz o de las yedras húmedas de Córdoba. Pero no. Aquí no hay juderías ni casas de moros. Aquí, sólo cristianos viejos con leones rampantes y castillos en los escudos.

Las guías de turismo hablan del palacio del Deán, del de los Monroves, el del marqués de Mirabel; las casas de los Toledos, los Grijalbas y los Argollas—está última testigo de los desposorios de Alfonso V de Portugal con la Beltraneja—. Todo está bien. Todos, tienen cosas interesantes que ver y hablan de peregrinas historias. Pero se prefieren las calles,

los faroles con luz de teatro, las penumbras donde aparece un blasón oriado de mil plumas de águila, la encrucijada o la esquina donde siempre puede aparecer la ronda con linternas y lanzas o un hidalgo embozado que viene de sabe Dios qué, quizá con el pañuelo de una dama apretado en el pecho.

La catedral es, naturalmente, el más interesante edificio de Plasencia. Está la vieja y la nueva, las dos juntas, pues mientras se levantaba la una en el siglo XVI, los canteros iban echando abajo la otra. Lo malo, o lo bueno quizá, es que todo quedó así, que el oro de América que mandaban los conquistadores del pueblo, como en tantas otras cosas, brilló en principio más de lo que debiera, y todo quedó a medias, una catedral por terminar y la antigua por ser derribada del todo. Por eso hoy es posible admirar la portada y arcos del siglo XIII y la gran fachada plateresca de la nueva. En medio, los muros por derruir, y por terminar, los sillares en greca esperando un oro que nunca llegó.

Otro de los atractivos de Plasencia son los bailes. Aquí, en el cogollo de la Alta Extremadura, las chavalas y los mozos se dan en la ronda como nadie. Las chicas visten el traje de Monteheroso, el traje de la media brocada, la zapatilla con lentejuelas y la falda y la blusa toda colgada de oros y granas; en la cabeza, la cesta garbosa del sombrero de



Catedrales románicas en la ruta de los visitantes

Montehermoso, con toda su teoría folklórica de espejos, botones, encajes y flores de tela. Y, entre el barroquismo, la verdad de los ojos y las altas cejas, el labio gordezuelo y la mejilla de manzana.

—¿Qué?

—Nada, mujer, nada; que bien guapa que eres.

Y se pone la cría roja como el pimentón.

Suena la flauta. Los zagales se aprestan a la danza. Corren los pies por la pista y las manos juegan con las castañuelas. Una vuelta para acá, dos para allá, me acerco por aquí huyes de mí y, al final, de rodillas a tus pies. Es el baile del «Quita y pon». Después, el «Pindongo», y el «Cerrandeo», y el «Malandrín».

*Esta noche, mocita
abre tu ventana...*

La danza sigue, alegre joven, melancólica a veces, aunque pocas. Los cantos de la tierra no van lejos ¿Para qué? Bellos son los bosques, verde el campo, bonita la vida y el amor en Plasencia. Dice eso la copla y debe ser verdad.

CACERES, LA CIUDAD DE LAS TORRES

De Plasencia a Cáceres, otra vez el paisaje cambia. Ahora, a las gargantas trucherías de la vera del Jerte, a los roquedales serranos, en cuyas faldas se jalonan los bancales, vienen las dehesas y encinares, los pastos ganaderos, que tanta fama dan a la región con las chacinas. Las montañas quedaron atrás. Pueblos en colinas redondeadas y tristonas, ahora malvas, rojas y amarillas con el traje de la primavera. Aldeas que juegan la ganadería con el arado, pueblos viejos encalados, muchos con escuelas flamantes en las afueras y bloques de viviendas que hablan bien de que nada hay muerto en esta tierra.

Por fin, Cáceres, ciudad moderna al principio, con muchas fábricas y talleres, que dan la bienvenida al viajero y pregonan la riqueza de toda la región de que es capital. En Cáceres hay, por tanto, mucho que ver, mucha terraza con jardines donde pasear y muchos monumentos que visitar. Pero el tiempo que da la Ruta de los Conquistadores es apretado, y sólo hay que hacer una marcha rápida por la ciudad antigua, por el viejo recinto que aun conserva, desnudas unas veces y cubiertas por las casas otras, los lienzos de muralla que un día sirvieron para defender a la ciudad.

El viejo Cáceres, como es de suponer, está emplazado en lo más alto de la ciudad, rodeando la vieja iglesia de San Mateo. La mejor entrada al recinto es por el adarve de la Estrella, por un hermoso arco abierto en la muralla. Al momento, calles pinas, estrechas, a veces con pavimento natural del propio granito de la colina. En cada esquina, un palacio; en cada revuelta, una leyenda; en cada casa, una torre. El viejo Cáceres es la ciudad de las torres. Pero no torres-miradores, para otear el paisaje o dar de comer a las palomas, Torres castrenses, con matacanes para arrojar aceite hirviendo; torres des-



Los excursionistas visitan la parte antigua de la ciudad de Plasencia

mochadas todas de almenas por orden de Doña Isabel la Católica que no halló otro procedimiento para mantener a raya a la levantisca nobleza ciudadana.

Sólo una de estas torres-fortalezas de los palacios del viejo Cáceres se salvó de ser decapitada. Es la hoy llamada «de las Cigüeñas», solar de los Ovando, gente juramentada a vida o muerte a Isabel y Fernando. Y bien que presume hoy la piedra su corona bélica de almenas entre las restantes desmochadas. Presume entre nidales de cigüeñas que machacan el ajo, como le va a su nombre por ser verdad.

Otra vez aquí, como en Plasencia, vuelve la estampa heroica de la capa y espada. Otra vez no hay que ser un fantasioso para imaginar caballeros de estoque y damiselas, nobles ancianas en sillitas de manos a la puerta de San

Mateo o saliendo de un palacio cualquiera, un palacio, ¡cómo no!, de dintel orlado con toda fanfarria de águilas, leones guanteletes, yelmos, barras y ajedrezados.

En el Museo Provincial, la antigua casa de las Veletas, hay una bonita colección de la artesanía de la región, con mucha loza y caldero bien trabajado; y trajes típicos en figurines de cera, con todo el bordado y el orpel de los buenos labriegos extremeños. Hay también una espléndida colección de lápidas sepulcrales romanas y lo que más cuenta, otras de la Edad del Bronce, llenas de signos extraños que los arqueólogos aún no han decidido del todo qué pueden representar.

Cáceres todo es un vivero de recuerdos históricos. La Ruta de los Conquistadores rebosa histo-



ALEMAN

Un alumno escribe:

"...en el último examen he obtenido una calificación máxima..."

A. Aguiló - SOLLER (Baleares)

Con los métodos CCC se obtiene el mayor rendimiento.



MADRID: Preciados, 11 • BARCELONA: Av. de la Luz, 48

AUTORIZADO POR EL MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL

Otros cursos CCC por correspondencia:

- INGLES • FRANCES • ENGLISH (SUPERIOR) • FRANCAIS (SUPERIOR) • LATIN • SOLFEO • ACCORDEON • DIBUJO • RADIOTECNIA • JUDO • MECANOGRAFIA • TAQUIGRAFIA • SECRETARIADO • REDACCION COMERCIAL • CORRESPONSAL • CONTABILIDAD • CONTABLE ADMINISTRADOR • CÁLCULO MERCANTIL • TRIBUTACION • CULTURA GENERAL • ORTOGRAFIA • PARA LA MUJER, CORTE Y CONFECCION

CORTE O COPIE Y ENVIE ESTE CUPON

Envíenme información GRATIS sobre el curso o cursos de.....

NOMBRE.....

DOMICILIO.....

POBLACION.....

PROVINCIA.....

REMITASE A CCC APARTADO, 108-A-156

SAN SEBASTIAN

ría por los cuatro costados, Y no sólo de aventura de los días imperiales, de la hora de los galeones a las Indias atestados de gente de armas. La historia en Cáceres empieza con la de Europa. Está la colección de curiosísimas lápidas del Bronce para continuarlo.

Andar por el viejo recinto cacereño es, pues, un poco volver atrás en la máquina del tiempo. Las laudas romanas no están sólo en el Museo; también en las paredes de los palacios y en los patios de limonero y parra. Y en todas partes: en los pórticos, bajo los soportales, en las enruiciadas; siempre románticas leyendas conuñadas con la Historia.

Saltar de Cáceres a Trujillo es seguir un periplo de cuatro o cinco siglos atrás. La vieja catedral cacereña, con San Pedro de Alcántara en bronce, con los pies dorados por los besos piadosos, el palacio de los Gólines, el de los Carvajales, de los Ulloa, Aldana, etcétera, etc., dice lo mismo que Trujillo, ya en el camino de Guadalupe. Trujillo es también ciudad heroica, pero aquí ya toca vinculada a los días de Isabel y Fernando y el siglo de los conquistadores, pese a las batallas de que hablan las crónicas de don Alvaro de Luna en los fosos del viejo alcázar.

EN EL SOLAR DEL CONQUISTADOR

En Trujillo empieza de verdad la historia el día en que en una casona blasonada acuerdan los Reyes de Aragón y Castilla el «tanto monta monta tanto» que habría de suponer la unidad de España; el día también que nace en un caserío próximo el porquerizo que ganó para sus Reyes el Imperio del Perú. Ahora, Francisco Pizarro cabalga en bronce en la típica plaza de su pueblo, con el penacho de plumas del yelmo al viento de los siglos y la espada siempre en actitud de luchar.

Trujillo tiene todavía en sus calles el sabor de los días conquistadores, la fastuosidad de aquellos primeros y únicos doblones de oro venidos de América, que fueron fundidos con candelabros y cetros incas. Los palacios, la mayoría abandonados se suceden uno tras otro, convertidos en cuadras y en casas de vecinos. Hoy no hay más oro que el que da la tierra, la rica y bien trabajada vega, que domina toda el Castillo. Las murallas se descuelgan de la fortaleza, trazan su grequería por las faldas de la loma de granito del pueblo y dejan sitio para corrales y huertas de las casas nobles.

Trepando, trepando se llega hasta el alcázar. Quizá no haya mucho que ver, pero bien que vale la subida por lo que se gana en evocaciones. La barbacana está casi intacta. Las almenas y matacanes, también. Las torretas brindan una bonita vista de todo el viejo recinto, mitad árabe, mitad cristiano. Al acercarse gente a ellas se levantan nubes de grajos chillando, únicos pobladores hoy de las vetustas piedras, de las arcadas y escaleras labradas que vieron correr en otro tiempo a la gente de armas con sus ballestas y lanzas.

La buena gente de Trujillo, para ambientar la cosa, ha disfrutado

a los cinco o seis pobres del pueblo de soldados de un extraño siglo XV y de prisioneros con dalmática y estandarte. También, sin pensarlo demasiado, han levantado una casona para el guarda en pleno patio de armas de la fortaleza. Lástima. Supongo que a los futuros turistas de la Ruta de los Conquistadores no les gustará nada de esto.

LA VIRGEN DE GUADALUPE

Trujillo tiene más que ver y que soñar, aparte de lo dicho. Tiene en sus plazuelas y calles, junto con el recuerdo de tanto héroe en las Indias, toda la teoría ya dicha de hermosos palacios e iglesias. Pero hay que seguir, seguir siempre. El camino espera, y es ya Guadalupe, el Monasterio de la Virgen de América, quien entre los bosques de encinas perdido casi en una geografía de nacimiento, brinda su etapa última en la Ruta de los Conquistadores.

La Virgencita está en su camarín, con su cara de niña morena y el Niño Dios en los brazos entre los oros macizos y pedrerías que han volcado en Ella dos continentes. Cuando el padre franciscano, de rodillas, hace girar la sagrada imagen como un calambre salta por todos los que llenan el rico aposento. Después hay quien llega hasta los mismos pies de la Virgen para besar su manto. Nadie habla. Se reza sin voz, con el alma. Se está ante la Virgen de la Hispanidad, ante la protectora y guía de la más grande epopeya de todos los tiempos. Y sonríe. Sonríe con su piel morena de madera extremeña.

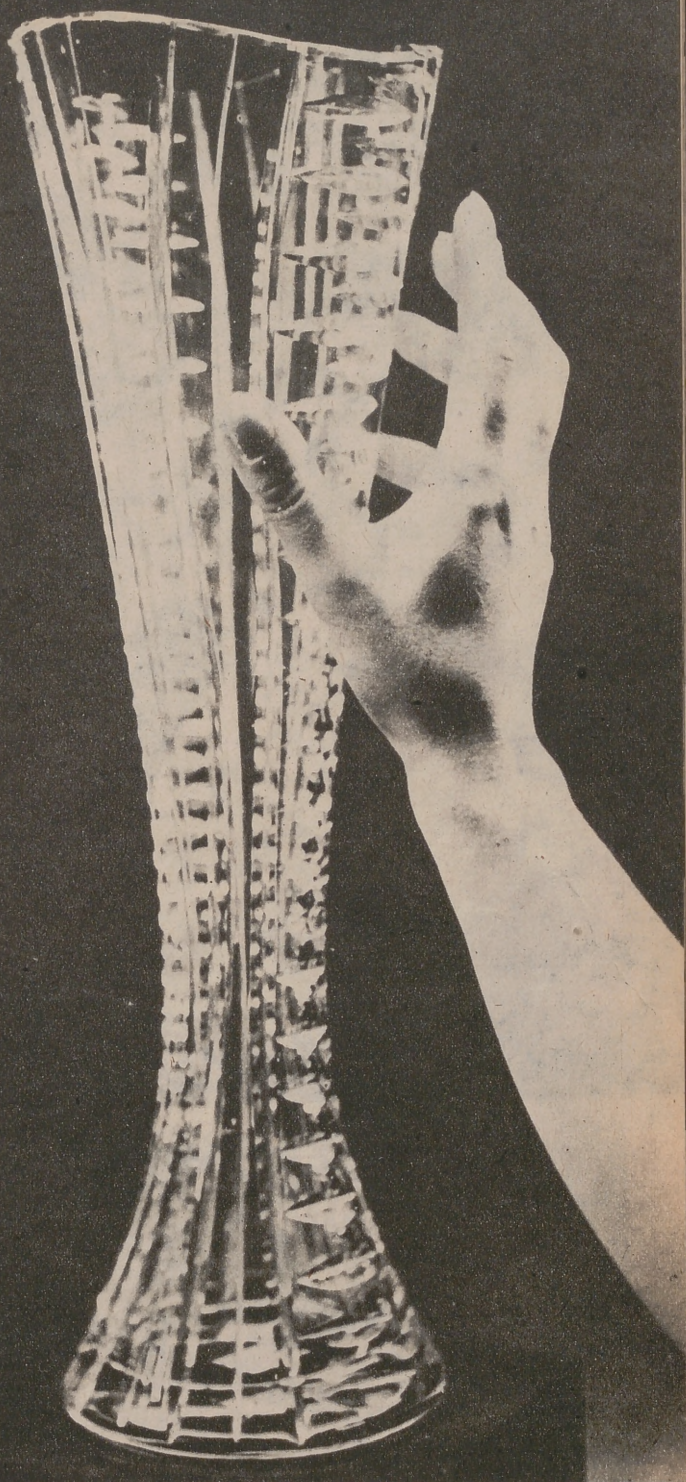
Guadalupe es un tesoro en todo: en la arquitectura esplendorosa, la fachada del templo, en las riquísimas telas de su Museo, en sus claustros gótico y mudéjar—donde se alza el hermoso templete y rezan los tazones de las fuentes—; en su biblioteca, con soberbios libros, corales; en las joyas dedicadas a exornar la Virgen. Vale también Guadalupe por su paisaje, por las casonas de balcones volados y plazuelas con fuentes siempre cantando, y vale por la cocina de fray Juan, el hermano cocinero de la hospedería del Monasterio, que bien que entiende el buen fralle de guisos y calderos.

En Guadalupe termina la Ruta de los Conquistadores. La ruta de tres brevísimos días por la región española que lanzó a sus hombres armados a la conquista de un Imperio. La Ruta termina o empieza, porque aún hay más, muchísimo más que se queda sin ver. Pero la andada vale siquiera por evocar la epopeya indiana, por romper el tópico de los eriales yermos de las estepas extremeñas. Extremadura en primavera al menos, luce toda una geografía verde entre montañas que bien pregona su riqueza. No puede haber miseria donde hay gentes que trabajan. Y bien que lo hacen los gentiles descendientes de aquellas que, sin jamás haber visto el mar, se lanzaron al Océano persiguiendo horizontes de conquista para España y gentes a quienes cristianizar.

Federico VILLAGRAN

(Enviado especial.)

Fotografías de Bravo (H).



BELLEZA, FRAGILIDAD Y GRACIA

EXPOSICION NACIONAL DEL VIDRIO Y CRISTAL ARTISTICO

Más de 500 "piezas únicas" por un valor de cinco millones de pesetas

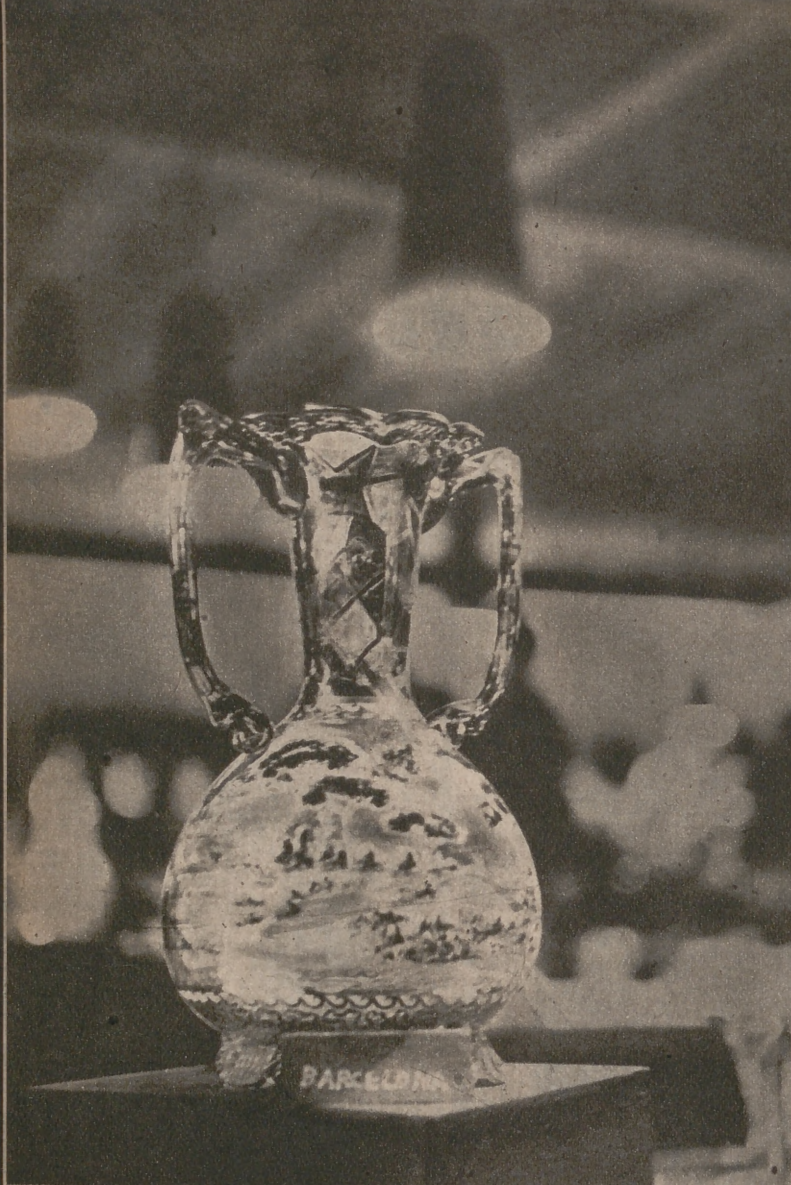
DESDE el vestíbulo del madrileño Círculo de Bellas Artes puede admirarse.

Es a la izquierda, en el salón Goya, en el salón de las Exposiciones nobles.

Unas quinientas piezas de vidrio —transparente, policromado, clásico o alabeadamente dispuesto en múltiples formas del moderno capricho— están inmóviles unas, en rotación despaciosa

otras, para que los visitantes puedan contemplar el panorama del arte vidriero español de nuestros días.

Bandejas, platos, tazas, vasos, copas, floreros, cántaros, frascos,



ánforas, bomboneras, cruces, botellas para encarcelados barquichuelos, candelabros, imágenes, pájaros, porrones, toda, en fin, la realidad y la fantasía de los artistas de la materia más frágil, más delicada, más levisima, como es el vidrio, se ha dado cita en Madrid, en esta I Exposición Nacional del Vidrio y el Cristal Artístico, organizada por la Obra Sindical de Artesanía.

Aquí está la escuela catalana y la escuela mallorquina, principalmente, de nuestros días; escuelas de vidriería que han resucitado y revalorizado toda la historia y tradición españolas del vidrio y del cristal artísticos, y que han hecho posible que hoy este arte español ocupe en el mundo uno de los primeros lugares

"PIEZAS UNICAS" POR UN VALOR DE CINCO MILLONES DE PESETAS

La misma estructura de la Exposición es ya síntesis de belleza, fragilidad y gracia, tres cualidades básicas de los objetos que en ella se muestran. Es-tantes como marcos, góndolas bajas, lámparas aéreas, decoración justa y precisa: el visitante, cuando entra, bien puede decir que ha llegado al más singular mundo de la fantasía.

Aunque la Exposición no tenga carácter comercial, sino de divulgación masiva de este arte español, lo cierto es que según algunos cálculos, el valor de las "piezas únicas" allí colocadas supera los cinco millones de pesetas.

Hay piezas que ellas solas, por ejemplo, valen 60.000 pesetas; una colección —la de Pons Círac— alcanza los 400.000.

Todos los objetos del Certa-



El jarro y el retrato en vidrio, dos «piezas únicas» de la I Exposición Nacional del Vidrio y Cristal Artístico, que se celebra en Madrid

men son "piezas únicas". Quiere ello decir que no hay más reproducciones del modelo que el propio modelo. Son jarrones, centros de mesa, floreros, copas de vino o licor, porrones o figurillas, realizadas a mano y por una sola vez. Vienen a ser, pues, como cuadros de Museo, sólo que pintados en cristal o sobre cristal.

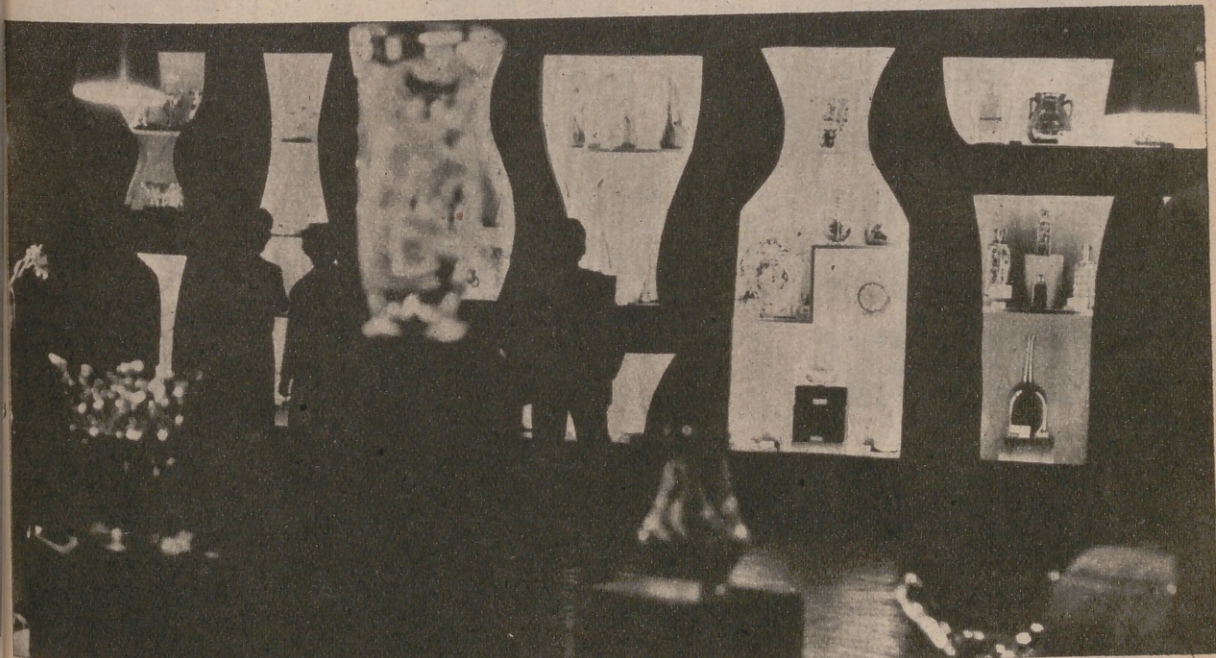
De todas las piezas presentadas, que luego detallaremos, por vez primera, Pons Cirac ha realizado retratos en cristal. Son dos retratos de los Papas Pío XII y Juan XXIII en los cuales, aparte la gran calidad conseguida en el parecido físico, destaca la bella armonía y, a la vez, contraste, entre los colores blanco y negro, empleados tan sólo en la obra.

Cuando un visitante, pues, tiene en sus manos una de estas piezas, ha de recorrerle un suave escalofrío de temor; temer ante el peligro de la rotura y de la imposibilidad de la recomposición. Volver a hacer un objeto que sólo se puede crear una vez, es cosa casi reservada a los magos más renombrados de la especialidad.

EL JARRON, PERSONAJE NOBLE

En el Tesoro del Vaticano se conserva, como preciada joya, una copa de cristal tallado, obra de un artífice español de nuestros días; del mismo artífice que tallase a mano los retratos de los Romanos Pontífices.

En la misma línea de calidad, Antonio Pons trae su obra: un "Ecce-Homò", "El triunfo de la Aurora", "Infierno", "La danza de la muerte", "Dalí" y "Santa Cena". En jarrones, de tipo y ánfora clásica o de inspiración



En el florero moderno se combinan fríasamente el colorido y las formas vanguardas. Abajo, la disposición formal del certamen



Pons Cirac muestra uno de sus jarrones

personal y moderna, realizados en cristal blanco, y cuyo motivo ornamental ya queda expresado suficientemente en cada título Jarrones para ser conservados en Museos especiales, en vitrinas cerradas de la propia casa del que sea su dueño, y para limpiarlos no ya con cuidado, sino con exquisitas precauciones, pues si se caen al suelo son diez o quince mil duros los que desaparecen. Eso, sin contar el valor artístico, irremplazable, de la pieza.

El jarrón es, de todos los estilos y modelos, el personaje no-

ble, de alquería, de prosapia. Ha sido así desde que nació la primera alfarería, y lo es hoy también. Al jarrón de vidrio blanco puede llamársele el príncipe de la familia; a los jarrones de colores unitarios o de colores en combinación, los cortesanos.

Después de los jarrones, las joyas de vidrio más preciadas son, sin duda, los centros de mesa. Y es que ambos, por sí solos, cumplen función estética. No hace falta buscarles aplicación práctica. Ellos, por derecho, la superan.

CADA VIDRIO, CON SU COLOR

Mas también el color tiene su gracia, su encanto y su estética.

El color vá bien para los floreros, para los frascos, para las copas.

Tal vez haya sido el florero una de las piezas del arte de la vidriería más a propósito para su adecuación a las modernas tendencias decorativas. No hay que olvidar tampoco que si bien el Museo puede ser un destino de estas "piezas únicas"; el rincón del hogar, el centro de una mesa, de una consola o de una repisa, puede igualmente ostentar con orgullo el derecho de sostenimiento de cualquiera de estos ejemplares.

En la Exposición del Vidrio y Cristal Artístico, la fuerza expresiva y decorativa del florero moderno se destaca y se aprecia con toda su intensidad y dimensión.

Floreros policromados de dulces tonalidades; floreros alargados, estilizados, como para guardar el largo tallo de una rosa imperecedera; floreros retorcidos como para acoger los retoños variados de las camelias, de los claveles, de las violetas, de las azucenas, de los pensamientos, de las magnolias, de todas las flores, en suma, obra y gracia de las fechas, de los aniversarios, de los conocimientos, de los recuerdos.

Dentro del color, para el florero de hoy, la policromía. Aunque existan también los floreros transparentes, blancos, hermanos menores de la estirpe regia de los jarrones.

Los frascos —frascos no sólo para el uso, sino para el gusto y la ornamentación— son igualmente receptáculo del color. Colores duros, fuertes, viriles, como si fuesen centinelas de líquidos tesoros. Frascos para licores, para esencias, para perfumes, para vino. Aunque para el vino también existan sus especiales modelos: los porrones.

El porrón en serie, para ser vendido a los turistas, es, desde luego, una fabricación industrial española, cuyos elementos han dado la vuelta al mundo. Pero el porrón artístico, el porrón con alma de creación personal, es objeto sólo para bebedores de espíritu cultivado. Porrones translúcidos de larguísimo pitorro; porrones verdioscuros, con una hendidura externa para depositar el hielo sin que se diluya en el vino y enturbie y rebaje su graduación; porrones chatos y panzudos para el vino de las cepas espesas y con cuerpo; porrones estrechos, de combadas asas, para los vinos finos y olorosos. Todos ellos, uno a uno, pensados y creados, están aquí, en el salón Goya, del madrileño Círculo de Bellas Artes, el salón de las Exposiciones de trono.

LAS COPAS, LAS CRIS-TALERIAS Y LOS ESPEJOS

Para beber coñac, la copa ha de ser abombada, como una esfera que quisiera escaparse por la vertical de uno de sus diámetros; para beber champán, la copa ha de tener larga la columna y, extendido el recipiente, como si las burbujas necesitasen

una gran superficie de estallido; para beber vino, en las comidas de compromiso, en los grandes banquetes de gala, las copas han de tener forma de invertida campana, señal segura de solemnidad, de elegancia, de estirpe.

Modelos de todas estas copas, al alcance de la mano, están en esta Exposición del vidrio español. Copas unitarias —las grandes copas de coñac—, copas en formación —las planas copas de champán—; copas en familia —las grandes y las pequeñas de las cristalerías completas—. Y todas y cada una, con su color preferido, con su escudo grabado, con su cintillo de oro. Copas para mirarlas y para mirarse, como los espejos.

Porque el espejo entra en este gran capítulo del arte de vidriería. Y el espejo de artesanía ya, entonces, es reproductor no de una imagen, sino de cientos de imágenes en cada una de sus múltiples esquinas. Entrando, a mano derecha, hay uno de estos espejos singulares. La combinación de lunas, de esquinas y de adornos le hace, también, pieza de museo, pieza única; como las demás, como todas.

UNA TRADICION CON NOMBRES DE CATEGORIA

Si decir en Italia que de vidrios exquisitos era rica Barcelona.

Versos de Lope de Vega, en "El abanillo", que son documento lírico de una tradición española con nombres de categoría.

El vidrio, como dijimos al principio, es tan antiguo, casi, como el mismo hombre. Y si la tradición —concretamente, la tradición española— se engarza con la Historia, hay antecedentes en la época griega y en la romana. Las cenizas alcalinas de Alicante hacían competencia a las de África, a las del Ródano, a las normandas y aun a las de Sidón.

Los historiadores de arte, en cada época, encuentran el dato. Así, un documento de 1387 se refiere a la abundancia de imitaciones de vidrios esmaltados de Damasco existentes en Cataluña.

Cada región, como es lógico, va acusando el influjo de su historia. En Andalucía se nota la presencia oriental vidriera en la decoración y en las líneas; desde los más antiguos ejemplares existe una preponderancia por el color verdoso, y aunque su limpidez no era mucha, quizá debido al uso de materiales poco seleccionados, poco a poco va perfeccionándose, aunque siempre insistiendo en los tipos tradicionales de color y formas.

Toda la vidriería catalana, desde finales del siglo XV, ofrece gran uniformidad en los elementos decorativos. Las obras catalanas han sido comparadas incluso con las venecianas, lo cual nos habla de su calidad.

El vidrio dio nombre a un pueblo: Cadalso. Otra vez, la comparación con las calidades venecianas prueba la valía del arte español. Cadalso ofrece características propias, decoración de botonellos y cordón azul o file-

tes y moteados en oro. Hoy, por el mundo, aún se advierte el estilo de un pequeño pueblo español.

Siguen los nombres: Pezuela de las Torres, junto a Alcalá de Henares, en tiempos de Felipe V, exporta piezas, perfectamente incoloras, a las posesiones de América.

La Granja de San Ildefonso, en sus talleres artesanos de vidrio artístico, talla piezas para la Real Casa, y Ventura Eit, uno de sus artífices, fabrica pequeños y curiosos vidrios planos, bellamente labrados, que vende como espejos a las damas de la Corte.

Cadalso, Pezueta y San Ildefonso son tres nombres gloriosos de la antigüedad del vidrio ar-

El espejo es también motivo de obra artística

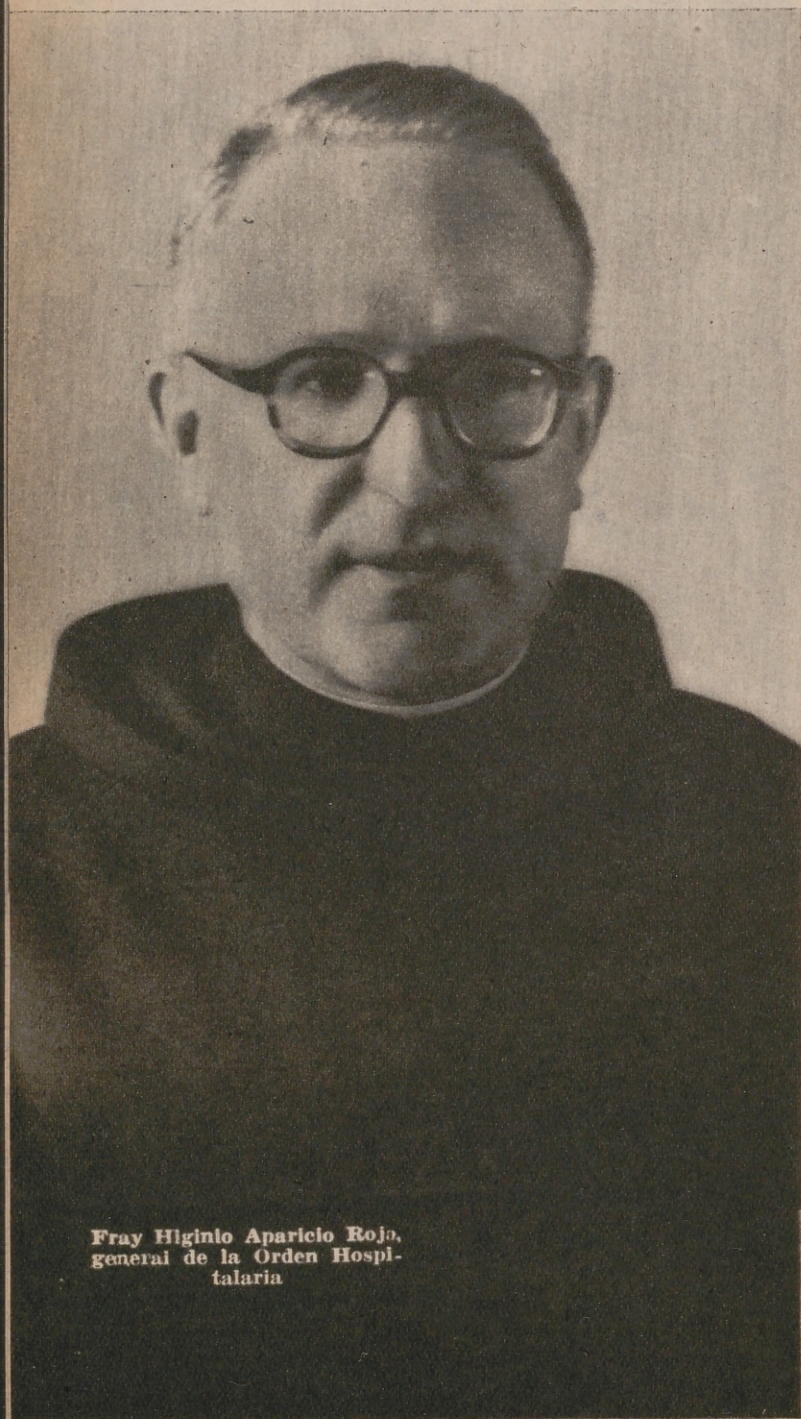
tístico español. Nombres que han revivido, en el recuerdo, por la gracia y la obra de estos artífices catalanes y mallorquines de nuestros días, cuyos jarrones, floreros, bandejas, platos, tazas, vasos, copas, cántaros, frascos, ánforas, bomboneras, cruces, botellas, candelabros, porrones y espejos, han traído a este salón madrileño en su primera Exposición nacional, para honra y orgullo de España.

Encarnación MORENO
(Fotografías de Lyf.)

FRAY HIGINIO APARICIO ROJO, DE LA PROVINCIA DE CASTILLA, NUEVO GENERAL DE LA ORDEN HOSPITALARIA

LOS HERMANOS DE SAN JUAN DE DIOS, EN LA CABECERA DE LOS ENFERMOS MAS NECESITADOS

SOLO EN SUS SANATORIOS Y HOSPITALES DE ESPAÑA SON ATENDIDOS VEINTE MIL PACIENTES



Fray Higinio Aparicio Rojo,
general de la Orden Hospitalaria

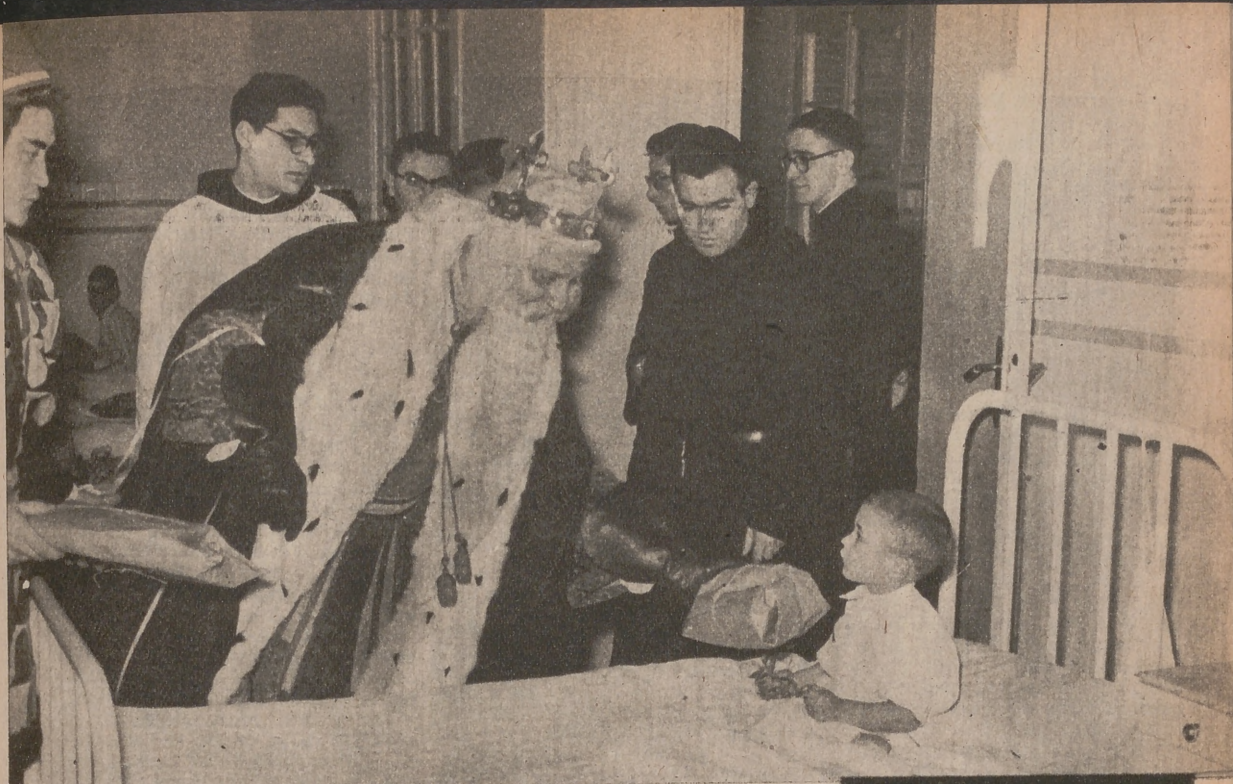
EN el Hospital-Asilo de San Rafael flota hoy una alegría risante y resbalada que lo llena todo, sin estrépito, mansa, suavemente. Es más bien un gozo íntimo y contenido que ni siquiera puede compararse con el animado jolgorio de otras ocasiones producido por las cabalgatas de Reyes o las visitas de Pablito Calvo cuando vienen por aquí a reparar sonrisas y juguetes. Tampoco es propiamente la hilaridad que provocan los bomberos o los payasos de circo en sus demostraciones ante los niños asilados. Nada de eso. Esta alegría tiene otro signo. Un signo espiritual y hondo que resplandece en la cara radiante de los postulantes que juegan en el patio, gozando de este día de vacación; en los ojos inquietos y bullidores de los enfermitos; en el rostro traspasado de fervores del hermano Anselmo, que me abre la puerta.

—Es que al padre Higinio lo han elegido en Roma general de la Orden.

Uno ya lo sabe. Pero deja que se lo repitan. La noticia tiene emoción indudable. Sobre todo, porque el padre Higinio Aparicio ha estado aquí viviendo como un hermano más, paseando entre las filas de los niños enfermos, por los corredores silenciosos, su candor sencillo de castellano de Tierra de Campos, su corazón generoso abierto a todas las compasiones, a todas las bondades.

«TULLIDOS, MANCOS,
LEPROSOS...»

Eso es la Orden Hospitalaria, de la que el padre Higinio Aparicio acaba de ser nombrado general: una entrega permanente del corazón a los pobres y enfermos tal y como aquel portugués de Montemayor, Juan Ciudad, quiso que fuese. Está muy claro en la vida y en la obra de San Juan de Dios la filiación de su apostolado. Es la caridad una de las principales razones de su actuación, porque en ella late más que en ninguna otra el espíritu evangélico. Y su principal objetivo los pacientes de toda clase de enfermedades: tullidos, mancos, leprosos, mudos, locos, perióticos, tíficos,



Un hermoso acto en el madrileño Asilo de San Rafael: la llegada de los Reyes Magos

«testera», como decía San Juan de Dios en una carta a don Gutierre Lasso de la Vega. «Deja para otros la senda fácil y carga con esta obligación de asistir a los débiles y desamparados.» Todo ello justificando ideas que han de jugar después. César Lambroso, el criminalista italiano, lo ha reconocido como «el creador del hospital moderno». San Juan de Dios no se conforma con almacenar los enfermos, mezclándolos unos con otros, permitiendo que duerman en camas unitarias. Cuando le es posible los instala individualmente, dando comienzo a un cambio absoluto de trato para los enfer-

mos mentales, desconocido en aquellas fechas. Son tratados, como débiles que son, con la delicadeza de niños, pero respetados como hombres.

El ejemplo del fundador ha sido seguido por toda la Orden durante sus cuatro siglos de existencia. No ha cambiado nada. El mismo espíritu evangélico, la misma abnegada dedicación. Únicamente se ha operado un cambio en la organización externa en los métodos y funciones, impuesto por la evolución de los tiempos, por el progreso de la ciencia. No son ya sólo Hospitales Generales lo que la Orden tiene. Los Hermanos de

San Juan de Dios atienden centros especializados en Ortopedia, Tuberculosis, Hospitales psiquiátricos, para epilépticos, para educación de retrasados mentales, leproserías, centros hospitalarios de misión. La Orden Hospitalaria cuida especialmente a aquellos enfermos más necesitados por su condición económica o familiar o por el carácter de su enfermedad; enfermos crónicos o de difícil tratamiento, como los que padecen de-



El padre Aparicio recibe los plácemes y obediencias de los hermanos de la Orden

ficit mental y los inválidos, ya sea poliomielitis, parálisis cerebral, paroplejías, etc.

Los Hermanos de San Juan de Dios ponen entre todo su amor. Por nuevas que sean las técnicas, por rápidos que resulten los procesos de rehabilitación, queda un amplio margen que «escara» a la Medicina o incluso a la Asistencia Social y que sólo puede remediarlo un espíritu fabuloso de sacrificio, una verdadera vocación.

EN LAS NAVES DE DON JUAN DE AUSTRIA

Contar los comienzos de esta «aventura iluminada» de la caridad es poner hilo a la sorpresa. Y desde luego contar algo de la clara andadura española. Juan de Dios había nacido en Montemor, en tierras de Portugal, pero fue en Granada donde puso en marcha el fervor caritativo de su corazón. Allí, en la calle de Lucena, fundó el primer hospital. Españoles fueron sus discípulos, que recogieron el espíritu de su empresa y la siguieron adelante. Ya cuando Sixto V concede a la Obra categoría de Orden, Pedro Soriano será su primer general, sucediendo de nombres españoles. Ocurre que San Juan de Dios no piensa tanto en fundar un Orden cuanto que no se interrumpa el cuidado a los enfermos. Cuando muere, en 1550, todo su deseo es que sus discípulos sigan en el fervor de la caridad. Y eso es lo que se realiza con creces. Antón Martín, poco después de su muerte, con la ayuda del arzobispo de Granada, funda un nuevo hospital. Es el comienzo de toda una serie. Antes de morir, Antón Martín habrá recabado ayuda de Felipe II para abrir otro en Madrid. Andando el tiempo gozará de esplendor y se convertirá en Casa Generalicia.

Nuevos propagadores tiene la caridad de San Juan de Dios en Juan García, Rodrigo de Sigüenza, Sebastián Arias, Pedro Soriano. Sobre todo a la muerte de Antón Martín. Las ciudades blancas de Andalucía, como Montilla, Lucena, Jerez, Utrera y algunas más conocen la actividad asistencial de los Hospitalarios.

El Papa Pío V, mediante el breve «Licet ex debito...», accede a las súplicas de los Hospitalarios y los encuadra en la regla de San Agustín. Rodrigo de Sigüenza dirige aquel grupo animoso que emite los votos de pobreza, castidad y obediencia junto al de servir a los enfermos. Los primeros discípulos de San Juan de Dios componen ya una Congregación en marcha, una disparada hacia el blanco. Aquel mismo año la fama de abnegación y santidad ha corrido tanto que don Juan de Austria los lleva en sus naves a la batalla de Lepanto para que actúen como enfermeros. Los preside

Pedro Soriano. Y muy cerca de allí, en Nápoles, Pedro Soriano funda el «Ospedale de Santa Maria della Vittoria.» Es el primer estallido de la caridad en Italia. La siembra la continúa posteriormente en Roma, Peruggia, Milán.

La Congregación adquiere muy pronto categoría de Orden. El Papa Sixto V se la concede en 1586. Y se acuerda la división en dos provincias: España e Italia. Como primer general figura el padre Pedro Soriano. La Orden en su comienzo pasa pruebas y dificultades. Clemente VIII turba la vida de la Orden reduciéndola a su primera situación: la de simple Congregación. Se razona sobre la condición humilde de sus miembros y se les pone bajo la dirección de los Ordinarios respectivos.

Pero las fundaciones siguen. Nacen nuevas Casas. En España, Osuna, Medina de Rioseco, Toledo, Arévalo, Ubeda, Porcuna. Una letanía deslumbrante. Paralelamente, en Italia la Congregación trabaja sin tregua. Todo ello hace que Paulo V le restituya sus prerrogativas de Orden mediante un breve en julio de 1611 para España. Y en 1617 para Italia. Hasta la segunda mitad del siglo XIX subsiste esta independencia en las dos ramas vitales de la Orden. En todo ese tiempo la Orden se ha solidificado. San Juan de Dios ha sido llevado a los altares y por el mundo entero se extiende el nombre de los Hermanos de San Juan de Dios.

Sin embargo, ha sonado la hora de la tribulación. La Orden floreciente, que tiene ecos en ultramar, que se halla en ascensión constante, sufre un duro revés. Las leyes políticas del momento en España le hacen perder 43 Hospitales. Los religiosos no pueden llevar hábito. Son cerradas las Casas habitadas por menos de doce miembros. Puede decirse que en 1840 no existe prácticamente la Orden en España.

—Gracias al bendito padre Alfieri se realizó la restauración definitivamente. Envío a España al milanés Benedetto Menni con algunos miembros franceses e italianos para que, junto con los españoles dispersos, constituyese una comunidad en Barcelona.

Me lo dice un hermano mientras caminamos por los amplios corredores del Asilo. Vamos a echar un vistazo a una exposición de actividades que han montado en uno de los salones. La mañana luce clarísima. Y los postulantes siguen en el patio con la sotana arremangada, pasándose el balón.

—¿En qué año se realiza la restauración?
—Hacia el 1862. Aquello es volver a empezar. El padre Menni abre un Hospital para niños escrofulosos pobres. Poco a poco se va adelantando.

Por entonces el mismo padre funda el Sanatorio mental de Ciempozuelos, Casa central de la Orden en España.

Hay nuevas Casas en Granada, Sevilla, Osuna, Málaga. Surge entre tanto la unidad definitiva. Pues la naciente Congregación española pasa a ser una provincia de la Institución que tiene su sede en Roma.

LA ESPAÑA HOSPITALARIA

De la Orden Hospitalaria o, lo que es igual, de los Hermanos de San Juan de Dios, quizá no se tenga una idea bastante completa. Su conocimiento se pierde en alguna alusión más o menos graciosa a Ciempozuelos o en las campañas anuales de caridad. Es posible que para mucha gente la Orden Hospitalaria empiece y termine en el Asilo de San Rafael. Quiero decir que la simpática popularidad de este centro oculte una labor más extensa, extendida por distintos lugares de España. Y sería una pena. Hojeando el «Status» de la Orden se comprueba su florecimiento en nuestra Patria, el número de hermanos no igualado en ninguna otra nación.

—¿Tienen muchas vocaciones?
El hermano me contesta sin vacilar.

—Sí. Hay bastantes. Y eso que se trata de una Orden que, por su índole, no se presta a ello. Sin embargo, necesitamos muchos más hermanos. El trabajo en este campo es mucho.

La Orden Hospitalaria forma a sus miembros durante tres meses de postulantado, un año de noviciado. Más tarde, durante años tienen que pagar por el profesorado.

—Los jóvenes hospitalarios han de cursar el Bachillerato elemental, cuando menos. Luego en el esudiantado mayor cursan algunas de las carreras que van más en consonancia con su dedicación apostólica. Unos se hacen médicos, auxiliares técnicos, enfermeros, sanitarios, psiquiátricos. Algunos se hacen sacerdotes.

Normalmente, la Orden está compuesta por Hermanos. Pero en cada una de las Casas hay un capellán ordenado de entre sus miembros. Sin embargo, la ordenación les cierra el paso para cualquier cargo de dirección en la jerarquía hospitalaria.

España está dividida en tres provincias eclesiásticas: Castilla, Aragón y Andalucía. A pesar de su abnegada dedicación, las Casas tienen vida floreciente. Castilla entre sacerdotes, médicos enfermeros y maestros, tiene cerca de 500 miembros. Aragón se acerca a los 400. Y Andalucía, 370. A través de sanatorios y hospitales son asistidos cerca de 20.000 enfermos. En uno de ellos—el Sanatorio Psiquiátrico de Ciempozuelos—se encuentran hospitalizados 1.500 enfermos aproximadamente entre pensionistas y de beneficencia. Anexa al Sanatorio se encuentra la Clínica Militar. Y en terrenos independientes del edificio se levanta la Escuela Apostólica de San Juan de Dios. Ciempozuelos posee extensos jardines, salón-teatro, biblioteca, instala-

Suscribase a **EL ESPAÑOL**

64 páginas :: 3 pesetas

Administración: PINAR, 5 MADRID

ción general de radio. Y para los efectos de la laborterapia, cuenta con una huerta extensa y distintos talleres. Talleres de cerrajería, panadería, mecánica, forja, imprenta, sastrería, etc. Además de este Sanatorio, la provincia andaluza cuenta con otros para niños huérfanos y lisos, pobres en Granada y Jerez de la Frontera, para ancianos en Sevilla, para niños enfermos del aparato locomotor, en Córdoba. En total cerca de 4.000 asilados.

Castilla acoge en sus centros unos 5.000 niños inválidos, enfermos mentales, etc., como el Asilo de San Rafael, en Madrid; el San Juan de Dios, en Santander; el del Sagrado Corazón de Jesús, de Santa Agueda (Mondragón), así como el Sanatorio Marítimo y Ortopédico, de Gijón, San Sebastián, Burgos, etc. Pertenecientes a la provincia de Castilla son los Sanatorios de Viña del Mar (Chile), el Manicomio de Sucre (Bolivia), la Clínica Psiquiátrica de Luján (Argentina).

La provincia de Aragón tiene asilos y hospitales en San Baudilio de Llobregat, en Carabanchel Alto (Pamplona), en Valencia, Barcelona, Sabadell, Manresa, y enclaves en La Habana, donde funciona un Sanatorio neurológico; en Marianao, en Tlalpan (México), acercándose a los 10.000 enfermos atendidos.

Ultimamente, la Orden Hospitalaria ha establecido Misiones entre infieles en países como Africa Portuguesa, Australia, Viet-Nam, Japón, Somalia, Tierra Santa. La provincia de Castilla tiene su primer puesto de Misión en Asafo (Ghana). En el Hospital de la Misión ejercen su ministerio cuatro religiosos, uno de ellos sacerdote, otro médico y los otros dos practicantes. La Orden Hospitalaria se esfuerza por llevar la luz de la fe junto con el alivio de las enfermedades. Y para eso forma a médicos, sanitario, y sacerdotes.

CINCO CONTINENTES PARA LA CARIDAD

Desde aquel primer convento fundado en Roma en 1584 hasta el recentísimo de Lilydale, un asilo para deficientes mentales abierto en Australia son más de 204 los conventos que la Orden posee en el mundo. Los hospitalarios deben tener para todos los problemas, para todos los súbditos, la solución concreta y el remedio a la mano. Debe velar por esa extensísima organización benéfica en en más de 300 hospitales y 48.000 camas repartidas por los cinco Continentes. Hay que perder la vista por el «Status» de la Orden para darse cuenta de la magnitud de esta empresa movida por el amor.

Desde Los Angeles a Boston, desde Manizales a Montemoro o Novo, desde Breslau a Munich, toda una actividad incansable en las manos que curan, en las palabras que consuelan, en los consejos que orientan. Treinta y tres provincias eclesiásticas agrupan el anhelo de más de 2.464 miembros, que en las montañas bávaras o en los Andes, en las mesetas de Centroeuropa o en las tierras de Misión ponen un poco de aquel espíritu ardiente que San



Con el cardenal Micara, en Roma

Juan de Dios ponía entre los pobres de Granada.

Vigía de ese mundo es ahora el padre fray Higinio Aparicio Rojo. Como antes lo han ido siendo otros españoles. Como lo fue Pedro Soriano, Juan Méndez, entre los antiguos. O el P. José Soriano o Faustino Calvo, en los últimos engranajes de esta dorada cadena como es el Generalato.

26 DE ABRIL EN SAN JUAN CALIBITA

En el Asilo de San Rafael hablan en voz baja cuando lo nombran. Miran con unción las fotografías que han llegado de Roma, en las que el nuevo general recibe obediencia de los hospitalarios después del Capítulo. Hablan de su sencillez. Tienen reciente en la memoria el recuerdo de un día de excursión en El Escorial. Un hermano pretende tomar unas fotografías del padre fray Higinio. No sabe por qué, pero intuye el nombramiento y se ilusiona. Pero no lo puede conseguir.

—Se escabullía sin darme cuenta. Me lo dice entre conmovido y rememorador.

Y como este detalle es toda su vida. Empapada de humildad y abnegación. Prieta en fechas y trabajos. Movida en actividades. Nace en un pueblecito palentino, en Husillos, hace ya cincuenta y cuatro años. A los catorce ingresa en la Escuela Apostólica de Ciempozuelos (Madrid). En 1923 pasa a hacer el noviciado en Ca-

rabanchel Alto, donde emite, un año más tarde, los votos temporales. Es un día azul y luminoso cuando hace la profesión solemne en Roma: el día de la Asunción. E inmediatamente se le destina a la Farmacia Vaticana. —Allí asistió a S. S. Pío XI en su lecho de muerte.

El padre fray Higinio ha realizado las más diversas ocupaciones en la Orden durante su vida. Algunos de estos hermanos recuerdan cuando tomó posesión, «el día de la Virgen del Pilar», en Palencia. Está recién terminada la Cruzada y el joven religioso se multiplica por todos. En el Capítulo de 1940 es nombrado maestro de novicios. Su biografía va saltando de Capítulo en Capítulo. En el de 1946 se le elige procurador general y primer consejero. Es maestro de Neoprofesofores en Madrid. Desde hace tres años ocupaba el cargo de provincial de Castilla. Residía en el Asilo de San Rafael.

El día 26 de abril ha sido elevado a superior general en el Capítulo celebrado en el Hospital de San Juan Calibita, de la Isla Tiberina, de Roma.

La Orden Hospitalaria ha echado un renuevo más. Un apóstol que cura heridas y alivia dolencias, que gana batallas, que se afana por llevar a buen puerto la «aventura iluminada» de la caridad. Con las armas de una consigna franciscana: «Haced bien, hermanos».

Florencio MARTÍNEZ RUIZ



“LA CABALLADA” EN LOS CAMPOS DE ATIENZA

UNA TRADICION QUE VIVE CADA AÑO:
LAS 7 JORNADAS DEL NIÑO ALFONSO VIII

POR DONDE PASO LA HISTORIA,
NUEVOS CAMINOS PARA EL TURISMO



Atienza, villa medieval. El castillo se empina sobre el pueblo, rememorando pasadas grandezas

GUADALAJARA ha salido hasta el límite de su frontera, hasta ese mojón que señala donde termina Madrid y donde comienza su provincia hermana. Allí ha iniciado la preparación del ánimo de los que pusieron «pie» sobre el asfalto de la carretera que comienza a extenderse por sus rojas tierras. «Turista: Guadalajara te da la bienvenida».

Han pasado algo más de 40 kilómetros desde la salida de Madrid. Nuevos carteles adelantan los puntos turísticos que se han de encontrar. «Visite la Ruta de los Pantanos», «Vea el pequeño mar», «Practique los deportes acuáticos en la Ruta de los Pantanos».

Un nuevo indicador sale al paso. La silueta de Martín Vázquez de Arce «El Doncel» señala el ramal para Sigüenza.

La carretera se estrecha. Ha quedado atrás, en la general, el monumento que en memoria de los italianos caídos en la batalla de marzo del 37 se erigió en recuerdo póstumo a la sangre que allí mismo vertieron.

Nada más volver una curva cerrada aparece inesperadamente la ciudad de Sigüenza. Culminándolo todo, las ruinas de su castillo medieval. En un plano menos elevado la catedral. Y como en una conjunción del pretérito con el presente, un moderno silo junto a la línea del ferrocarril.

Calles de Don Hilario Llavén, de la Yedra, del Cardenal Mendoza, Plaza Mayor o de España, Palacio Arzobispal y Seminario, Asilo de ancianos y la Catedral-fortaleza.

El órgano modula junto a la escolanía. El altar mayor envuelto en luces es testigo sobre su ara del santo sacrificio de la misa. Retablo plateresco de Santa Librada, capilla de Santa Catali-



El telón de fondo es el recinto amurallado de Atienza. «La Caballada» se dirige al arrabal

«LA CABALLADA»

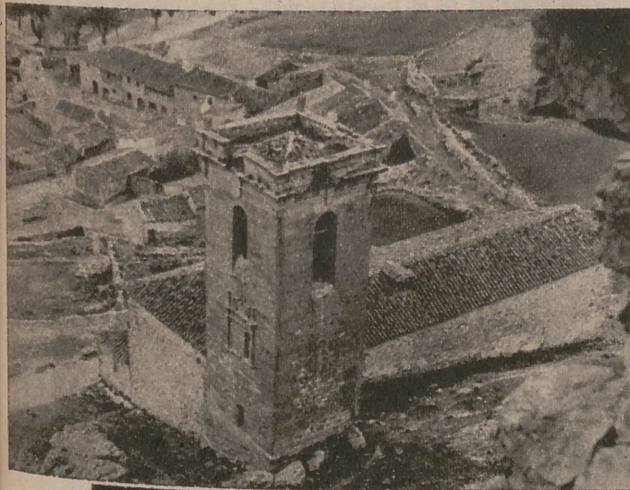
na, altar de Nuestra Señora la Mayor, sepulcro con efigies yacentes. «El Doncel», semitendido, mira en una perpetua lectura el libro de horas que sostiene entre ambas manos. Cristalerías de colores con luz propia, piedras vivas que a través de los ochocientos años de su existencia han sabido salir de entre los escombros para continuar siendo el orgullo de Sigüenza y uno de los postes más recios donde descansará el atractivo de esta nueva ruta.

Castillo de Sónigo, Salinas de la Olmeda, Imón, Cercadillo. Un nuevo letrero: Atienza, villa medieval. Y a los pocos metros la impresionante mole del castillo sobre la meseta rocosa con su torre del homenaje avanzada que semeja una visión onírica o si se quiere como el faro de un sobresaliente acantilado que vigila el verde mar de sus campos.

A la muerte de Alfonso VII el Emperador heredan los Reinos de Castilla y León Sancho III y Fernando II, respectivamente. Este último nunca aceptó de buen grado la herencia que disfrutara su hermano, que, una vez muerto, dio origen a las discordias civiles patrocinadas por los Castro y los Lara que assolaban Castilla.

Corre el año de 1162. En Atienza está refugiado un niño de corta edad, el que más tarde tomará el nombre de Alfonso VIII. Su vida corre peligro por el cerco que ha puesto a la ciudad su tío Fernando II. Un puñado de hombres comprenden la gravedad del momento, de la vida su Rey, del futuro de Castilla. Son los arrieros atencinos que a despecho de sus propias vidas y aprovechando el privilegio de que gozaban en poder salir y

entrar de la ciudad a su antojo, ocultan entre una de sus capas el cuerpo del regio niño. Las tropas sitiadoras les ven salir y casi se alegran de que abandonen la ciudad este grupo de cincuenta o sesenta hombres jóvenes. Si acaso han de atacar, menos serán los que la puedan defender. Mas de pronto algo sospechan y dan el alto. Unos jinetes emprenden veloz galopada, mientras el resto queda rezagado para distraer la atención de la soldadesca. Sacan ante la ermita de la Estrella una imagen de la Virgen, dividiéndose en dos bandos y simulan un torneo con cañas a modo de lanzas. Los leoneses, creyendo que ésta era una costumbre devota ejercitada cada



El turismo ha estrenado ruta. Los alicientes de Atienza bien merecen la pena el llegar hasta ella. A la izquierda, la iglesia de Santa María del Rey, que fundó Alfonso el Batallador

vez que salían a un largo viaje, les dejan acabar e incluso abandonar aquellos parajes tras un somero registro. La marcha dura siete días y al cabo de los cuales arriban a Segovia, en donde queda depositada la egregia figura del Rey niño en manos de don Manrique de Lara.

Tan sólo transcurriría un año para que esos mismos arrieros o mercaderes ambulantes celebrasen tan fasto acontecimiento y que, a pesar de los ocho siglos pasados no ha dejado un solo año de festejarse. Atienza vive con gran intensidad esta rememoración que en manos de los nietos de aquellos bravos hombres tiene lugar dentro de una Cofradía inmutable a través del tiempo.

La víspera de la Pascua de Pentecostés por la tarde, siete hombres que son los que integran la «Mesa» o «Consejo» de la Hermandad, se reúnen para ir a caballo hasta la ermita de la Virgen de la Estrella. Allí pasan revista al altar, plantan el «Mayo» e inspeccionan el comedor en donde meriendan. Cada uno de los componentes aporta una tor-

tilla, que ha de ser diferente de las del resto. Todas se dividen en siete partes para ser distribuidas entre los comensales. Rememorando así aquellas siete jornadas que durara el traslado del niño Alfonso VIII.

El día de Pentecostés es despertado el vecindario por una diana que interpretan unos músicos caballeros en pollinos. Ante la casa del sacerdote acuden todos los cofrades con sus cabalgaduras engalanadas y su «uniforme» de chaqueta bordada y pantalón negro. Luego llegarán los seises y el mayordomo, cubiertos con sus capas y tocados de sombrero. Todos reunidos, les pasa lista el secretario y se subasta el derecho a portar la bandera, idéntica a la que Alfonso VIII regaló para que fuese usada durante las fiestas. El «manda» da la voz de montar y a continuación comienza el desfile del cortejo. Primero los gaiteros, después el abandonado, el sacerdote, los seises, el mayordomo y, cerrando la comitiva, el resto de los hermanos. Van a buscar al abad, y una vez éste entre ellos pasan a ocupar el último lugar los componentes de la

Mesa. Por este orden atraviesan la ciudad al trote camino de la ermita de la Estrella. Allí suena autoritaria la voz del «manda»:

«Pie a tierra, señores cofrades!» El abad dice la misa y pronuncia el sermón medio religioso, medio militar o patriótico, en el que se ensalza la gesta de los antepasados arrieros. A la salida del templo comienza la puja por las andas o baños del paso de la Virgen, que ha de ser siempre en especie y por lo común en celemines de trigo. Y así empieza la procesión.

Cuando llega el mediodía, todos los hermanos se reúnen a puerta cerrada para comer. Igualmente, siguiendo la tradición, el menú consiste en cordero asado, cogollos de lechuga y unas pasas. Comida frugal y austera como el aire serio e impertérrito del «seis principal», que con su insignia en la mano pasea para hacer guardar el orden y multar al que lo perturbe lo más mínimo, aunque sea por simple levantamiento de la voz. A la salida del comedor, el sacerdote y el «seis principal» se colocan a ambos lados de la puerta con sus insignias, que son besadas por los hermanos al salir.

Cuando llega la tarde emprenden el camino de regreso, atravesando el pueblo para salir por el Arco de Guerra y bajar al arrabal de Puerta Caballo, en donde se efectúan por parejas frenéticas cabalgadas en memoria de aquel simulado torneo.

Todo es evocador en esta Cofradía de la Santa Trinidad. Evocador y sobrio como el grupo de hombres que la integran, como el fuerte vínculo que existe entre ellos a pesar de sus edades dispares o su condición social. El cofrade con más años dentro de la caballerescas Hermandad, pertenece a la misma desde hace sesenta años; el más reciente, dos días. El más humilde, un labriego, y ostentado el cargo de Hermano Mayor Honorario, S. E. el Jefe del Estado.

EL TIEMPO SE DETUVO EN ATIENZA A FINALES DEL SIGLO XVI

Si en varias excavaciones se han encontrado diversas hachas de sílex y armas pertenecientes a la Edad del Hierro, si posteriormente Atienza fue la capital de los tythios, tribu de los husones celtíberos, se demuestra la importancia de su posesión desde las épocas más lejanas. La edad media la convirtió en uno de los principales bastiones de Castilla. En sus calles rocosas y empinadas; en sus encrucijadas con distintos niveles; en sus múltiples e intactas fuentes; en sus plazas porticadas y en sus casas, que orgullosas muestran sus fachadas con escudos heráldicos, se ve y se oye el latido de los dos primeros siglos de la unidad de España, que también supo distinguir con su presencia y enriquecimiento a la Muy Noble y Muy Leal Villa de Atienza.

Plaza de los Olmos, con su Casa Consistorial soportalada, la inmediata posada del Cordón, con su artístico ajimez del siglo XV; la sugestiva Puerta de San Juan o Arco de «Arrebatapapas» —re-



Todo armonizado en este puro ambiente castellano. La escena ha sido tomada en las proximidades a la fuente del Tío Victoriano



«La Caballada» ha terminado. Los hermanos de la Cofradía galopan por parejas por los campos del arrabal

cibe este nombre porque debido al fuerte viento nadie la puede cruzar embozado—; plaza del Trigo o de San Juan, una de las más bonitas y que mejor soportan el peso de los años, repartidos entre soportales y aleros labrados, entre llaves cardenalicias y águilas bicéfalas. En ella está «el poste de hierro», la casa que fuera cabildo de clérigos, aquella otra que luce airoso balcón de esquina, la iglesia de San Juan. La casi catedralicia, la que de un modo fortuito se ha convertido en una de las iglesias con mayor vocación mariana. El Carmen, el Perpetuo Socorro, la Milagrosa, el Rosario, el Corazón de María, la Purísima... En el sagrario del altar de la Virgen del Dolor, Patrona de la villa, se encuentra una de las reliquias de mayor valor para el cristiano. Un trozo del velo de la Santísima Virgen María. Unas de las poquísimas reliquias que de la Madre Celestial se conservan en el mundo.

Atienza llegó a tener 14 iglesias, de ellas nueve fueron parroquias. Guerras, fuegos, saqueos acabaron con más de una, a la vez que con barrios enteros de la villa. Mas el acendrado fervor, espíritu de sacrificio y amor a su pueblo ha hecho que los atencinos conserven muchos de sus templos. La iglesia de Santa María del Rey, la de la Santísima Trinidad —en ella se veneran dos espinas de la corona del Salvador y un «ignum crucis»—, la de San Juan —ya citada—, las de San Gil, san Bartolomé, El Salvador y Nuestra Señora del Val. Estilos románico, gótico, renacimiento, barroco. La constante cantata en la mejor expresión del arte como ofrenda a la divinidad.

EL CASTILLO DE ATIENZA

Decir que impresiona más des-

de el Sur o desde el Este el contemplar el castillo no es aclarar en definitiva nada. Su aduetez sobrecoge nada más atisbarle desde cualquier punto.

Pasada la iglesia de la Trinidad, hay una cuestecilla. Nada más culminarla se presenta agresivo y desafiante el espolón de la fortaleza coronado por la torre del homenaje. Un camino abierto hace pocos días conduce hasta el pedestal del alargado y arisco peñón. A sus pies, como en comunión de existencias prérteritas se extiende el cementerio. Continúa subiéndose. El castillo está ahí, descarnado, pero aunque no existiera ni una sola piedra de su fábrica, solamente su plataforma bastaría para dar idea del poder y la sensación de inexpugnabilidad que desde allí se siente dominando las manchas verdes, rojas o negras que forman los distintos cuadros de las tierras de labor que abajo se extienden.

¡Cuántas jornadas de lucha y heroísmo no habrán contemplado estas laderas!

La derrota de Ordoño II, el largo e infructuoso sitio de Juan II y don Alvaro de Luna, la prisión de Don Fernando de Aragón, la salida de Felipe de Borbón a luchar contra el Archiduque austriaco, el fuego devastador de las tropas napoleónicas. Mil y más hazañas que formaron el temple de sus moradores.

LA RUTA TOCA A SU FIN

El día estuvo tormentoso. ¡Lluvia, frío, sol! De todo hubo. Turistas varios, la Asociación Española de Amigos de los Castillos, el «No-Do», la Prensa de Madrid y Guadalajara hicieron patente con su presencia el interés que por esta nueva senda del peregrinar por la Patria sentimos todos.

Don Julián Ortega y don Emilio de Mingo, Alcalde y secretario, respectivamente de Atienza, han hecho los honores a todos los invitados en el salón de actos de la Casa Consistorial. En un lugar típico se pudo comprobar que los platos característicos, fiambres, tortilla y cordero asado acompañado con cogollos de lechuga, hacen un cántico estomacal a tres voces, acompañados por el vino de la región.

La «Caballada» se ha marchado a casa del abad para beber una limonada que les resarcirá de la austeridad del día. Durante él no han fumado, apenas abandonaron la cabalgadura, tuvieron que tratarse entre ellos con el máximo respeto y un sinnúmero de obediencias a las ordenanzas que aun conservan escritas en sus pergaminos originales.

La Hermandad ha engrosado sus fondos con aquellos 175 cuartillos de vino, cantidad a que llegó a ascender la cuarta y última puja por la bandera; el elevado número de celemines de trigo a que se elevó la subasta de las andas de la Virgen y la cera que en concepto de multas a sus componentes o limosnas se recaudó.

Los coches pasan junto al arrabal, en donde aún está fresco el piafar de los caballos que allá corrieron.

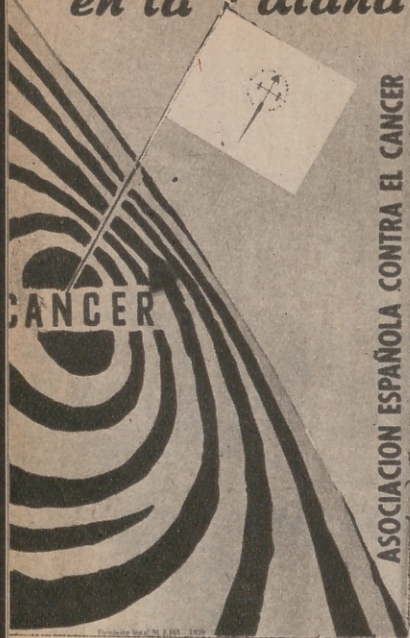
Jadraque, Hita, la carretera general, Guadalajara, Alcalá de Henares...

Cuando aparecen a la entrada de Madrid las luces de mercurio, el inmenso tráfago de domingo y los letreros luminosos, no se sabe, a fe cierta, si lo que se vio fue realidad o si simplemente pertenece a esa quimera de ensueño que todos llevamos dentro de nuestro ser.

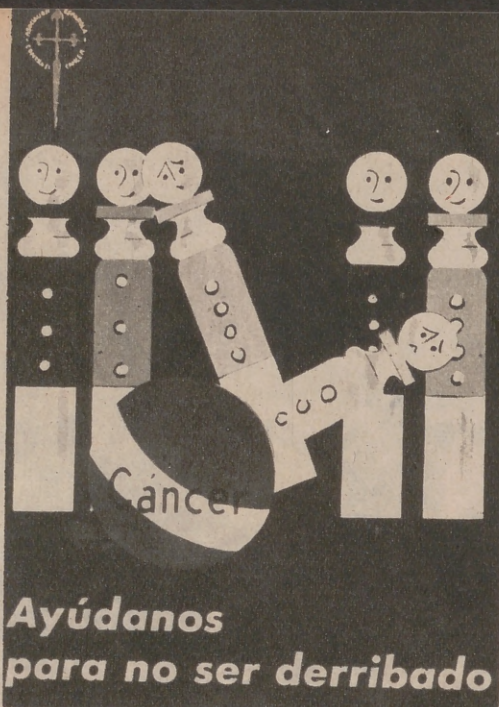
Arturo PEREZ

(Enviado especial. (Fotografías de Mora.)

ayudanos a luchar
en la diana



ASOCIACION ESPAÑOLA CONTRA EL CANCER



Ayúdanos
para no ser derribado

CALAMIDAD
MUNDIAL

CANCER

ASOCIACION ESPAÑOLA CONTRA EL CANCER



EL CANCER ES CURABLE

MEDIANTE EL DIAGNOSTICO PRECOZ SE PUEDE SALVAR AL ENFERMO

UNA COMPLETA ORGANIZACION ESPANOLA PARA LA LUCHA ANTICANCEROSA

El martes día 19 se celebró en Madrid, Zaragoza y Barcelona la cuestación para llegar fondos, que son indispensables para realizar una activa lucha contra el cáncer, tremenda plaga que aflige al hombre moderno. En un principio se había fijado el Día del Cáncer debía celebrarse el día primero de abril; pero luego, por factores imponderables, hubo de acordarse que no sólo cada país, sino incluso cada localidad, celebrase su Día del Cáncer, de acuerdo con sus conveniencias internas. Esto fue la causa de que esta cuestación se celebrase en España primeramente en Sevilla el día 19 de abril, y que ahora se haya efectuado en Madrid, Zaragoza y Barcelona. Independientemente, cuando se estime oportuno, las diversas ciudades españolas irán realizando una colecta con idéntico fin, que es la de luchar contra los tumores benignos y malignos que acechan al hombre en todos los días de su vida, pero principalmente en sus años de máximo esplendor y capacidad creadora.

EN ESPAÑA HAY MAS DE 50.000 CANCEROSOS

En España, más de 25.000 personas mueren todos los años a consecuencia de enfermedades cancerosas. De cada siete fallecimientos aproximadamente, uno es debido a cáncer. Se puede admitir que hay más de 50.000 enfermos de cáncer, de los que sólo una parte está sometida a tratamiento médico.

Según parece, una diferencia de cerca de 13.000 casos que escapan a las estadísticas oficiales del Registro Civil.

Todos los índices provinciales han evolucionado elevándose del mínimo, que era de 27,8 por 104.000 en Alicante (1900), a 43,2 en Jaén (1950). El máximo, para Palencia, con 69,2, se ha transformado en 132,1, que lo acusa Barcelona en 1950. Veremos las sorpresas que nos reserva el próximo censo de 1950.

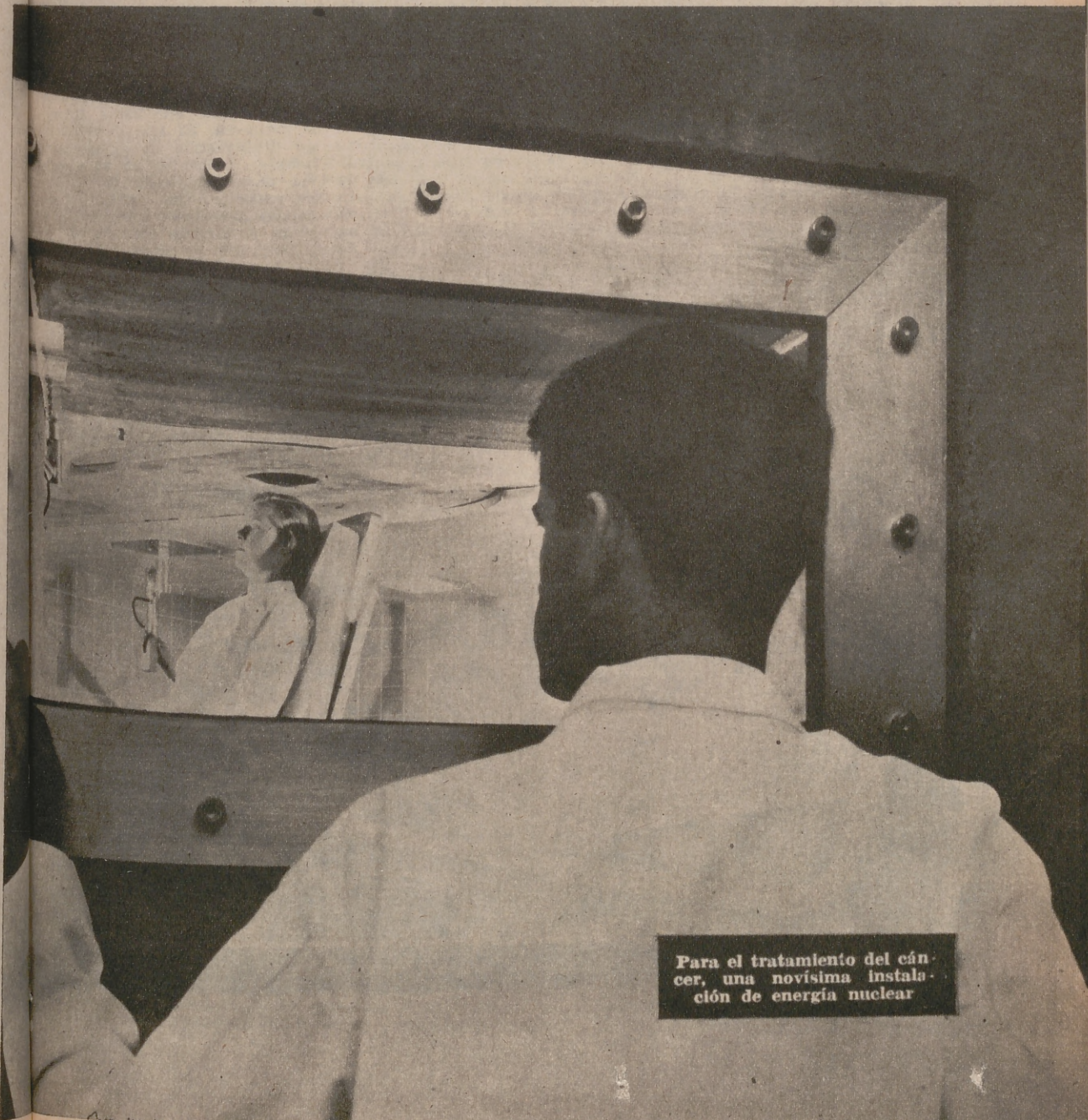
Valencia ocupaba y ocupa el número 16. No obstante, en esta provincia se refleja también el movimiento alcista, puesto que su índice por 100.000 se transfor-

ma en estos cincuenta años de 34,7 en 67,6.

En el transcurso de veinte años sólo ha experimentado un ligerísimo aumento: 0,01 por 1.000 habitantes.

Podemos decir que el cáncer en España no ha sufrido aumento durante el periodo de veinte años, y que su contribución a la muerte sigue siendo la misma.

Aparte de los censos oficiales, los cancerados poseen un procedimiento muy exacto que permite, con la ayuda de los anatómopatólogos, hacer un cálculo científico, un poco a semejanza de las encuestas del Instituto Gallup, sobre los casos de mortalidad por cáncer. Consiste en practicar la autopsia, lo que se realiza sistemáticamente en los grandes centros hospitalarios, a todos los que fallecen por cualquier causa en dichos centros. Las 4.356 autopsias realizadas en las provincias de Guipúzcoa, Valladolid y Valencia nos han proporcionado el índice anatómico de la mortalidad cancerosa de nuestro país, que es de 112,25 por mil. Las cifras de muerte por tu-



Para el tratamiento del cáncer, una novísima instalación de energía nuclear

mor maligno, que en 1900 era de 7.912 casos, alcanza en 1939 los 20.919. Sin embargo, la aplicación de los índices anatómicos de mortalidad por neoplasias malignas la elevan para este año de 1950 (atendido que la cifra total de defunciones fue de 300.989 casos) a la de 22.710, transformando el valor de la mortalidad cancerosa por 100.000 de 42,5 a 85,2.

Se deduce que los valores citados han sufrido variaciones en el correr del siglo, tanto en lo que respecta a la época de mayor gravamen como a la incidencia de las diversas localizaciones.

Este aumento de la mortalidad es a expensas de la segunda mitad de la vida, lo que se explica fácilmente, ya que se ha elevado el nivel medio de vida.

Existe un período eminentemente canceroso, que corresponde a los cuarenta y cinco sesenta y cuatro años, precedido y seguido de elevación y descensos graduales; este período se adelanta algo en la mujer.

Es decir, que así como en 1903, para masas iguales de población, era el cáncer más frecuente en las españolas, hoy lo es en los españoles.

Predominio de las neoplasias malignas sobre las benignas. Frente a un 16,9 por 100 de benignas se da un 83,1 de malignas para los diversos órganos (mama, 13,05-83,95; cuerpo de útero, 39,51-60,49; piel, 20,4-79,6; laringe, 2,5-97,5; ganglios linfáticos, 33,7-66,3).

Una lesión tumoral cualquiera debe ser tenida como maligna siempre que la histopatología no demuestre lo contrario.

LA ESPAÑA DEL NORTE ES MÁS CANCERIGENA QUE LA DEL SUR

Triguera Ortiz llamaba la atención en 1925 sobre la existencia en España de diferentes focos o regiones cancerígenas.

En el norte de España se morían por cáncer mayor número de personas que en el sur.

Las cuatro regiones cancerosas españolas fueron designadas por Hoffman con los nombres de región Castellana, Catalano-Balear, Portuguesa y Vasco-Navarra.

Las provincias con mayor mortalidad son las de Burgos, Valladolid, Palencia y Soria. En la parte oriental figura la de Gerona. Destacan asimismo las de Barcelona y Madrid. Las de menos mortalidad son las de Alicante, Albacete, Badajoz, Jaén y Almería. Las primeras están situadas al norte de España, excepto Madrid; las segundas al sur.

Es posible que la mortalidad excesiva en Madrid y Barcelona se explique, en gran parte, por tratarse de poblaciones universitarias, con grandes centros asistenciales, adonde acuden buen número de enfermos de las regiones limítrofes a recibir tratamiento.

En el sur de España la única excepción es la provincia de Sevilla, con mortalidad superior al resto de las provincias situadas al sur de la cordillera central. No podemos perder de vista la condición universitaria de esta población y, por otra parte, la importancia que ha tenido en tiempo pretérito el puerto de

Sevilla como punto de partida.

Igual que los geógrafos y meteorólogos dividen con una línea a España en dos mitades: la seca y la húmeda, los cancerólogos suelen diferenciar también con otra línea a nuestra Patria en dos partes. Esta línea, que podríamos denominar cancerígena nos da el caso interesante de que la mitad norte de España se nos revela con 0,33 por 1.000 —la cuarta parte aproximadamente— más cancerosa que la mitad sur.

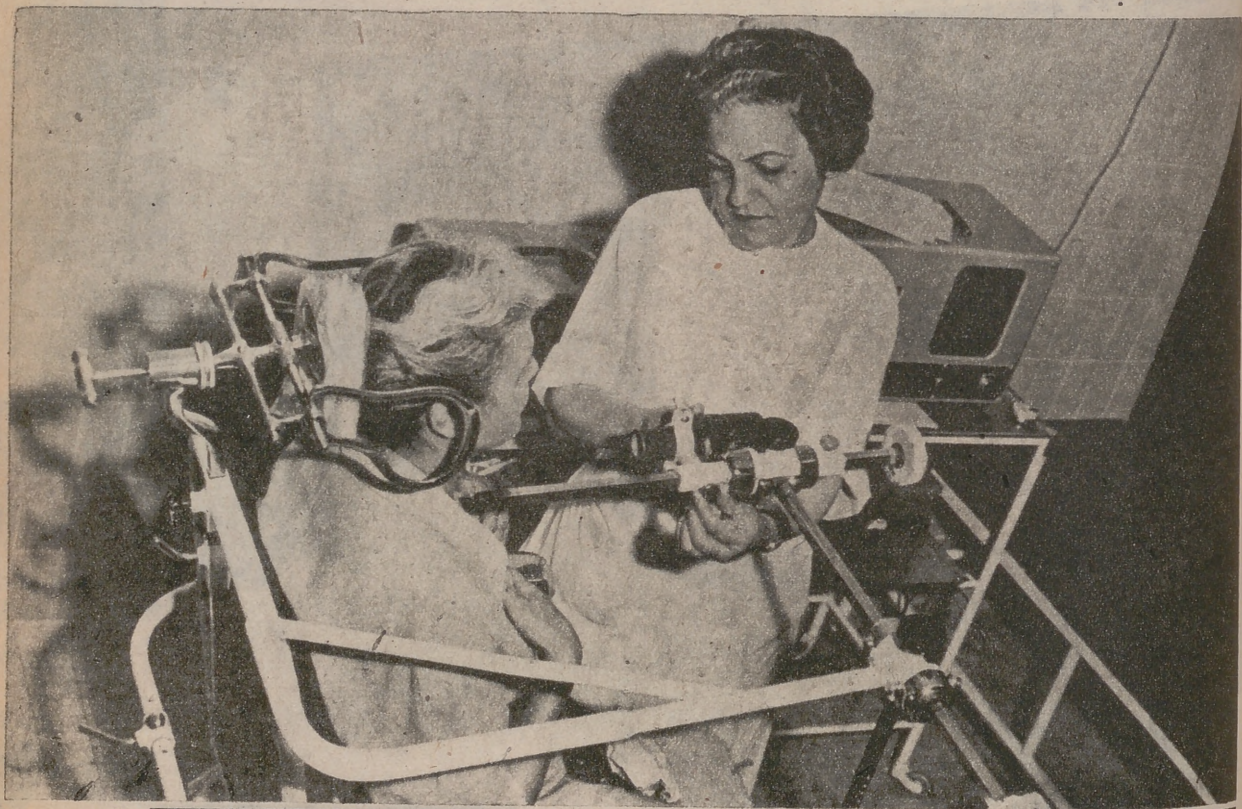
De las 25 provincias que tienen su coeficiente superior a la media, excepto las cuatro gallegas y León, se encuentran por encima de este paralelo, y de las otras 25 restantes, salvo, como es consiguiente, las anteriores excluidas de la parte superior, más Vizcaya, en la parte inferior de dicho paralelo.

Se han emitido numerosas teorías para explicar esta divergencia y se han investigado las causas generales más denunciadas, como son las causas predisponentes, como raza, clima, alimentación y posición social, sexo, edad, herencia, contagiosidad, profesiones, etc., y las causas determinantes: microbianas, parasitarias, embrionarias, celulares.

De todas existen dos teorías que, si no son las verdaderas, por lo menos son las más sugeridas.

La primera echa el samborrico al frío como una causa directa o indirecta. El frío lleva consigo la ingestión de alimentos y bebidas irritantes en su mayoría para compensar la pérdida de calorías, que actúan como causas desencadenantes si obran sobre el terreno cancerígeno.

El grado de exposición va au-



Aplicación del aparato detector Geiger-Muller

mentando, en general, paulatinamente en la zona norte, mientras tiende a disminuir, con mucha menos intensidad, en la zona sur.

La otra hipótesis concede una gran importancia a las cuencas o vertientes de distintos metabolismos en sus aguas, y que bien pudiera ser uno de los factores que más intervengan en las formaciones tumorales.

La Península Ibérica, por su configuración recortada, goza de una autonomía en cuanto al régimen hidrográfico: ríos de escaso caudal y mediano curso que nacen y desagan en la misma Península.

Parece ser que la frecuencia del cáncer en España es tanto mayor cuanto menos rico en magnesio es el suelo.

IGNORANCIA ABSOLUTA

La gente sabe demasiado poco o nada absolutamente acerca de las formas en que se presenta el cáncer.

Una idea errónea muy corriente es la de que las enfermedades cancerosas tengan que ir acompañadas de dolores, demacración y aspecto enfermizo. Por el contrario, el cáncer, al empezar, no causa casi nunca dolores; la demacración y el aspecto enfermizo son, en la mayoría de los casos, consecuencias de un cáncer antiguo.

Es un grave error creer que el cáncer sólo ataca a los viejos o a las personas de cierta edad. Una cuarta parte aproximadamente de todas las personas atacadas por esta dolencia tienen menos de cuarenta años.

Una persona puede padecer un cáncer y desconocerlo absolutamente. Por eso debe someterse a reconocimiento médico ante la menor sospecha para colaborar a un diagnóstico «precoz» del cáncer en caso positivo y para recuperar la tranquilidad en caso negativo.

Para hacer un buen diagnóstico es preciso analizar con detenimiento los antecedentes familiares relativos al cáncer, antecedentes personales del paciente relativos al desarrollo de tumores y a cualquier exposición a posibles agentes carcinógenos, y una cuidadosa valoración funcional de cada uno de los sistemas del organismo. El examen físico debe incluir la inspección y palpación de la piel, los ganglios linfáticos y la tiroides; un examen de las cavidades bucal, nasal y faríngea, así como de las cuerdas vocales; una cuidadosa inspección y palpación de las mamas, la auscultación de los pulmones; un examen del abdomen y los órganos genitales, incluyendo el examen pélvico bimanual, y un examen digital del recto y de la próstata.

UN BUEN DIAGNOSTICO PRECOZ

El diagnóstico precoz comprende no solamente el diagnóstico precoz «local», sino también el diagnóstico precoz «general» del terreno y de la enfermedad cancerosa.

Dentro del procedimiento «general», el diagnóstico humoral



Trace-Scanner para detección de metástasis cancerosas en el organismo después de la administración de isótopos radiactivos como elementos trazadores

constituye un método de diagnóstico precoz. Ciertas alteraciones humorales son independientes de la presencia del tumor y «preceden» a la cancerización. Dichas alteraciones humorales se encuentran en los procesos cancerosos aún no localizados, en tumores provisionalmente benignos y en personas aparentemente normales, pero con herencia cargada de predisposición cancerosa.

Es siempre necesario aplicar varios métodos humorales de diagnóstico precoz del terreno canceroso, del cáncer sospechado y del cáncer establecido, antes de tener derecho a interpretar positiva o negativamente.

Existe una hiperconcentración de gonadotropinas en la sangre y la orina de los cancerosos.

Cifras entre 100 y 500 U. R. para la excreción urinaria de veinticuatro horas. La regulación del azúcar (glucosa) está desordenada de una manera constante en la enfermedad cancerosa.

La cantidad total de calcio en sangre oscila. Los valores normales van de 41 a 45 miligramos de calcio ionizado por litro de plasma. En el cáncer, Leriche encontró con este método una disminución en un 68 por 100 de los casos, con valores extremos de 34 a 40 miligramos por litro.

Luego ya existían trastornos del calcio iónico en el periodo precanceroso.

Normalmente, el pH del plasma sanguíneo a 38° tiene un valor de 7,30 a 7,40. De 300 casos de cáncer comprobados y no tratados, 298 dieron valores entre 7,41 y 7,63; de promedio, 7,46. Reding comprobó, por el estudio de 53 enfermos afectados de tumores benignos, capaces de degeneración cancerosa, que existe ya alcalosis del plasma en el periodo precanceroso.

En las personas con herencia cargada, el pH del plasma tiende hacia la alcalinidad. En los cancerosos declarados, salvo raras excepciones, la ablación del tumor no hace desaparecer la alcalosis (68 casos). A lo sumo, reduce un poco el valor. La reaparición de un cáncer no modifica en nada los valores del pH anterior (19 casos).

El estudio de células individuales o de grupos de células exfoliales de superficies tisulares, llevado a cabo por primera vez por Papanicolaou para diagnosticar el carcinoma uterino, se ha hecho cada vez más importante. A este método se le conoce con el nombre de citología exfoliativa.

El examen citológico de las secreciones vaginales y cervicales, practicadas sistemáticamente en la mujer adulta que no presenta síntomas, conducirá a un diagnóstico de cáncer en el 0,3 al 0,5 por 100 de los casos.

Los métodos que se han empleado con mayor éxito en la ci-



Contador de centelleos para líquidos

tología exfoliativa han sido la utilización de muestras de esputo y de materiales obtenidos mediante lavados bronquiales en los casos de cáncer incipiente de pulmón. La aspiración endometrial en los casos sospechosos de cáncer uterino y el análisis del contenido de lavados del conducto gastrointestinal.

El diagnóstico final del cáncer debe hacerse siempre por el examen microscópico de una muestra del tejido afectado. En los casos de lesiones superficiales se debe obtener una muestra de tejido mediante bisturí o tijera. En los casos de lesiones profundas, la biopsia por punción puede dar resultados satisfactorios. Una biopsia por punción, negativa, no excluye la posibilidad de un cáncer. En las lesiones viscerales, es decir, de pulmón, estómago, recto, colon y vejiga, la biopsia, practicada con la ayuda del endoscopio, puede resultar satisfactoria.

Las hemorragias profundas, las masas duras y fijadas, las ulceraciones, el dolor y la pérdida de peso constituyen generalmente signos de un cáncer avanzado.

La palpación de un nódulo en la mama durante el período premenstrual o la presencia de una úlcera gástrica pueden justificar un nuevo examen del paciente después de un intervalo de algunas semanas.

En suma, el arma más eficaz en la lucha contra el cáncer es el diagnóstico precoz. La Asociación Española contra el Cáncer aconseja que usted, cualquier persona, debe acudir a su médico en cuanto note el menor síntoma sospechoso o anormal, incluso aunque éste no le produzca dolor alguno, pues al principio todos los cánceres son indolores, como anteriormente indicaba.

Los síntomas de alarma, se-

gún la Asociación Española contra el Cáncer, son:

PIEL. — Costras persistentes, nudosidades o lunares que tienden a crecer.

LENGUA Y LABIOS. — Nudosidad, generalmente única, ulcerada o no, con tendencia a aumentar de tamaño.

LARINGE. — Afonía o ronquera persistente.

PULMON. — Expectorcación mucosanguinolenta en persona generalmente no tuberculosa.

ESTOMAGO. — Inapetencia, adelgazamiento, color terroso de la piel.

INTESTINOS. — Depositiones sanguinolentas, estreñimiento, demacración.

MATRIZ. — Hemorragias fuera de los períodos normales.

PECHO. — Bultos o nudosidades anormales.

Los síntomas que aquí se detallan pueden corresponder a enfermedades benignas, pero ello sólo el médico puede aclararlo.

LA LUCHA EN ESPAÑA CONTRA EL CÁNCER

La lucha contra el cáncer en España ha quedado encuadrada y perfectamente organizada por la Asociación Española contra el Cáncer, de la que el Ministro de la Gobernación es el primer presidente del Consejo Ejecutivo y el señor duque del Infantado, presidente en funciones. La excelentísima señora marquesa de Villaverde es la presidenta de la Junta de Damas. El profesor don Julián Sanz Ibáñez es el presidente del Comité Técnico, siendo asimismo el director del Instituto Nacional del Cáncer.

La Asociación Española contra el Cáncer trata de cumplir la forma más completa de sus tres fines: investigar, divulgar y asistir.

Además del Instituto Nacional

del Cáncer, centro oficial dedicado a la investigación y a la asistencia de todos los españoles que acudan a sus servicios y salas, existen en nuestra Patria otros centros docentes, sanitarios, benéficos y particulares que se dedican al mismo fin y a acorralar al cáncer. En San Sebastián lucha contra el cáncer el Sanatorio Radio-Quirúrgico; en Barcelona posee un centro o servicio del cáncer el hospital de San Pablo; en Valencia se acaba de inaugurar otro; en Sevilla, el Hospital Provincial tiene en funcionamiento un espléndido servicio; en Granada, la Fundación «Santa Cándida» posee otro. También en Sevilla hay un Instituto de Oncología en la Facultad de Medicina.

Con el nombre de «bomba de cobalto» se denominan los dispositivos de telegamaterapia que emplean el cobalto como fuente de radiación. Para luchar contra el cáncer poseen bombas de cobalto la Institución de Salud de Valdecilla (Santander), el hospital de San Pablo de Barcelona y en Madrid también lo ofrecen y lo utilizan los doctores Arce, Rivas y Gil y Gil. El Instituto Nacional del Cáncer dispondrá dentro de poco tiempo, facilitada por la Asociación Española contra el Cáncer, de una novísima bomba de cobalto, que quedará gratuitamente a disposición de todos los españoles económicamente débiles.

El núcleo primordial y generador de la lucha en España es el ya referido Instituto Nacional del Cáncer, dirigido por el profesor Sanz Ibáñez. En este Instituto se han realizado dos cursos de citodiagnósticos, habiéndose ya preparado veinticuatro especialistas, que están en condiciones de descubrir precozmente el cáncer. Se han concedido becas para médicos españoles para que se dediquen exclusivamente a esta especialización; últimamente se han adquirido tres gramos de radium; se ha cedido un aparato anticanceroso al Sanatorio Radio-Quirúrgico de San Sebastián. La Asociación Española contra el Cáncer sostiene un departamento de investigación. Pero tanto para realizar esta investigación como para organizar una lucha hace falta conocer al enemigo en sus exactas proporciones. Con este motivo se está organizando un fichero de cánceros. Para ello se ha confeccionado una ficha de morbilidad, que por el intermedio de las Jefaturas Provinciales de Sanidad se está repartiendo a los médicos españoles para que éstos realicen la historia clínica de cada uno de sus enfermos de cáncer. Cuando se recojan todas las fichas se podrá saber si efectivamente en España hay 50.000 o más enfermos de tumores malignos. Para facilitar el diagnóstico, aparte de especializar en estas técnicas a los médicos, la Asociación se preocupa de adquirir los aparatos necesarios como colposcopios, microscopios, aparatos de laparoscopia. En la actualidad se gestiona la adquisición de broncoscopios, citoscopios y contadores Geiger-Müller.

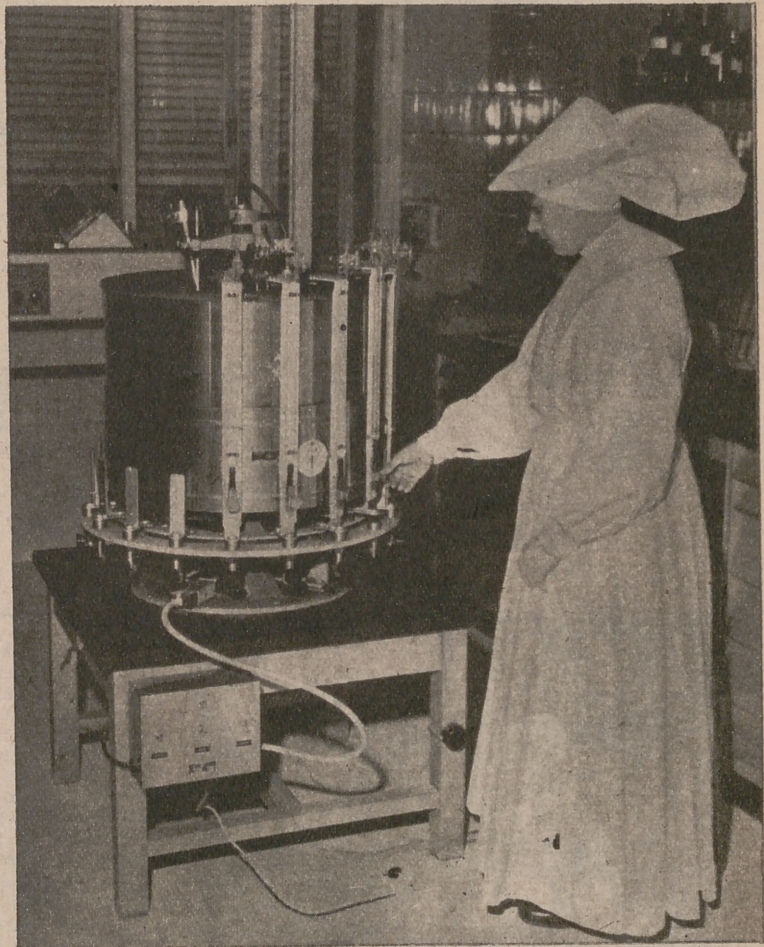
Todo esto son pasos prelimi-



CUESTACION PARA LA LUCHA CONTRA EL CANCER EN MADRID.—Las actrices cinematográficas Paquita Rico, Lola Flores, Eulalia del Pino y otras, en la mesa petitoria instalada en el teatro Español

nares para realizar una gran batalla contra el cáncer en el ámbito nacional, en la que ha de participar en primera línea el Seguro Obligatorio de Enfermedad, ya que éste responde de la seguridad sanitaria de la mayor parte de los españoles. Por lo pronto, las altas jerarquías sanitarias del Seguro (profesor Bosch Marín) prevén y proyectan la posibilidad de organizar un reconocimiento sistemático de todas las españolas acogidas al S. O. E. que se hallen entre los quince y cuarenta y cinco años. De llevarse a cabo esta campaña permitiría el descubrimiento de centenares de cánceres de matriz en estado latente o silencioso, que de esta forma podrían tratarse con una absoluta garantía de éxito.

Como dice don José Biosca Torres, secretario general de la Asociación Española contra el Cáncer, la ciencia humana viene demostrando que nada es imposible si se ponen todos los medios para el logro del objetivo que se persigue. El cáncer es enemigo fuerte, pero no invencible. Lo es cuando por abandono muchas veces le dejamos que lo sea, pero cede si la ciencia llega a tiempo. La lucha requiere medios económicos que el hombre posee. Necesita médicos y especialistas que el hombre puede crear; pero por encima de todo precisa una organización potente que unifique el esfuerzo de una asistencia, de la investigación y muy especialmente para poner en pie de defensa a todos los que podemos ser atacados. La Asociación Española contra el Cáncer persigue y logrará este fin.



Warburg. Aparato para determinación del oxígeno que consumen las células tumorales

Doctor Octavio APARICIO
(Enviado especial)
(Fotografía por Mora)



UN HOMBRE LLEGA AL CINE NOVELA

Por José Alejandro CRIBEIRO

CONOCIA a Evaristo con motivo de unas conferencias prematrimoniales que tuvieron lugar en Salamanca no recuerdo ahora qué año. (Tenía todo el aspecto de un genio, si los genios tienen aspecto de tales.) Debo decir que éramos aproximadamente más de mil los asistentes, lo cual dará una idea de las dificultades lógicas que para intimar o incluso conocer a un determinado asistente habría que sufrir. Por otra parte, el hecho de nuestro retiro y la entrega absoluta que habíamos ofrecido a la palabra del padre orador, nos inhielaba de todo afán social dentro del convento donde habríamos de estar por un tiempo de quince días.

Es claro —estábamos todos llenos de buenos deseos— que nuestra vitalidad más característica estaba por entonces y potencialmente, al servicio visionario de una mujer ideal; lo que más tarde dimos en llamar una buena madre de nuestros hijos. Es claro también que en todas las habitaciones no faltaban ni Kempis ni Santo Tomás, un devocionario corriente y una que otra fotografía

con marco de cuero, recordatorio estéril de la novia.

La jornada comenzaba invariablemente a las seis en punto de la mañana, con excepción del primer día en que se nos permitió como favor especial levantarnos a las seis y veinte. Mi habitación daba a la calle, y confieso que ni un solo día, salvo el primero, me he resistido a las grandes veladas solitarias con la ciudad dormida, con aquellos arcillosos monumentos proyectados hacia la llanura, con aquel Tormes frío y raquíptico que olía un poco a piel curtida y a almocrebe de feria. Meditaba yo por entonces sobre aquel raro contraste que la ciudad tenía: historia y ganado vacuno. Es evidente que uno estaba un tanto despiestado en aquellas conferencias.

Pues bien. Al toque solemne de la campana conventual marchábamos en filas hacia la capilla, de donde salíamos diez minutos de hora en hora para descansar y asimilar las bellas lecciones del padre Carmelo. No había corros entonces. No había conversaciones. Había tan sólo un largo pasillo silencioso por donde el que más y el que menos caminaba con la cabeza baja, meditando y convencido de que, efectivamente, al hijo había que educarlo necesariamente así, justamente así. Esto estaba claro.

No fue, sin embargo, el fruto de las conferencias, ni siquiera la gran experiencia poética de tantas horas inmerso en el misterio oscuro del silencio, lo que ahora recuerdo de aquellas jornadas salmantinas. Para mí, y estoy seguro de que también para cuantos conmigo escucharon la palabra decisiva del padre Carmelo, el recuerdo más hondo y extraño que nos quedó de Salamanca fue aquella tarde de clausura. Era la última conferencia. Aleccionados por quince días de recuperación espiritual escuchábamos los últimos consejos proyectados hacia nuestro futuro estado de matrimonio serena y atentamente. Es menester decir que si durante nuestra permanencia en el convento el silencio fue siempre cuidadosamente respetado por nuestra parte, aquel último día se me antojó mayor todavía. Se escuchaba el pensamiento, que por ser común, incluso tenía carne, presencia física. Y fue entonces, casi al término de la conferencia, cuando un asistente de las filas del centro se levantó, miró hacia los lados, y como quien hace eco de la queja de todos, dijo mirando hacia la bóveda central de la capilla:

—Pero, bueno. ¿Para qué dice todo eso si yo no pienso casarme?

La reacción del padre fue la de un escalofriante equilibrio a pocos reservado.

—Pues por si cambias de pensamiento, hijo.

Evaristo, al que más tarde conocí, sonrió satisfecho, como acreedor a tan alentadora respuesta, dijo: «Claro», y se sentó.

Tal vez toda inquietud mundana estuviera relacionada para ponerla en práctica, en todos y cada uno de nosotros, en el mismo momento de ver nuevamente la luz del mundo, de aquel mundo reducido, seco y amarillento que llaman Salamanca. Pero el «shock» que Evaristo insospechadamente había producido en todos a la hora de la clausura nos había conectado decisivamente con la fatalidad antigua a que por costumbre estábamos acostumbrados a combatir. Y es el caso que a la hora de la despedida todas las miradas que durante quince días se habían proyectado hacia dentro, ahora confluían sistemáticamente sobre aquel hombre de frente despejada, cabello liso y cuerpo interminablemente flaco. Sobre aquel descubrimiento llamado Evaristo que, con barbas, se hubiese parecido mucho a Pierre de Ronsard.

* * *

La Gran Tasca es un pequeñísimo rectángulo de ladrillo, en donde además de beber vino se escucha flamenco impresionado en discos. Entré en la Gran Tasca momentos después de salir del convento, porque me cuadraba de paso y porque sí. Porque ya eran quince días sin un miserable vasito. Estaba rebosante, y mi intención no era otra que la de beberme un «chato» rápidamente y marcharme a casa. Posiblemente habría varias cartas y era preciso contestarlas. Pagué, y cuando salía oí en el fondo de la taberna una voz conocida que se desternillaba llenando el recinto de gongosidad retórica.

—Y entonces yo le dije. Pero bueno, ¿si yo no pienso casarme! ¿Qué dice usted?

No cabía duda. Era Evaristo. Evaristo y su circunstancia más inmediata: hombres que lo escuchaban y reían sus incongruencias. Hombres que lo jaleaban. Hombres que le pegaban grandes palmadas en la espalda.

No sé por qué me picó la curiosidad de conocer a Evaristo, y decidí quedarme. Pedí más vino y esperé pacientemente la ocasión de acercarme a él, como quien espera una ingrata tarea que tendrá que realizar sin embargo. No fue fácil. Pronto comprendí que Evaristo era resistido heroicamente por sus compañeros, gracias a la ridícula generosidad que le llevaba a pedir más vino cada vez que las moscas lo aplaudían o, como sucedió



en algunos momentos, cada vez que lo paseaban en hombros a lo largo del rectángulo. Era todo demasiado para resistirlo por más tiempo. Pagué nuevamente y dije un «adiós» en cierto modo violento.

—Ese, ése—oí ya en la calle

Me volví y observé a Evaristo queriendo sobrepasar la puerta, mientras era arrastrado por sus compañeros en un forcejeo cómico.

—¿No estabas tú en eso de las conferencias?
—manifestó chillando desorbitadamente.

—¿Quién? ¿Yo?

—Sí, tú. Anda, cuéntales a éstos lo que le dije al cura. Cuéntales, cuéntales.

—¿Y qué le has dicho?

—¿Cómo que qué le he dicho? ¿Es que no has oído?

—Tú no has dicho nada, muchacho. Te lo has imaginado.

Mi respuesta, intencionada por cierto, provocó la risa y, quién lo iba a decir, también el desprecio de sus compañeros.

—Chalao—dijo el primero que se fue. Y detrás de aquél, como abejas que se buscan para formar bola, se largaron todos calle abajo, pegando estupeñas patadas a las colillas encendidas e iniciando palmas a un cantar muy conocido que ahora no recuerdo. Evaristo, histéricamente atento a cuanto acababa de suceder, quedó naturalmente sorprendido y mirándose con ira.

—Vamos, hombre—le dije—; no tiene importancia. Total, ya ves, nada.

—Pero es que ahora no me creerán si le cuento otras cosas a estos tipos. Tú mientes.

—Y tú también.

—¿Sí? ¿Cómo lo sabes? Acabamos de conocernos.

—Me lo imagino. ¿Dónde vives?

—Aquí cerca, un poco más arriba del Barrio.

Extrañamente triste y como un niño abandonado en el parque, Evaristo me confesó, con los ojos caídos y en tono moderado:

—Me pasé todo un mes maquinando esta aventura y vienes tú, y zas, lo fastidias. Eso no se hace.

Por inercia, caminamos hacia la plaza Mayor. Como cada quisque dimos nuestra ración de vueltas en redondo. Y más tarde, mortalmente aburridos entre aquella masa esférica que caminaba la plaza, se nos abrió la boca con extraña frecuencia, cayendo en la cuenta de nuestro madrugón de aquel día. Quise acompañarle a casa, y se nego rotundamente, pero como yo insistiera, accedió y me llevó hasta un garaje de donde sacó su coche. Evaristo vivía en Béjar, es decir, debía de residir en Béjar. Resulta, que quien me acompañó a casa fue él.

* * *

Ni que decir tiene que al otro día Evaristo apareció por casa con su flamante coche. Al otro día y los que le siguieron, porque lo cierto es que puntualmente me venía a buscar todas las tardes. Intimé con Evaristo. Su proceso vital ha tenido que ser forzosamente complicado, si complicación es algo así como no saber a qué carta quedarse. Evaristo había intentado los más raros quehaceres. Evaristo era bueno. Evaristo era malo. Evaristo era sensible. Evaristo era bruto. Evaristo era inteligente. Evaristo era torpe. Yo comprendo que sus padres, aun fuertes y aptos para los más extraños negocios, le hayan pasado una parte de su capital y lo dejasen en libertad incondicional. Evaristo era hijo único, y posiblemente, haya sido esto lo que influyó decisivamente en su tontería manifiesta. Sin embargo, había en él algo aprovechable. Evaristo tenía una capacidad de ilusión inusitada. Era, además, emprendedor, y de haberse asesorado de gente medianamente escrupulosa, habría triunfado en sus negocios. Pero lo cierto, en este momento, era que su cuenta corriente mermaba cada vez más y, según propia confesión, había tenido que vender la mitad de sus propiedades para cubrir sus gastos, que cada día aumentaban.

Una tarde llamó a mi puerta. Lo encontré triste. Le brillaban los ojos. El cigarrillo le temblaba en las manos.

—¿Qué te pasa Evaristo. ¿Algún contratiempo? —le inquirí.

Evaristo temía, no quería contestar. Estaba como aturdido.

—Venga, cuenta. ¿Te salearon?—insistí.

—Me enamoré y vendí el coche. Sí, sí, vendí el coche—contestó yendo hacia la ventana sin querer mirarme.

—¿Pero qué es lo que te disgusta, el haberte enamorado o la venta del coche?

—Las dos cosas.

—¿Quién es la chica?

—La hija del comprador.

—¿Y quién es el comprador?

—El padre de la chica. ¡Ja, ja, ja!

La risa en que estalló Evaristo duró un buen rato. El hombre no cabía de gozo por la tontería que acababa de producirse. En principio creí que se trataba de una de sus genialidades. Pero pronto pude conocer que ambas cosas eran ciertas. Evaristo se había enamorado aquella tarde de una chica, y aquella misma tarde había vendido el coche a su padre por una cantidad irrisoria. Quise prevenirle de que la venta había constituido una estafa, pero tropecé con su ira que no era sino su amor.

—¿Cómo puedes pensar semejante cosa! Fui yo quien puso el precio. Además, al fin, pronto será tío nuevamente. ¿No lo comprendes? ¡Voy a casarme!

Y Evaristo no se casó. La muchacha lo abandonó con el pretexto de una excusión a Portugal de la que regresó casada. Aquello produjo en él una extraña reacción. Evaristo se volvió un tipo duro que ya no se dejaba engañar fácilmente. Incluso me llegó a poner peros en una ocasión que me vi obligado a pedirle cierta cantidad de dinero para comprarme unos libros de consulta. Su amistad fue a menos hasta que dejó de venir a verme. Entonces me enteré de que había alquilado un piso en las afueras, a la otra orilla del río, y vivía con una mujer de dudosa reputación. Era evidente que Evaristo se había perdido definitivamente.

Al curso siguiente cambié la matrícula a Madrid. Sentía verdadera necesidad de renovarme. Salamanca me aplastaba un poco. Y fui a dar a una pensión de la calle del Pez, en donde contrariamente a lo que pudiera suponerse, todo transcurría normalmente, sin ruidos no extrínsecas. Era aquella una pensión de trabajadores más que de estudiantes. Yo hacía el número seis y ocupaba una habitación de dos camas que podía utilizar libremente, ya que era su único habitante. Único hasta aquella madrugada de otoño que me despertó la patrona para decirme.

—Tiene que perdonar. Pero acaba de llegar un nuevo huésped, y ya sabe, esta es la única cama vacía.

No quise saber nada y me agazapé en las sábanas para seguir durmiendo. Un poco después el ruido de maletas, un «que descansen» y sentí al nuevo huésped meterse en cama. Me levanté bien avanzada la mañana y no encontré a nadie en la habitación. Sin duda se trataba de algún hombre atareado que tendría que resolver asuntos en cualquier Ministerio.

Llegué un poco tarde a comer aquel día. Antes de decir «que aproveche», un hombre se me avanzó abrazándome efusivamente.

—¿Pero qué casualidad, qué casualidad! Te digo que aquello apesta. He tenido que largarme. No hay quien lo aguante.

Otra vez Evaristo. Y esta vez de compañero de habitación. Mientras comía no paró un solo momento de hablar, de gesticular. Gritaba, estaba emocionado.

—¿Sabes? La del coche murió al primer parto. ¡Qué barbaridad! ¡De lo que me salvé!

Mis compañeros de pensión lo miraban extrañados.

—Esto es vida, esto es vida. Aquí hay campo, campo libre.

—¿Sabes? Aquella tipeja me dejó sin un céntimo. Bueno, creo que te habrás enterado. Era una...

Afortunadamente Evaristo advirtió la presencia en la mesa de la patrona y sus dos hijas y frenó su ímpetu. Adoptó una postura correcta y calló. Pero su paciencia no resistió mucho. Se levantó furioso, y dijo:

—¿Es que estamos en un funeral? A ver, ¿estamos en un funeral? Además esta comida no hay quien la trague.

Calló un momento observando la reacción de los demás, y como nadie le hiciera caso se dirigió a mí diciendo:

—Anda, vamos. Te invito a comer.

Fui yo quien temí entonces. Realmente Evaristo se había vuelto irascible. Y más bien con el deseo de calmarle que de aceptar su invitación, salí con él a la calle.

Al doblar la primera esquina paró un taxi. Una vez dentro ordenó al chófer.

—A El Pardo.

—¿A El Pardo?—le dije extrañado.

—Sí; a El Pardo. ¿Es que no puedes conocer El Pardo?

—Pero si es un pueblo. Un pueblo como Aldea del Obispo, como Valdecabezas.

—¿Y no está en el centro?

Logré hacerle desistir de su desequilibrada idea y paramos un poco antes de la Estación del Norte.

—Oye—me dijo.

—¿Qué?

—Aún tengo cinco mil duros.

—Pero no quedamos en que estabas sin un céntimo?

—Bueno, es que vendí unos gallineros en Béjar.

—Pues, ¿quieres que te diga una cosa?

—¿Qué?

—Pues que como no los administres bien, te quedas de patitas en la calle.

—¿Quién, yo?

—Sí, tú. ¿Quién iba a ser?

—Yo voy de cabeza al cine, amigo. Al cine derecho. ¿No está claro? Voy a ser actor. ¿Pero si no tenemos uno siquiera, chalo! La ocasión es propicia.

Evaristo quería ser actor. Actor de cine. Evaristo quería llegar, ponerse y a ganar dinero. El desconocía que para llegar al cine era menester trabajar, llevar algo, mucho dentro. Pero tan obsesionado estaba en su idea que a la mañana siguiente, contra todo pronóstico, irrumpió en la habitación, y emocionado comenzó a deshacer sus maletas aun sin reparar en mí.

—Patrona, patrona—gritaba.

—Pero qué sucede, Evaristo?—le pregunté extrañado.

—Patrona, patrona.

—Pero, ¿qué pasa? La patrona se fue al mercado.

—Vaya pensiones. Esto es un antro. Eso es, un antro. A ver, a ver—chillaba como un loco estirando los brazos en cruz como sufriendo—, ¿quién me plancha ahora este traje?

—Pues tendrás que esperar. La patrona no llegará tan pronto.

—No puede ser. Imposible, ¿sabes? Tengo que salir inmediatamente para Avila.

—¿Para Avila?

—Sí, sí—gritaba enfurecido—, para Avila. Empezamos a rodar esta tarde.

—¿Rodar?

—Pero es que te has vuelto imbécil? Rodar, claro, rodar. ¿Qué es rodar? ¿Qué es rodar? Pues eso, rodar.

Evaristo, con el rostro encendido y los ojos saliendo de su sitio, se quedó un momento pensativo.

—¿Dónde has pasado la noche?—le pregunté suavemente.

—Ya está. Aquí habrá planchado en seco o un rápido, ¿no?

—Sí, claro.

—Ya está. Voy corriendo. ¿Qué hora es?

—Las nueve.

—Dios, que pierdo el tren.

—¿El tren?—confieso que me tenía un poco asustado.

—El tren de la 9,45. Un vagón especial que lleva el equipo a Avila. Adiós, ya te contaré.

Y se marchó como una exhalación con su traje a cuestras camino de la planchadora. Parece ser que en menos de un día o, mejor dicho, de una noche Evaristo estaba ya metido de lleno en el cine.

En la pensión la presencia de Evaristo había venido a trastornarlo todo un poco. La patrona estaba un tanto asustada y llegó a preguntarme si no estaríamos ante un loco.

—Le aseguro que si lo tengo es por usted. Si no bien sabe Dios que lo ponía en la acera de enfrente como me llamo Petra.

Parece ser que Evaristo había tropezado a la patrona en su carrera hacia la planchadora y le había manifestado a gritos «que iba a actuar a Avila».



—Y si quiere que le diga lo que me parece se lo digo: un loco, eso mismo.

La patrona había sostenido larga charla con los huéspedes sobre el caso Evaristo. Ellos, gente trabajadora y tranquila, no comulgaban con esta manera de proceder y, sobre todo, no les agradaba la idea de vivir con un trasnochador que viniera a quitarles el sueño por las noches.

—Mira—me dijo uno de ellos—. Nosotros creemos que lo mejor es que se vaya a otra parte.

—Sí—añadió la patrona, interrumpiendo— Yo creo que es lo mejor. Si no tiene compromiso con él, será bueno que usted le advierta.

Aquel sábado se prolongó la sobremesa y pude persuadirles de que no me unía a Evaristo compromiso alguno. Pero que lo más probable era que, al conocer el despido, por disimulado que fuese, se pondría furioso y seguramente se resistiría.

—Ah, no! Eso no. De resistirse, nada. Le damos unas cuantas bien dadas, y ya verás como se larga.

Todo intento de calmarles fue inútil, y aunque añadí que, debido a su nueva vida en el cine, posiblemente vendría poco por la pensión, no logró, por más que lo intenté, sacarles de la cabeza la idea que tenían de propinarle una paliza si no abandonaba la pensión.

Comprendí cómo había declinado la estrella de Evaristo desde aquella tarde de clausura en las conferencias matrimoniales de Salamanca. Había descendido desde su «Ford» de lujo hasta una pensión barata de Madrid, de donde además querían echarle. Porque, realmente, no me hacía a la idea de que Evaristo, así, nada más llegar, estuviese dentro del cine. Y, por otra parte, ¿valía Evaristo para el cine? ¿No se darían cuenta de que estaba ante un extraño individuo de dudosa capacidad intelectual? Toda la tarde me la pasé pensando en la suerte que esperaba al pobre sal-

mantino. Sin duda, había querido deslumbrarme con un triunfo prematuro y su embuste iba a costarle un serio disgusto. Pero confieso que de vez en cuando me asaltaba la idea de que Evaristo, efectivamente, había ido a Avila.

Y fue a Avila. Llegó sobre las dos de la madrugada de aquel mismo día. Me estremecí cuando, al sonar el timbre, oí cómo en las habitaciones contiguas a la mía los huéspedes se levantaban decididos a cortar por lo sano. Sin duda, estaban de acuerdo con la patrona, pues ésta esperó a que ellos se levantaran para abrir la puerta. Los huéspedes le esperaban en el pasillo. La patrona abrió lentamente y no pudo pronunciar palabra. Evaristo lloraba desconsoladamente.

—Costaba verle así al pobre del muchacho—me dijo en una ocasión la patrona.

Con la cabeza baja y llorando como no podía concebirse en Evaristo, llegó hasta mi habitación, que era la suya también. Observé desde la puerta cómo los huéspedes susurraban más que hablaban entre ellos, mientras cada cual marchaba a su habitación.

—Anda, acuéstate. Mañana me contarás. Vienes muy cansado—le dije, cogiéndole por los hombros.

—No—gritó, deshaciéndose de mí—, no. Voy a salir. Voy a matarlo.

Evaristo vociferaba, se revolcaba en la cama y profería extrañísimos insultos contra alguien a quien no llegó a conocer jamás.

—Le haré vomitar los mil pavos, o le clavo.

—Pero, ¿qué mil pavos? ¿A quién has dado mil pavos?

—Lo mataré, te digo que lo mataré.

Pobre Evaristo. Se quedó dormido contándome la estafa de que había sido víctima. Alguien—alguien que se hizo pasar por productor, o por representante, o sabe Dios por qué—le había ofrecido un puesto en una imaginaria película de inmediato rodaje en Avila. Es claro que, como fianza, habría que depositar 5.000 pesetas.

—¿No comprendes, hombre? Al terminar el rodaje se te devolverá la fianza con tus haberes. Pero ahora, precisamente, ahora, es indispensable la fianza para el Sindicato, ¿comprendes?

Evaristo no comprendía nada. Pero dio las 5.000 pesetas. Aunque lo que más le dolía era la faena de haberle hecho llegar hasta Avila. En la estación no encontró vagón especial ni cosa que se le pareciera. Únicamente un tren expreso corriente y vulgar, con destino a Avila. Se metió en él por sí iban dentro. Recorrió los vagones uno a uno. No encontró a nadie que, a su juicio, tuviera aspecto de gente de cine. Al llegar a Villalba tuvo que pagar billete doble porque no lo llevaba simple. Pero creyendo que acaso el vagón especial había salido con anterioridad llegó hasta Avila. Y en Avila, después de convencerse de que allí había de todo menos rodaje, empezó a llorar, hasta que llegó a Madrid. Pobre Evaristo. Se quedó dormido diciendo:

—Pero descuida, que no me cazarán en otra.

Le cazaron en muchas más. Evaristo seguía haciendo vida nocturna y tenía desarmados a los huéspedes y atomizada a la patrona. Cuando intentaron echarle les dijo:

—¿Sí? Pues vámonos derechos a la Comisaría. A ver, venga el libro de registro. A ver, a ver, venga el permiso legal de la fonda.

Les dejó a todos petrificados.

Digo que Evaristo seguía haciendo vida nocturna, y, según parece, y yo pude comprobar una noche, pregonaba a los cuatro vientos que estaba dispuesto a ser actor de cine. Que sería actor de cine. En una ocasión lo llevaron a una agencia que parecía de verdad y que sólo era un estafador. Le hicieron firmar un contrato y le condujeron ante un hombre gordo con dos teléfonos y un gran puro—que así era como Evaristo se había figurado a los magnates del cine, coincidiendo en esta visión sus estafadores—, quien le señaló día y un determinado estudio de la capital, entregándole además un folleto viejo y sucio, con anotaciones y tachaduras, que debía ser el papel que Evaristo debía estudiar detenidamente. La tarifa fue la misma—5.000 pesetas—; pero esta vez pagaba, según ellos, a una agencia legalmente constituida sus honorarios por tramitación y logro de trabajo. Además había gastos de laboratorio, revelado, positivo y unas pruebas de fotogenia que Evaristo nunca llegó a ver.

—Aún tengo dos mil duros—me dijo en otra ocasión—. Chico, ¡es que me hace tanta ilusión esto del cine!! Y no he visto todavía ni un estudio.

Pero Evaristo vio un estudio, aunque por ello pagó 1.000 pesetas.

Yo he pensado si cada vez que manifestaba su deseo de llegar al cine enseñaba los cuartos que tenía.

Hoy recuerdo la historia de Evaristo con cierta tristeza. Porque no existe vileza mayor que ensañarse con los indefensos. Y Evaristo, pese a su deseo de hacerse el duro, succumbía con pasmosa facilidad, casi con delicadeza.

Cuando Evaristo se quedó de verdad sin un céntimo era tarde para volver a Salamanca. Había visto ya la mayoría de los estudios madrileños, y la idea de colocarse ante una cámara, una cámara de verdad—no un cajón forrado de terciopelo negro como el de los estafadores—le tenía como un imán alrededor del cine. Se pasaba las tardes merodeando por Chamartín, plidiendo fuego a las personas que salían de los estudios. Y nadie se fijaba en él. Nadie advertía que él arqueaba la ceja izquierda o que podía decir «Te quiero» con una fogosidad imprevisible. Nadie se había fijado en su finísimo y reciente bigote, en su porte distinguido, en su dentadura fuerte y blanca como un río nevado. «¿No dicen que con estas cosas se puede ser actor?», se preguntaba Evaristo. El las tenía, pero nadie, absolutamente nadie se había dignado apreciarlas.

* * *

Una tarde de primavera llegó a la pensión extenuado. Venía de Cea Bermúdez a patitas. El hombre estaba desalmado y falto de fuerzas. Se veía privado de la buena vida.

—Este calor es irresistible—dijo cansadamente—. ¿Te importa acompañarme? Vamos al Retiro.

Le acompañé hasta el Retiro. Evaristo cambiaba fácilmente en compañía de alguien. Recobraba inmediatamente la ilusión que le era habitual.

—Oye—dijo señalando a una pareja que paseaba junto al estanque.

—¿Qué?

—¿Quieres ver que en ocho meses que llevo en Madrid no he encontrado una muchacha con quien pasear.

Evaristo miraba cálidamente a la muchacha cogida de la mano de su acompañante.

—No, no la he encontrado.

La primavera en el Retiro era algo así como una tristeza punzante en el corazón de Evaristo.

—Oye.

—¿Qué?

—¿Quieres que te diga una cosa?

—Di.

Y se quedaba callado mirando a los árboles, a los niños, a los soldados.

—Pues que estoy decidido.

—¿A qué?

—A ir al cine. Tienen que conocerme. Tienen que verme. ¡Pero si nadie me ha visto aún!

Al hablar de sus proyectos cobraba su rostro un aspecto brillante, encendido. Evaristo estaba tramando algo, sin duda. Pero no lo tenía. Por eso caminaba distraído, cogiendo ramitas del suelo, parándose, dibujando con los dedos en la tierra.

Cuando regresamos a la pensión, la patrona le llamó a su habitación.

—Mire—le dijo—. Yo tengo que ganarme el pan también. Me debe usted dos meses y tiene que comprender el que, en fin, si no me paga tengo que quitármelo del bolsillo.

—Comprendo, señora, comprendo. Espere usted dos días. Tengo que hacer algo, pero no sé qué todavía.

—Trabaje usted, señor. Trabaje usted.

—¿En qué?

—¿En qué? En lo del ferrocarril. En la estación. Además, ¿no tiene oficio?

—Yo soy actor, ¿comprende? Yo soy actor. Y he tenido coche.

—Está bien, está bien. Pero págume pronto o de lo contrario, ya sabe...

Senti toda la noche a Evaristo dando vueltas en la cama. Creo que no pude conciliar el sueño durante toda la noche. A la mañana siguiente me pidió cuartos para el autobús.



—Creo que no podría dar un paso. Préstame un duro, que te lo devolveré. Y pronto. Ya se lo que voy a hacer.

El sabía lo que iba a hacer. Era una idea pequeña; pero, puesta en práctica, desarrollada, tendría una magnitud terrible.

Salió decidido y contento.

Llegó a un estudio y observó la entrada. Por fin, se decidió y se acercó al portero.

—Déjeme entrar, se lo ruego. Le juro que me estaré en una esquina sin que nadie me advierta.

—No puede ser, muchacho, no puede ser—le dijo el portero mientras hacía una extraordinaria reverencia a un señor que en aquellos momentos entraba en el estudio.

—Anda, dile a uno de éstos que te deje entrar. Date cuenta que yo no soy nada aquí.

—¿Quién era ése?

—El protagonista.

—¡El protagonista!

—Dentro de un rato vendrá el jefe de producción. Espérale y dísele.

—Bien, lo haré.

Pero el jefe de producción estaba dentro. Había llegado antes que el propio portero. Y en este punto la voluntad de Evaristo ha sido heroica. Esperó pacientemente la jornada de la tarde sentado contra los muros del estudio. El portero, que, en cierto modo, se sentía culpable de la situación de Evaristo, le dio algo de comer, y cuando llegó el jefe de producción le avisó. Evaristo se le acercó como un cachorro y solicitó permiso.

—Déjalo entrar, Luis—dijo el jefe al portero.

Y Evaristo se coló como una anguila puertas adentro. Esperó un rato y pronto comenzó el rodaje. Esta era la primera vez en su vida que Evaristo veía rodar. Antes sólo había visto los estudios en seco, parados. Observó los raíles del «travelling» un poco asustado, hasta que vio su utilidad. Puso atención en las luces que pedía el cámara. Vio cómo la actriz principal se maquillaba ante sus propios ojos y, finalmente, se extrañó ante la frecuencia con que el director decía «Corten». Pero, a pesar de todo, nadie se fijaba en él. Un muñeco le doblaba en importancia ante aquellas gentes.

—¡Un muñeco!—se decía—. ¿Por qué no puedo yo ocupar el puerto de ese muñeco que casi no se ve?

Se estremeció, sin embargo, cuando pudo com-

probar cómo a aquel muñeco de cartón y lana le tiraron una cuchillada y echó sangre.

En los descansos se paseaba arrogante delante de las narices del director. Sonreía a su angelical jefe de producción. Llegó incluso a rozar el precioso traje de organdí que lucía la primera actriz. Pero todos sus intentos fueron inútiles. Nadie se fijaba en él. Fue entonces cuando empezó a desarrollar la pequeña idea que le había llevado aquella mañana hasta los estudios. Sudaba frío. Evaristo había evolucionado desde aquel día de conferencias. Por entonces era un muchacho rico que podía permitirse extravagancias de aquel tamaño. Era casi su profesión. Pero ahora era distinto. Ahora había llevado varios reveses, uno detrás de otro, y se daba perfecta cuenta de lo que hacía. Sin embargo, era preciso hacer algo, no para hacer reír, pero sí para ganar algo así como la atención de aquellas gentes abstraídas en su trabajo. Se rodaba un plano largo casi en la oscuridad. Era un «travelling» lento que debía terminar con un grito de la protagonista cuando ésta advirtiera un cuchillo clavado en la espalda del muñeco. Un plano que, al parecer, no habían conseguido durante toda la tarde. Un poco antes de finalizar el «travelling», Evaristo se adelantó en la oscuridad y dijo enérgico, sonriente, triunfal:

—Corten.

Lo había conseguido. Todos, absolutamente todos, le estaban mirando. Durante un buen rato cuantos trabajaban en el estudio quedaron estupefactos ante lo sucedido. Lo había conseguido, no cabía duda. Desde el maquillador hasta el director le examinaban atentamente.

Fue aquella, sin embargo, la última y más triste jornada que yo sepa de Evaristo.

—Debe ser un pobre loco—se disculpó el jefe de producción ante el director.

—Un loco que me mató el plano. ¡Ahora que lo tenía!—El director estaba manifiestamente indignado.

Un electricista hizo ademán de tirarle un foco a la cara y remató un obrero con una terrible patada.

—Largo, largo de aquí, so tonto—le había dicho. Evaristo era expulsado del plató como un bicho sucio y molesto.

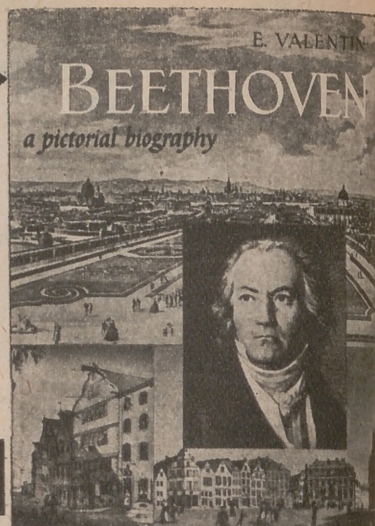
Deambuló por las calles durante mucho tiempo y terminó en una Comisaría de distrito acusado de estafa por una señora anciana y renqueante.

**EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER**

"BEETHOVEN"

(UNA BIOGRAFIA GRAFICA)

Por Erich VALENTIN



COMO si quisiese aumentar todavía más la presencia física que Beethoven nos ha dejado con su música, el autor del libro que hoy incluimos en nuestra sección, se ha entregado a la tarea de reunir una selección lo más completa posible de reproducciones gráficas, tanto personales como de cosas referentes al gran compositor. Es por esto por lo que la obra que presentamos a nuestros lectores se sale en cierto modo del encabezamiento general de nuestra sección siendo un libro que, además de leer, es menester ver en toda la extensión de esta palabra, por el cuidado que se ha puesto en su edición y presentación. Es como si Valentin no se hubiese sentido capaz de dar una idea con sus escritos del genio de Bonn y para no experimentar la sensación del fracaso, se asegurase el éxito poniendo ante los ojos de sus lectores ese valioso material documental a que hacemos referencia y que en todos los amantes de Beethoven viene a enriquecer su recuerdo auditivo. Publicado originalmente en alemán por la editorial Kindler—nosotros hemos utilizado para nuestro comentario la edición inglesa—, este libro por su texto breve pero enjundioso (su cronología es sumamente interesante) y por su presentación, constituye un objeto que viene a completar nuestra vivencia beethoveniana y además, muy en conformidad con el estilo de su música.

VALENTIN (Erich): «Beethoven». Thames and Hudson. Londres, 1958.

LOS antepasados de Beethoven procedían originariamente de la parte flamenca del Brabant, cuando esta comarca imponía sus modelos artísticos al resto de Europa. Los Beethoven eran en aquella época unos sencillos campesinos que vivían una existencia tranquila en medio del gran bullicio que rodeaba entonces Lovaina, la ciudad sobre Dyle, tan rica en iglesias góticas. Aunque conocemos sus nombres, apenas si sabemos nada de su vida cotidiana.

EL AMBIENTE FAMILIAR

Uno de estos Beethoven, Johann, se casó en la ciudad de Bonn, en 1767, con la encantadora joven viuda María Magdalena Leym, y fue de este matrimonio de donde nacería el gran músico de la familia, precisamente en el número 515 de la Bonngasse. Allí, en una pequeña habitación de techo inclinado, vio su primera luz Ludwig van Beethoven, siendo el segundo hijo de una familia de siete hermanos, varios de los cuales no pasaron de la infancia.

Si creemos a Romain Rolland, gran admirador de Beethoven, éste vivió una atmósfera melancólica y triste en el hogar paterno, donde todo estaba dominado por los excesos del avisado cabeza de fa-

milia, aunque la inteligencia del muchacho pudiese ser preservada por la amable severidad del abuelo y la silenciosa abnegación de la madre. Se asegura que este ambiente ejerció una influencia permanente en la vida del gran músico. La verdad es que todo esto no deja de ser licencias literarias y que Beethoven fue en su infancia un niño como los demás, que jugaban alegremente y le gustaba divertirse. Cuando era un poco mayor acompañaba a su padre en paseos por el Rhin y algunas veces hacían excursiones hasta la Siebengebirge. En su sensibilidad de chico introspectivo, la impresión de su paisaje natal se dejaría sentir siempre. Beethoven no fue nunca un niño prodigio como Mozart, hasta el punto de que sus maestros tardaron en reconocer el genio del muchacho, lo que no quita para que participase ya a los seis años en un concierto de Colonia.

EL HOMBRE Y SU CIRCUNSTANCIA

Es muy corriente el considerar a Beethoven como un solitario arisco, como un titán despiadado que desafiaba al destino con el puño cerrado y cara angustiada. Hoy conocemos muy bien las penosas circunstancias que le obligaron gradualmente a renunciar a la sociedad de sus contemporáneos. Sufrió verdaderas angustias a medida que aumentaba su sordera y se vio obligado a mantener una actitud melancólica que contradecía su propio temperamento, pues el auténtico Beethoven era amable, sociable y cordial, un hombre de una personalidad resplandeciente. Sin que lo supieran sus amigos, los primeros síntomas de su mal aparecieron muy pronto, ya en 1789. Este le obligó a abandonar su carrera de gran pianista y a prepararse para forjar el otro Beethoven, el artista creador. Entonces sus problemas como compositor se complicaron todavía por el esfuerzo que tenía que realizar para dominar sus propios impulsos. Durante toda su vida, Beethoven poseyó el don de atraer hacia él a los hombres más diversos y de las clases sociales más distintas. Y esto se debía no sólo a la fuerza intelectual de su personalidad, sino a su magnánima actitud hacia todo lo que le rodeaba y a la vida en general. Sus gustos juveniles por los vestidos de moda, su amor por las buenas compañías y el buen humor, así como el hecho de que él no fuese, ni mucho menos, insensible a la belleza femenina; su saludable arrogancia, que él no ocultaba ni a reyes ni señores; todas estas cosas hablaban de una gozosa y entregada aceptación de la vida.

No debemos nunca perder de vista los fundamentos reales de su carácter ni su terco, inexorable amor a la verdad y su creencia en la ley moral. Chocó muchas veces durante su vida con hombres y teorías y en todas las ocasiones encontró la justificación de su actitud en estas premisas de su vida. Su fundamental oposición a su edad y a su ambiente es comprensible si recordamos que Beethoven se daba cuenta perfectamente del nacimiento de una nueva y distinta filosofía de la vida. Él pertenecía a la generación que produjo hombres, tales como Jean Paul y Kleist, Novalis y Hölderlin, Hegel y Chateaubriand—sin olvidar a Napoleón—, y vio más claramente que muchos de sus contemporáneos, lo que estaba ya germinando a su alrededor. Es por esto por lo que debemos con-

siderar su inmovible fe en la humanidad del hombre y en la existencia de una divinidad que comparte los destinos del hombre como una prueba positiva de su propia ansia de vivir. No el hombre, sino sus circunstancias—las amarguras de su vida y la forzada retirada que le ocasionó su enfermedad—fue lo que se conjuró para crear la falsa impresión de que al final de su vida terrenal Beethoven se había convertido en un solitario y amargado ermitaño.

En una ocasión le dijo a Karl Amenda que el exilio en que se había impuesto era algo que le resultaba muy difícil de llevar. «¡Cuán feliz sería si recuperase mi oído, por lo menos si mejorase mi audición! Entonces daría a todo nuevo impulso y no haría, como me ocurre ahora, que todo lo tengo que abandonar. Pasan los mejores años de mi vida y no cumplo las promesas que anunciaban mi talento y mi energía. Ahora bien, he podido encontrar una melancólica sumisión con mi destino, que me obliga a tratar a todo con indiferencia. ¿Cómo soy capaz de mantener esta actitud? ¿Seré capaz de sostener esta difícil actitud? Creo, Amenda, que si dentro de seis meses mi dolencia se muestra incurable, creo que podré contar con su amistad y le pediré que deje todo y se convierta en mi compañero permanente. Estoy convencido que mi suerte está echada.»

Aunque Beethoven se daba cuenta cada vez más de las horribles consecuencias de su lamentable enfermedad, no dejaba de crear nuevas composiciones, tanto de música de cámara como sonatas, entre estas últimas dos dedicadas a Lichnowski, la «Patética», y la sonata, que tiene una marcha fúnebre. El 2 de abril dirige personalmente la primera ejecución de la «Sinfonía núm. 1» en un concierto celebrado en el Hofteater, próximo al Palacio Imperial. Entonces vivía en el número 241 de la Tiefen Graben, y en esta ocasión su casa sirvió de taquilla también para el concierto. Todos estos trabajos no parecen ser afectados por su angustia mental, aunque no pueda ser dicho lo mismo de la famosa sonata, compuesta también entonces y conocida más tarde con el ridículo sobrenombre del «Claro de luna».

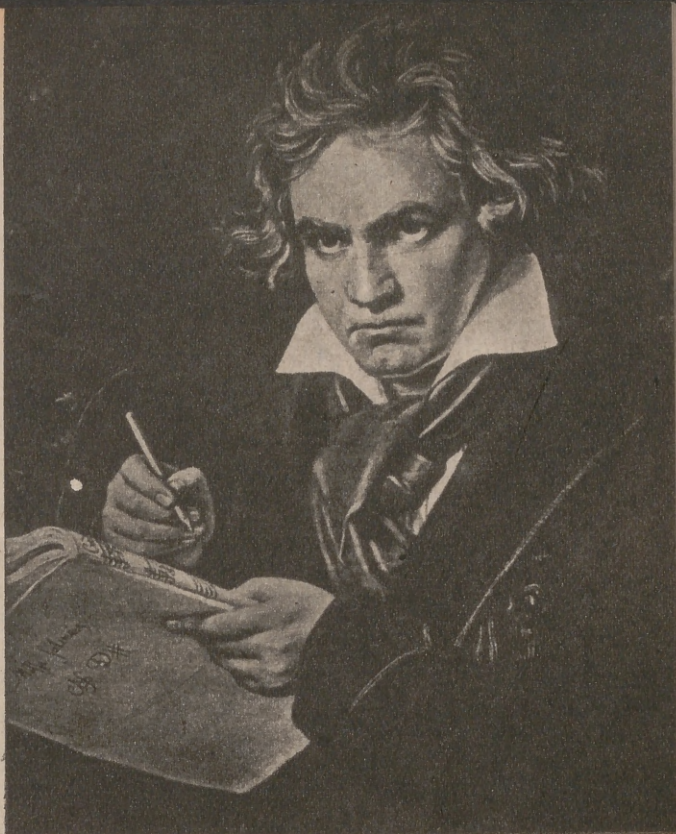
Esencialmente la vida vienesa es todavía serena y agradable, aunque las amenazas de guerra se dejan sentir en el mundo exterior. Además, cuando Beethoven no puede solazarse con los contactos personales se vuelve a la naturaleza, de la que siempre fue un devoto amante. En esta época alquila dos y hasta tres casas simultáneamente. Una de éstas estuvo siempre en los alrededores de la ciudad, ya fuese en Döbling, Heiligenstadt, Baden, Penzig, Mödling o Hetzenendorf, donde él busca la paz y la tranquilidad en sus amados bosques y prados. La posteridad ha señalado gustosamente sus manifiestas contradicciones de esta época, el extraño e incomprensible misterio, la mentira heroica, inherente al hecho de que las obras de Beethoven, aun en sus horas más sombrías, nunca cesa de radiar alegría y jovialidad. Ahora bien, ¿no deja de ser simbólico sus deseos de poner música a la «Oda a la alegría», de Schiller, desde sus días juveniles de Bonn hasta el fin de su vida?

Cuando lucha con sus amargos pensamientos encuentra tranquilidad en lo que centró toda su existencia. Sabemos también que el cálido aliento del amor reconforta su fe y le proporciona un cierto sentido de felicidad, por lo que él mismo escribe: «Me veo forzado a vivir apartado de mis semejantes y a aparecer como alguien que odia a la humanidad, aunque la realidad sea muy distinta... No puedo ser infeliz, me niego a que el destino me ahogue. ¡Cuán bello es vivir! ¡Vivir mil veces!»

Es muy fácil descubrir un heroico estoicismo en estas palabras. ¿No descubrimos aquí al auténtico hombre? ¿No conmueve nuestros corazones su verdadera naturaleza al revelársenos de este modo, en sus apasionados deseos de felicidad, en su anhelo por la belleza y la alegría que la vida ofrece y en resistir a la desgracia con todas sus fuerzas?

En esta época, cuando siente mayor urgencia por desarrollar su creación, Beethoven se da entonces completa cuenta de su misión en la vida y trabaja seria y diligentemente. Conoce el camino que debe seguir. Posteriormente, algunos años más tarde, poco antes de su muerte, escribirá: «En aquellos tiempos no sabía cómo componía, pero ahora lo sé perfectamente.» Sus momentos de decisión como artista creador coinciden con sus crisis personales.

Fue en los primeros días de octubre del año 1802 y cuando los árboles de Heiligenstadt aparecían alegres con sus colores de otoño, cuando Beethoven, melancólico y deprimido, luchó una batalla desesperada contra lo que parecía cernirse sobre él como



El genial músico, con el original de su «Misa solemne»

una sombra oscura. Lo que él anteriormente había mantenido secretamente de sus amigos—sólo Wegeler, su consejero médico de confianza, y Breuning compartían su secreto—lo revela en el *Heiligenstadt Testament* como explicación de su conducta. Ferdinand Ries, el compañero juvenil de las correrías de Beethoven, cuenta también cómo en ciertas ocasiones Beethoven era incapaz de oír a un pastor tocar la flauta en el bosque y cómo de vez en cuando aparecía silencioso y moroso. Incidentes como estos le obligaron a separarse de sus primeros amigos, a pesar de lo mucho que deseaba su presencia. Se habría dado gustosamente la muerte—solamente su fe en el arte y en la ley moral le libraron del suicidio—si no estuviese decidido resueltamente a vi-



Beethoven en su lecho de muerte

vir su vida por amarga que resultase Dentro de este espíritu redactó su testamento dando gracias a sus amigos abandonando sus posesiones espirituales y terrenales en buenas manos y perdonando a sus hermanos las injusticias que le habían hecho durante el pasado. «Reconozco que desde ahora la paciencia debe ser mi estrella conductora y que debo a ella únicamente seguirla...»

FINALE

Aconsejado por sus amigos y muy particularmente por Johann Wolfmayer, que entonces residía en Viena, Beethoven se convence a sí mismo de que debe hacer cuanto pueda por recuperar la salud, por lo que busca el olvido de sus últimas penosas experiencias en un castillo del Danubio, próximo a Krems y propiedad de uno de sus hermanos. Desde hace años, el músico se ha negado a entrar en la casa de su hermano, a causa de la mujer de éste. Rectifica ahora su decisión con la esperanza de encontrar un cariño fraternal. A finales de septiembre de 1826 los dos hermanos, juntamente con otro amigo, inician el viaje a Stockerau, vía Korneuburg, donde pasarán la noche.

El inteliz compositor necesita mucha insistencia antes de decidirse a abandonar Viena y sólo ante los ruegos continuos accede. El coche recorre la comarca de Wagram, para llegar finalmente a Krems, donde se detiene en el patio de la vieja mansión. Externamente todo parece ir muy suave, pero poco a poco aumenta la tensión.

Beethoven puede difícilmente sentirse a gusto en aquella fría y desgarrada atmósfera. Trabaja, hace proyectos y se da largas caminatas por los campos Allí, donde él esperaba tanto del amor de su hermano, permanece sólo, introvertido e ensimismado en sus pensamientos. Estos le llevan a su pasado, a sus alegres días juveniles de Bonn, a los cuales él vuelve cada vez con más frecuencia en los últimos años de su vida.

Por primera vez en su vida, el solitario Beethoven siente la garra de la desesperación angustiosa, lo que le hace desear todavía más su vuelta a Viena. El señor y la señora de la casa no están, sin embargo, dispuestos a mandar a la ciudad a su coche ligero, aunque permiten que Beethoven salga el último día de noviembre en un coche distribuidor de leche. Durante el camino, Beethoven abandona este medio de transporte y febril y enfermo termina su viaje en una tartana. De este modo entra en Viena, no como un héroe en un carro triunfal, sino como un miserable vestigio, destrozado por las sombras de la muerte.

Se instala en Schwazzspanierhaus el 2 de diciembre. Su pulmonía—Gerhard von Breuning pensó que era peritonitis—puede ser curada; pero su enfermedad hepática, que atacó al músico antes de que dejase Viena y que, además, tiene complicaciones con los intestinos, continúa su curso. En ocho semanas, Beethoven, que padece hidropesía, es sometido a cuatro punciones para sacarle algo de agua. La última de estas operaciones tiene lugar el 27 de febrero de 1827.

Su espíritu, que ha permanecido invencible en estos años de enfermedad y dolor, y con la máxima vitalidad creadora, se mantiene alerta y sereno. Desde el lecho de la enfermedad, que se convertirá en mortal, los pensamientos de Beethoven se vuelven hacia Goethe y pregunta a sus amigos cómo va la salud del anciano de Weimar. En 1823 había escrito felizmente a Goethe, recordándole su entrevista en Teplitz y le gustaba también en aquellos días hojear la edición de las obras completas de Haendel, que se le habían enviado desde Londres. Sin estar ya rodeado por jubilosas aclamaciones las cuales ya en modo alguno habría podido escuchar, se encuentra en medio de un tranquilo efecto, que su viviente espíritu acepta agradecido.

Su cerebro no deja de pensar en nuevos planes: una sinfonía, una «Obertura de Bach» y ópera sobre «Fausto». Además de por Schindler y Breuning, sus abnegados amigos de juventud, Beethoven es atendido en estas últimas semanas y días por Sali y Anselm Hüttenbreiner. También llega su hermano Johann y otros conocidos y amigos. Uno de sus últimos visitantes es Franz Schubert. El 23 de marzo, Beethoven escribe su testamento en una carta dirigida al doctor Bach, ategándole una cláusula en el que estipula que su sobrino es su único heredero y que sus propiedades deben pasar a los hijos de Karl.

Durante horas, los amigos esperan el desenlace. Schindler precavidamente va a ver a Grillparzer para pedirle que escriba la oración fúnebre. En la tarde del 26 de marzo, mientras Schindler y

Breuning están en el cementerio de Währing buscándole una tumba, la muerte se aproxima al lecho de Beethoven. Durante las últimas horas del crepúsculo con el acompañamiento de una gran tormenta de nieve, granizo, rayos y truenos, se despidió del mundo en su habitación de la Schwarzspanierhaus. En el momento de la muerte, sólo Hüttenbreiner, si su memoria no le engaña, está junto a él: «No más respiración, no más palpitación del corazón. El genio del gran músico sale de este condenado mundo para penetrar en el reino de la verdad. Una vez que se quedó inmóvil, cerré sus ojos medio abiertos y besé estos mismos ojos, y luego sus cejas, su boca y sus manos»

Schindler fue corriendo a avisar a Grillparzer, que conservó una impresión extraordinaria de este momento. «Fue como si me hubiese caído algo encima muy pesado. Las lágrimas saltaron de mis ojos—cosa que me ocurre siempre que yo me entrego a cualquier trabajo o me dejo ganar por una auténtica emoción—y me fue imposible dar a un significado al final de la oración que había comenzado.»

Atestada de proyectos—entre ellos el esbozo de la «Obertura Bach»—se encontraba la habitación en la que yacía el cuerpo de Beethoven Allí estaban sus fieles y mudos amigos, sus libros, entre ellos obras de Tomás de Kempis, Kant y Seume, metidos en los estantes, abandonados como la misma habitación, cuya incomfortabilidad silenciosa se adecuaban muy bien con lo que había sido, el cuarto de estar de un genio.

Beethoven estaba muerto. Sólo lentamente el mundo del espíritu se recuperaría del rudo golpe recibido. Incluso la naturaleza, a la que Beethoven había amado tanto por su «grandeza elemental», parece como adormecida, como si todo lo ocurrido no tuviera sentido.

El 27 de marzo de 1827, Danhauser le hizo la mascarilla. Aquel mismo día fue embalsamado el cadáver. Breuning, Schindler, Holz y el suspicaz hermano se pusieron a la tarea de poner en orden los asuntos del muerto. Un día más tarde, Danhauser hizo un dibujo de la cabeza de Beethoven. El 29 de marzo, a las tres de la tarde, el cortejo fúnebre salía de la Schwarzspanierhaus, contemplado por miles de vieneses, que se reunían junto al león muerto en el momento de su última jornada. Después de la bendición del cuerpo por sacerdotes de la fundación escocesa, entró en funciones la coral de Bernhard Anselm Weber. El propio cadáver era llevado por cantores y junto al mismo marchaban amigos y conocidos, así como hombres de letras y artistas. Con la música fúnebre de la «Sonata Lichnowski» entró en la iglesia de la Santísima Trinidad de la Alserstrasse para recibir la absolución final. Una compacta multitud llenaba la iglesia y calles adyacentes, hasta el punto de que les fue muy difícil a los parientes y amigos íntimos de Beethoven—concretamente se sabe de su hermano Johann—el encontrar sitio. Después un carrozo fúnebre llevó al muerto al cementerio de Währing. En la puerta del camposanto el actor Anschütz leyó la oración fúnebre de Grillparzer.

«Era un artista, pero también un hombre, y esto en el sentido más amplio de la palabra—decía el saludo del poeta al muerto— Porque estaba incomunicado del mundo se le decía hostil y porque evitaba sensaciones insensibles. Pero la verdad es que él se conocía demasiado bien como para extravertirse. Si él se aislaba del mundo era porque en las profundidades de su naturaleza amante no encontraba un arma con que defenderse. Si evitaba a sus conciudadanos, lo hacía después de haberles dado cuanto tenía, sin haber recibido nada en contrapartida. Permanecía solitario, porque no encontraba nadie como él. Ahora bien, hasta el día de su muerte sintió un inmenso cariño por toda la humanidad, un afecto paternal por su propia estirpe y una gran cordialidad por todo el mundo. De este modo vivió y murió y así pervivirá perpetuamente.»

Las paletadas de tierra dan sordamente sobre el ataúd, en el que reposaban todo lo que quedaba de quien había amado tanto a la vida y había sufrido tanto por ella.

Beethoven estaba muerto. Se le cantó una misa de Réquiem en la iglesia de los Agustinos el 3 de abril y otros funerales se celebraron por él en Viena y en todo el mundo. En otoño de aquel año se descubrió una lápida en su tumba. Nuevamente Grillparzer escribió unas palabras para el muerto, esta vez unas palabras más solemnes que las que hiciera para la oración fúnebre, unas palabras apasionadas.

MANUEL MAMPASO Y LA PINTURA DE ACCIÓN



«EL LENGUAJE DE LA IMAGINACION PURA», UNA FORMULA ACTUAL PARA EL ARTE

ILUSTRADOR, DECORADOR DE OBRAS TEATRALES, MURALISTA Y PINTOR

ENTRE las novedades pictóricas de la actual temporada madrileña ha destacado la Exposición de Manuel Mampaso, que actualmente se celebra con el expresivo y un tanto misterioso título de "Pintura de acción", que le ha aplicado el crítico Popovici. Mampaso es muy conocido por sus diversas actividades pictóricas, que abarcan desde la ilustración de las mejores publicaciones españolas a los decorados teatrales; pero en medio de esos dos extremos se encuentra un hombre entregado a su vocación pictórica, que ahora nos muestra la última faceta de su arte.

Para llegar a la síntesis actual, Mampaso ha caminado con ilusión por la senda que voluntariamente eligió, que muchas veces se le presentaba llena de obstáculos, impidiéndole dirigirse donde estaba su verdadera manera, que al fin encontró. Vamos a seguirle a través de las principales etapas de su vida.

LOS HIJOS NO SIEMPRE QUIEREN SER LO QUE SUS PADRES

Pasó lo de tantas veces: el pa-

dre empeñado en que su hijo tuviese la misma carrera que él, y el hijo, que había nacido para artista y, por lo tanto, rebelde, se empeñaba en que no sería maestro de escuela como su padre.

—Entonces, farmacéutico.

Porque también había antecedentes familiares dedicados a la profesión de la Farmacia. Pero no era esto tampoco lo que Manolo quería. Lo que a él, en verdad le interesaba era llenar de dibujos cuanto papel caía en sus manos, y como el papel se le acababa, con frecuencia continuaba haciéndolo sobre las aceras de cemento de su calle, allí en La Coruña, donde nació.

Pero a las familias, por lo general, esto de que un hijo les salga con aficiones artísticas, más lo toman como una desgracia que como una suerte. Si luego el hijo llega a destacar, se muestran muy contentos, pero al principio casi todos los padres tratan de que los hijos sean "algo de provecho", como si el arte no fuese, en definitiva, la máxima medida a que las facultades creadoras del hombre pueden aspirar.

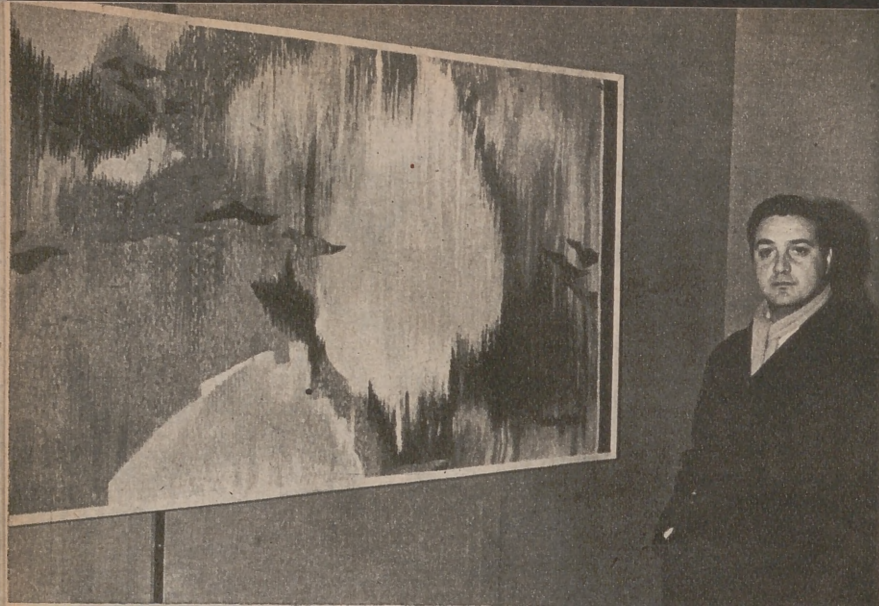
Manuel Mampaso no fué ni

ministro ni farmacéutico; estudió el Bachillerato y ya en Madrid, donde la familia se había trasladado, comenzó sus actividades artísticas dentro del ambiente estudiantil del S. E. U.

LOS ILUSTRADORES DE "LA HORA"

Desde sus primeros trabajos artísticos, dos principales direcciones tomó la creación de Mampaso: el montaje y decorados para obras teatrales y la ilustración de revistas literarias.

Sus estudios en la Escuela Superior de Bellas Artes de Madrid los comienza en 1944, y estos estudios los alterna con las dos principales actividades antes apuntadas. Es por estos años cuando se funda una revista universitaria que habría de ser definitiva de muchas cosas, "La Hora" se constituyó en la publicación joven más inquieta y atenta a todos los latidos de su tiempo; por serio, llevó a sus páginas a un grupo de dibujantes-illustradores que harían escuela y que, con el tiempo, serían todos ellos pintores importantes; veamos si no: Carlos Lara (fallecido cuando más cuajada estaba



El pintor, ante una de sus últimas obras

su vida y su arte), Valdivieso, Labra, Antonio Lago y Manuel Mampaso, constituían el equipo plástico de la publicación universitaria que agrupó a lo que ya se ha llamado "generación de "La Hora"."

La tarea de estos dibujantes no era fácil, pues constantemente llegaban a la Redacción de la revista quejas airadas y protestas de lo que muchos inocentes denominaban "demasiado moderno", sin sospechar que, a la vuelta de muy pocos años, todas las publicaciones literarias españolas iban a estar o ilustradas por los mismos o por otros que seguían idénticos pasos.

"Alcalá", "Mundo Hispánico", EL ESPAÑOL (en su primera época), "La Estafeta Literaria", "Cuadernos Hispano-Americanos", "El Correo Literario"; en fin, todas cuantas revistas se han publicado en estos veinte últimos años, han conocido las colaboraciones pictóricas de este grupo, en el que era uno de sus

primeros mantenedores Manuel Mampaso.

UN CUADRO DESTACADO EN LA PRIMERA BIENAL HISPANO-AMERICANA

En 1951 se celebró por primera vez una gran manifestación artística que agruparía lo más importante de España y los países que ella descubrió. Se trataba de la Bienal Hispano-Americana de Arte, que tuvo por primera sede a Madrid y más tarde La Habana, Barcelona, etc. Con esta Bienal se daba vigencia oficial al arte más nuevo, no siempre bien comprendido y apreciado en otras manifestaciones artísticas existentes hasta entonces. La I Bienal Hispano-Americana fue un acontecimiento por muchos motivos, y no de los menos importantes el que por primera vez se podían ver reunidas todas las tendencias artísticas más innovadoras,

sin cortapisas ni prejuicios.

Todo lo valioso en cualquier dirección estética fué bien recibido en la Bienal, que tuvo un efecto beneficioso incalculable en cuanto supuso labor educativa en general, tantas veces desorientado por falta de preparación y guía.

Pues entre los miles de cuadros que se exhibieron en esta primera manifestación de las artes españolas e hispano-americanas, uno de ellos atrajo con fuerza la atención de entendidos y profanos. Se titulaba "Redes", y eran unos ritmos de color siena sobre verdes, que, en efecto, podían sugerir unas redes secándose al sol, pero ya tratadas de una manera no realista ni figurativa. "Redes" era de Manuel Mampaso, que lo había pintado en el año anterior, durante una estancia del pintor en el pueblo guipuzcoano de Pasajes. De aquellas fechas datan, pues, las primeras pinturas abstractas de Mampaso, que ahora llegan, en esta última Exposición, a su más personal acento.

AÑOS DE ACTIVIDAD CREADORA

"Redes" no tuvo ninguna recompensa en la Bienal, pero la atención que le dedicó la crítica y el interés suscitado en los visitantes confirmó a Mampaso que aquél era su camino, como quedó demostrado un poco más tarde, al serle seleccionado dicho cuadro para la "Exposición de los XI", que organizaba la Academia Breve de Crítica, fundada y dirigida por Eugenio d'Ors, con objeto de reunir en una Exposición las once mejores obras de arte expuestas durante el año.

Mampaso siempre ha tenido predilección por los temas de ambiente mariner, y en su primera Exposición individual, celebrada en la Sala Biosca, de Madrid, quedaron bien patentes estas preferencias temáticas, que allí alternaban con otros oleos concebidos en la tendencia que "Redes" le había revelado.

Son estos años 1952-54 de gran actividad creadora para Mampaso. Expone en varias colectivas de Barcelona, Santander, Madrid, etc. Es seleccionado para la II Bienal de Sao Paulo (Brasil) una de las manifestaciones artísticas más importantes del mundo, junto con la Bienal de Venecia y la Internacional de Pittsburgo. Asiste a los "Cursos de arte contemporáneo", celebrados en Santander por el Museo de Arte Contemporáneo de Madrid, exponiendo asimismo en la Exposición Internacional de Arte Abstracto.

Por estos mismos años realiza su segunda Exposición individual la Sala Clan de Madrid. Es premiado en el concurso nacional de murales destinados al Hostal de los Reyes Católicos, que en Santiago de Compostela convertirá un antiguo hospital del Renacimiento en el más suntuoso hotel de España. Participa en la II Bienal Hispano-Americana, que se celebró en La Habana, coincidiendo con la inauguración del edificio para Museo de Arte



Mampaso, padre, con los Mampaso, hijos



Dos cuadros de la «pintura de acción» de Mampaso, en su reciente Exposición

Moderno de dicha ciudad. Pinta un gran mural para una iglesia de nueva construcción levantada por el Instituto de Colonización en La Barca de la Florida, provincia de Cádiz. Y, por último, se traslada a Buenos Aires para una larga temporada; pero Mampaso ya no viaja sólo; va con él su esposa, que es...

ARGENTINA Y ESCULTORA

Noemí había llegado a Madrid becada por el Gobierno argentino para estudiar escultura. Sus estudios, principales los realizaba en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando, pero también asistía por las noches a las clases de escultura que en la Escuela de Artes y Oficios dictaba Angel Ferrant, maestro de tantos artistas españoles contemporáneos.

A estas clases asistía también Mampaso, ya terminados sus estudios oficiales en la Escuela de Bellas Artes, y allí conoce a la muchachita de dulce hablar porteño. Es de suponer que se produjo el «flechazo».

—Eso digo yo. Porque a los seis meses, no más, nos casamos. ¿No lo creís «vos», Manolo?

Noemí no ha perdido los característicos giros del lenguaje argentino, que de vez en cuando se deslizan en su conversación con cantarín repiqueteo. Sus tres hijos actuales le impiden dedicarse, como quisiera, al cultivo de la escultura, que no ha abandonado sino temporalmente.

—Estoy deseando que sean un

poco mayores para poder volver a mi trabajo, artístico, se entiende, porque lo que es del otro...

Y mientras pasamos revista a estos principales acontecimientos de la vida del matrimonio Mampaso, Noemí está pendiente, con el oído alerta y escuchando a distancia, para saber si los niños se han dormido al fin. Uno, sin sospecharlo, está contribuyendo al desvelo infantil, y de la manera menos creíble, pues los niños, con esa imaginación asombrosa y no se sabe por qué misteriosa asociación de ideas, le han dicho a su madre, refiriéndose a mí:

—Ese que está con papá, ¿es el «hombre que mata»?

Confieso que es la primera vez que asumo un papel algo así co-

mo del «tio del saco». ¡Vivir para ver!

PINTURAS PARA LOS BARCOS ESPAÑOLES

En la Argentina permanece Mampaso con su familia durante un año, y en Buenos Aires, en la sala «Grayd», celebra su tercera Exposición individual, con gran interés por parte de la crítica porteña, desconocedora de las más jóvenes tendencias artísticas españolas en aquellos años. Esta Exposición es recibida con especiales muestras de contento por la colonia gallega, tan numerosa en la ciudad del Plata, por tratarse de un coruñés de nacimiento.

La difícil situación política argentina, que se traduce en agi-

En Bruselas, la Tuna Universitaria, a su paso por el Pabellón Español, prende sus insignias en la solapa del pintor español





De izquierda a derecha, el fallecido Carlos de Lara, Salvador Dalí y Manuel Mampaso, en el museo de bebidas de Perico Chicote

taciones e inseguridades, aconsejan regresar a España de nuevo a Manuel Mampaso, que vuelve con gran cantidad de cuadros pintados con nuevas técnicas pictóricas.

También le ha impulsado a regresar un importante concurso de murales para la decoración de un nuevo trasatlántico español, que precisamente hará la ruta con América del Sur. Es premiado en dicho concurso, que dos años más tarde, en 1957, volverá a ganar para la decoración del trasatlántico «Cabo San Roque», para el que pintará varios murales.

En la Exposición de tapices celebrada en el Ateneo de Madrid, Mampaso presenta un bello tapiz, entonado en azules. Y en la llamada «Continuidad en el arte sacro» presenta varias obras, demostrativas de que las más audaces tendencias tienen también cabida en el arte religioso.

EN EL PABELLON ESPAÑOL DE LA EXPOSICION DE BRUSELAS

Esto ya es bien reciente, de ahora mismo. Sabido es por los lectores de EL ESPAÑOL el gran éxito alcanzado por la representación española en la magna cita de las principales naciones. Pues bien, parte de ese éxito se debió a la labor infatigable de Manuel Mampaso, nombrado director artístico del pabellón de España.

Fue una labor difícil y diversa cada día, pues las fiestas y

manifestaciones de todo género se sucedieron sin cesar, culminando en el desfile de la moda española en el pabellón, para el cual hubo que acondicionar especialmente el escenario y la sala. A Mampaso lo hemos visto en Bruselas manejando los pinceles y las brochas como un obrero más, quedándose las noches sin dormir, sin apenas salir del pabellón. A él nada de esto le importaba, y sí que todo estuviese a punto para el momento preciso, que llegado el instante nada fallase. Los millones de visitantes y los millares de españoles que han desfilado por Bruselas durante el tiempo en que ha permanecido abierta la Exposición Universal de 1958 se habrán cruzado muchas veces con un hombre joven enfundado en un «mono» manchado de pinturas de todos los colores y de todas las clases. No era un trabajador eventual; era un artista consciente de lo que para España suponía aquella ocasión, y cumplió en consecuencia.

«EL LENGUAJE DE LA IMAGINACION PURA»

Y llegamos, después de este panorámico recorrido, al punto inicial, al actual momento de la pintura de Mampaso, que el crítico Popovici ha incluido en la «pintura de acción», que define con estas palabras:

«Lo que realmente expresa es algo mucho más hondo que un mero estado emotivo superficial, puesto que es el lenguaje de la imaginación pura. Se trata de una auténtica creación, a la que

no estorba ninguna traba reflexiva. La imaginación—que es el trasfondo de todo arte, cualquiera que fuese—salta las barreras de todo lo «ya sabido» para caer de golpe en el ruedo.»

A Mampaso en esta última etapa de su pintura no le interesa la elaboración minuciosa de la materia pictórica tratada con paciencia de orfebre ni la representación figurativa, a la que tantas veces se supeditó. A Mampaso en la actualidad le atrae colocarse delante de un lienzo sin ninguna idea premeditada de lo que va a realizar. Ante la blanca superficie, los rápidos rasgos de los pinceles tienen la misión de concreción de gestos, de dejar constancia del acto pictórico que se realiza allí de una vez para siempre, con la fuerza de rúbricas.

Por ello le coloca en la línea de los artistas más avanzados, como los alemanes Hans Hartung y Alfred Wols; como en ellos, sus líneas y sus formas refinadas llegan al extremo límite de la abstracción. Jamás estáticas, son todas en movimiento y en ritmo. Se trata de una abstracción emocional, en la que el pintor transmite mucho de su estado de ánimo y de su personalidad. Mampaso podría responder, como el impresionista francés Gustavo Courbet, cuando le preguntaron que cómo pintaba sus paisajes: «En estado de excitación», porque sin esa gran fuerza expansiva y devoradora es muy difícil que se produzca la obra de arte en cualquier tendencia que sea.

J. RAMIREZ DE LUCAS

EL 631 ALCALDE DE LA CITY, EN LA VILLA DE MADRID

SIR HAROLD GILLET, Lord Mayor de Londres

EL MISMO CEREMONIAL QUE HACE MAS DE DIEZ SIGLOS

EN el comienzo de Fleet Street en Londres se alza el más poderoso muro invisible del mundo. En el comienzo de Fleet Street está el límite de las libertades de los londinenses. Ni el mismo Rey de Inglaterra, Emperador de la India, Rey de Canadá, Australia y los Dominios de Africa puede traspasar esa barrera invisible que rodea a la libre ciudad de Londres si su alcalde, el Lord Mayor de la City, no sale a su encuentro para otorgarle el permiso de penetrar en ella.

Traje inmenso de terciopelo, collar riquísimo, la maza y la espada de cuatro pies y tres pulgadas precediéndole, el alcalde de Londres figura en todas las ceremonias oficiales de la ciudad como institución tan efectiva como legendaria. En su amplio ropaje rodeado de sus «sheriff» y su «chief commoner», el Lord Mayor de la ciudad de Londres —muy honorable señor, muy muchas otras cosas— se coloca inmediatamente detrás del Rey desde hace siglos, como una salvaguarda de las libertades de la ciudad más poderosa y rica de la historia del mundo.

Nadie con más poder en la historia de las ciudades que este Lord Presidente, que desde hace más de diez siglos gobierna la villa del Támesis.

Señor más poderoso que el Rey de Inglaterra mismo, a través de la historia de Inglaterra su figura se aprecia descomunal, gigantesca. Sin permiso del Lord Mayor de la ciudad, Guillermo el Conquistador y su ejército de invencibles no se atrevió a penetrar en Londres. La historia del desgraciado Carlos I es demasiado conocida. Su cabeza rodó por el cadalso por haber pretendido gravar con nuevos impuestos a estos ciudadanos orgullosos y alegres sin contar con la autoridad legítima que les regía.



CON AIRE DE RETRATO ANTIGUO

El 631 alcalde de la City, el actual Lord Mayor sir Harold Gillet M. C. está en España. A sir Sidney Harold Gillet le invitó a venir a nuestro país el Alcalde de Madrid, el conde de Mayalde, en

Sir Harold Gillet, Lord Mayor de Londres, sale, bajo paraguas, de su visita al Museo del Prado

La maza y la espada preceden al Lord Mayor de Londres en el Palacio del Ayuntamiento de Madrid





visita oficial y es el primer alcalde de Londres que realiza tal visita a España.

Sir Harold es alto y enjuto. Sir Harold baja del avión con lentitud de ceremonia de pelucas. Dicen que tiene sesenta y nueve años. Lo dice el «Who's who» esa panacea universal para saber los pelos y las señales de la vida de los demás importantes ingleses.

Detrás de sir Harold viene el séquito: los dos «sheriffs», el jefe del Concejo, el sargento de armas y su secretario particular. Las señoras usan esos sombreritos ingleses en los que las flores tienen un sentido viajero totalmente inusitado para el latino.

Lord Gillet tiene aire de retrato antiguo y de tan institución como parece casi una no cree que pueda estar vivo. Hasta que sonríe. Tiene una mirada inteligente y penetrante. Su voz es pausada como todo en él. El idioma inglés adquiere en su garganta tonos suaves y graves que él modula de una manera encantadora.

Algún me había hablado de sus manos. Que eran fuertes, grandes, poderosas. «Manos de Lord Mayor», pienso.

ENTRE LOS JEROGLI-FICOS DEL «WHO'S WHO»

Las manos del Lord Mayor de Londres son algo todavía hoy muy importantes. Las manos del Lord Mayor de Londres no entienden, es verdad, en política; pero en cambio en el ámbito comercial son tan importantes que manejan todos los nudos mundiales de este campo.

El «Who's who» me cuenta —llenando las líneas de iniciales, siglas y abreviaturas, manera que tienen de entenderse los ingleses entre ellos para que nadie más les pueda entender, sino a base

de tremendas investigaciones como las mías—, el «Who's who», repito, dice que sir Harold, o mejor su familia, es oriunda del Oxfordshire, y que el joven Sidney Harold fue educado en Highgate Junior School, Duriston Court, Marlborough. Las siglas M. C. que siguen a su nombre indican la Military Cross que ganó por una acción de patrulla en Flandes en la primera guerra mundial, durante la que fue segundo jefe del 17 batallón del Essex Home Guard. Por entonces se le concedió también el «Certificate of Merit». Esto, gracias a Dios, no lo pone en abreviatura el «Who's who».

En cambio pone otras muchas mayúsculas con puntos detrás totalmente indescifrables. Colegimos que sir Harold es presidente de diez firmas comerciales importantes.

Sir Sidney Harold Gillet tiene fama de ser el mejor abogado de las causas que parecen perdidas. Abogado o médico, como se le llama en la City. Llévesele una firma que parezca perdida o a punto de derrota a sir Harold y él la resucitará de la nada. Todos los hilos de los concejos comerciales londinenses pasan por sir Harold.

Y sir Harold pasa por ellos.

CON REYES Y EMPERADORES

Digo que es hombre de movimientos pausados y elegantes. Digo que es alto y enjuto.

Cómo se movería sir Harold en el banquete que ofreció en su honor no hace tanto el Rey de Jordania. Sir Harold, que parece la esencia de la ceremonia occidental, sería como un símbolo en los largos salones orientales del jordano.

A esto de los banquetes con Reyes están acostumbrados —los acostumbró la Historia— los Lordes Mayores de Londres. Un alcalde del siglo XIV, sir Henry Pichard, reunió en torno de su mesa nada menos que a cuatro Reyes. Los Zares de Rusia, los más lejanos Emperadores y los propios Reyes ingleses han honrado desde hace siglos con su presencia la mesa importantísima del privilegiado Lord Mayor, el hombre que maneja toda la red comercial de la más rica de las ciudades del mundo.

No hace aún tanto que el propio duque de Edimburgo se ha sentado a la mesa de sir Harold.

EL VIEJO BALCON DE INTRIGAS

La Casa Central de los Gremios es uno de los edificios de más sabor que se pueden encontrar en la City. Es gris, vetusta, y en sus corredores se presienten las historias de dagas y venenos.

La Sala Gótica, comedor inmenso para mil invitados, es como un viejo balcón de intrigas. Aquí se celebra el banquete de elección del Lord Mayor que es anual. Los miembros de la familia real, los embajadores y el terrible mundo de las finanzas, que al fin y al cabo es la sangre de la ciudad, hace siglos que se han disputado los puestos para asistir a este banquete.

La aparición del nuevo Lord Mayor, si hoy tiene emoción, es quizá por la sobrecarga sentimental que la tradición presta a las cosas. Pero antiguamente hubo criados apostados en los recovecos de los corredores para aserrar la puñalada precisa, para sofocar un grito delator en la capa grande y amparadora. Un lord ascendía al poder a través de una



Izquierda: El Alcalde de Madrid y el Lord Mayor de Londres pasan revista a la Guardia Municipal en la plaza de la Villa.—Derecha: Un primer plano de Sir Harold Gillet

inmensa red de intrigas. Tal era su fuerza y su privilegiada posición, que para llegar hasta este puesto los aristócratas ingleses lo arriesgaban todo.

El cetro y la bolsa son los símbolos con los que el Lord Mayor penetra en la sala del banquete, la Sala Gótica. Antes el ceremonial se ha abierto el día de la proclamación con una cabalgata en la que el menor de los detalles tiene su origen varios siglos atrás. Ya sabemos que los ingleses en estas cuestiones no son amigos de innovaciones. Una de las cosas más importantes en la vida inglesa es «sentar un precedente» si existe un precedente da cualquier cosa, la cosa en cuestión puede, desde luego, admitirse. La menor de las innovaciones en todo lo que atañe este ceremonial sería rechazada con horror de no haber un precedente.

La tremenda cabalgata y todo el ceremonial vienen a terminar en esta sala gris en la que mil personas han sido invitadas a un banquete que hoy cuesta más de medio millón de pesetas.

Y probablemente bebiendo la «Loving cup».

COPA DEL AMOR Y VINO CON ESPECIAS

A Madrid trajo sir Harold la «Loving cup» para beber en compañía de su colega español. Todo pudo hacerse con arreglo a la más vieja de las tradiciones inglesas un buen día del mayo madrileño, tan isidreño y lleno de botijos.

Era una comitiva impresionante, en los grandes carruajes ma-

drileños con los rojos maceros tan tiesos y encopetados precediendo la cabalgata. Al Lord Mayor de Londres, nuestro conde de Mayalde le impuso la Medalla de Oro de Madrid. Policia de gala. Larga procesión hasta el salón de sesiones. Aspecto impresionante de nuestra Corporación en pleno.

Pero el alcalde inglés también

tenía su exquisita entrega que hacer: La «Loving cup», un regalo de la ciudad de Londres a Madrid.

En la «Loving cup» hay que beber guardando una cierta ceremonia. El que ha de beber en ella se levanta y también aquellos que se sientan a su derecha y a su izquierda, de tal manera que



Un momento de la ceremonia que tuvo lugar en el salón de sesiones del Ayuntamiento de Madrid



El Alcalde de Madrid da lectura al acta de concesión de la Medalla de Oro de la capital de España

al beber siempre habrá tres personas en pie.

La terrible significación de la ceremonia tiene algo que ver con todo aquello que hablábamos de las puñaladas y los envenenamientos. El acto de beber lo aprovechaban los curiosos caballeros medievales para asesinar. Las dos personas que permanecen en pie al lado del que bebe esta copa del amor vienen a significar su defensa.

El «Sack», vino con especias, es el único que se puede beber en esta copa de complicada forma, que circula de mano en mano durante la ceremonia. El que tiene la «Loving cup» hace una reverencia a su vecino de la izquierda. Este quita la tapa y la sostiene sin guante, acto que también viene a significar la ausencia de intención de asesinato. Se limpia la copa con el borde de una servilleta y la tapa retorna a su sitio. La copa corre.

La «Loving cup» corrió aquí en Madrid en signo de la amistad del primer Lord Mayor de Londres que visita a Madrid oficialmente.



El Lord Mayor, momentos antes de emprender viaje a Granada

CABALLOS Y CLUBS

Sir Sidney Harold Gillet no ha querido hacer demasiadas declaraciones a la Prensa.

Lord Gillet ha atajado a todos saliendo al paso a las lucubraciones con sencillez.

—Ningún fin político. Es un viaje de amistad del que, desde luego saldrá sumamente beneficiado el comercio de ambos países.

También habló de la compuerta que se abre para que detrás venga toda la avalancha. Una avalancha de planes comerciales del mayor interés para ambos países.

Para algo este distinguidísimo ciudadano británico tiene el título de contable jurado, cuerpo profesional al que pertenece en el grupo selecto de la City de Londres.

Este es lord Gillet, nacido nada menos que el 27 de noviembre de 1890. Lord Gillet tiene sus pequeñas aficiones: el caballo y —¡cómo no!— el club. Sus

clubs según el ya tantas veces mentado «Who's who» son el City of London y el City Livery. Su trabajo como alcalde de Londres es de gran responsabilidad y le exige muchas horas. En las ceremonias a las que debe de asistir, no podría figurar en su lugar sino otra persona que hubiera desempeñado anteriormente el mismo cargo. Tal es su importancia.

En sus tareas es asistido por dos «sheriffs» que se eligen anualmente el 24 de junio, y juran el cargo la víspera del día de San Miguel Arcángel. Asisten al Lord Mayor en sus obligaciones públicas y en las cuestiones de caridad. El ser «sheriff» no es ninguna bicoca, más bien todo lo contrario. Una ley de 1929 estableció que se les diera 740 libras anuales, pero la verdad es que la mayor parte de los gastos que han de realizar corren de su cuenta. Es el prestigio lo que juega en esos cargos, como en los de jefe del Consejo y sargento de armas

EL COLLAR DE SIR HAROLD

En su vistosísimo ropaje, sir Harold nos pareció un ser del otro mundo caminando bajo el peso de sus tradiciones. Normalmente sir Harold viste de chaquet. Sobre el pecho no olvida su medalla de Lord Mayor. En las grandes ocasiones luce el Collar de su dignidad que esta vez no ha podido ostentar, sino en reproducción, ya que son joyas cuya salida de Inglaterra está prohibida. El collar lo mandó hacer sir John Aley, alcalde en 1535, que lo legó a sus sucesores. La cadena de oro pesa 35 onzas y mide cinco pies y siete pulgadas. Si se le conoce por el collar de «eses» es porque consta de veintiocho «eses» enlazados, con una rosa de Tudor roja y blanca y un nudo alternando entre las letras. En el centro pend de un maravilloso medallón de oro montado en diamantes. Antes de 1799 el adorno que pendía era diferente, pero fue sustituido por éste en aquella fecha. En el centro tiene además una magnífica sardónice oriental grabada con las ramas de Londres y relieve tallado en azul sobre verde oliva. Alrededor tiene un calado en forma de corona de rosas, narcisos y tréboles con 219 brillantes y 24 diamantes rosa.

TRAS LA MAZA Y LA ESPADA

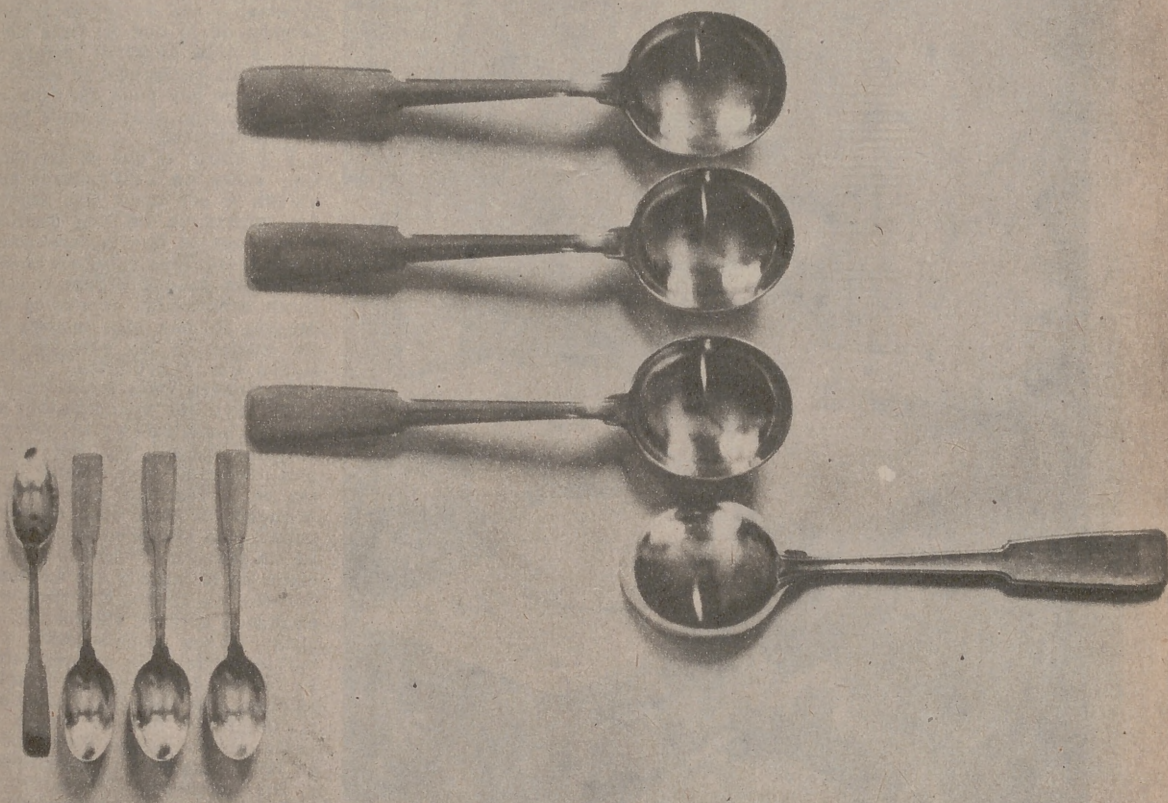
Delante de sir Harold penetró en el Ayuntamiento la maza de ceremonias de cinco pies y tres pulgadas y lleva la corona real con el orbe y la cruz. La plata de esta maza hecha por John White procede de viejas mazas del año 1500. Y penetró también la tremenda espada que precede al Lord en todas las ceremonias oficiales.

Y con maza y espada. Lord y copa del Amor, penetró en el palacio del Ayuntamiento, en Madrid, también este día, un rancio aire exquisito de la aristocrática ciudad de Londres, espectral como el «Sack» y como él, vieja e indescifrable. Hoy huésped y amigo.

María-Jesús ECHEVARRÍA

LA ESTETICA, AGENTE DE VENTAS

PARA CADA COSA SU FORMA MAS ATRACTIVA



El diseño industrial alcanza desde las carrocerías para automóviles a los objetos más pequeños. En la fotografía, nuevos cubiertos de mesa diseñados por Luis Feduchi

Nuevos prototipos en la EXPOSICION DEL DISENO INDUSTRIAL

ALTO a la gracia como exclusivo artículo de exportación! Basta ya que España se lleve, en lo internacional, los primeros premios ornamentales solamente por la gracia del botijo y la alpargata.

Existe—entre ciencia y arte—la Estética Industrial que ha adquirido ya un gran desarrollo en el país más realista del mundo: los Estados Unidos.

Por la Estética Industrial el arte se pone al servicio de la industria para dignificar, por la belleza, los productos. Es innegable que la estética valoriza el producto, ya que como dice Raymond Loewy—un francés que ha sido treinta años fué a los Estados Unidos y que posteriormente se nacionalizó en Norteamérica—: "La fealdad se vende mal".

Todo elemento de fealdad es signo de desorden, de impropiedad y de inconveniencia. Y si es-

to ocurre en las muestras de arte puro, cuya adquisición depende del gusto de cada persona, la cosa no tiene tanta importancia como cuando un producto industrial, lanzado a gran escala, no desempeña la función social de educar el gusto estético de las multitudes.

CONSULTA PREVIA: EL DISEÑO

Eso es de que las fábricas se conviertan en algo así como catedras del cultivo de la forma, es una teoría que ahora se está abriendo camino en los países más adelantados.

Todo fabricante que se propone lanzar un nuevo producto al mercado necesita de la ayuda de un diseñador de exquisito gusto para darle a aquel producto la forma más atractiva.

El Diseño Industrial es algo

de consulta previa, igual que lo es la exploración de los mercados por el empleo de los institutos especializados en tales estudios y como lo es la puesta en marcha de una campaña previa de publicidad.

Se trata de la competencia de la forma como elemento comercial, y lo mismo que existe una moda para los vestidos, la puede haber para muchos productos comerciales que pueden tener también sus equipos de diseño que ejerzan la educación estética de las multitudes y hasta la dictadura que relizan los grandes modistas y diseñadores del vestido.

LO QUE SE COPIA DE FUERA

En estos momentos está abierta en Madrid una original exposición de la Sociedad de Estudios



El Ministro de Hacienda, don Mariano Navarro Rubio, visita la Exposición del Diseño Industrial

para Diseño Industrial, que más que una muestra de productos es algo así como la iniciación de toda una teoría.

La Sociedad de Estudios para Diseño Industrial está constituida por un equipo de célebres arquitectos a los que ha reunido una sana preocupación de poner el arte al servicio de la industria española para que ésta no adolezca de defectos de rutina ni de la comodidad del plagio a los modelos que se lanzan en el exterior.

Ocurre—no solamente aquí, sino también en otros países—que algunos fabricantes realizan viajes al extranjero con el objeto de conocer las últimas novedades de la forma. Se trata de una especie de espionaje industrial que se preocupa, principalmente, de la forma exterior y de la cáscara de las cosas para ahorrarse así esfuerzos de imaginación. Otros fabricantes ni siquiera se molestan en ir a buscar los modelos al extranjero—a sus lugares de origen—sino que, en el colmo de la comodidad, copian los nuevos modelos de las revistas especializadas. Al modelo plagiado se le introduce una pequeña modificación; algo así como un chisporroteo leve de nuestro genio improvisador y meritorio

y el asunto queda listo para obtener fugaces victorias en nuestro mercado interior y para hacer el ridículo en el caso de que la falta de escrúpulos llegue a presentar el producto en una Muestra Internacional.

EN UN SOTANO DE LUZ

Para remediar esa falta de imaginación, ese lastre de rutinas y ese espíritu de facilonería conocidos ha sido creada, hace poco, la Sociedad de Estudios para Diseño Industrial que ahora ha montado, en la Galería "Darro", de Madrid, lo que podríamos calificar como la Exposición de la forma bonita.

Y no sólo es la forma, sino también es el color el que se armoniza bellamente en la variedad de objetos que se muestran en el suave ambiente de Galería "Darro", que es un sótano en el que hacen armonía la belleza de la forma de los objetos que allí se muestran a la luz tenue, al calor estudiado y sedante, así como en una música casi imperceptible y etérea.

A inaugurar esa Exposición estuvieron los Ministros de Comercio y de Hacienda, que la recorrieron detenidamente. El señor Ullastres pronunció unas pala-

bras en las que señaló la gran importancia que para el comercio exterior de nuestro país tiene la presentación de los productos en la forma más bella y armónica que sean capaces de crear los diseñadores españoles.

CUÁNDO NO HAY NADA QUE SUPRIMIR

Se trata de la economía de las formas, o sea de lograr la perfección de lo que no tiene nada que se deba suprimir, porque la verdadera perfección se logra no cuando no hay nada que deba ser añadido, sino cuando nada tiene que suprimirse.

Y lo cierto es que no hay nada que sobre en esos sótanos que vienen a ser como una especie de catacumba de una doctrina nueva por la que la fabricación en serie obtiene categoría multiplicadora de una belleza en continua renovación, no sólo de sus propias formas, sino también de los gustos de las personas que tienen que disfrutarlas.

A primera vista parece un poco infantil que una exposición de objetos sencillos—en su inmensa mayoría—pueda esconder toda una doctrina renovadora, pero esa es la realidad, pues en esos pequeños objetos, cucharas alargadas; una sierra en arco perfecto, un juego de vinajeras con iniciales en el tapón y que más bien parecen aisladores eléctricos; un estilizado ajedrez, sillones de cinchas; vasos achaparrados de fuerte cristal que parecen cabezudos al lado de botellas de sople estético... en todas esas cosas, en la tonalidad de sus colores y hasta en su misma distribución en las mesas está la doctrina de la más moderna estética industrial, a la que ha rendido culto el diseñador de fábrica.

Hay una abundante representación de productos procedentes de los países nórdicos. Es allí donde la estética industrial está más adelantada.

Cepillos procedentes de Suecia, botellas de Dinamarca, junto a unos vasos de color oscuro que llegaron de Finlandia y unas cestas de mimbre que vinieron de Japón.

Las muestras españolas son naturalmente, las más abundantes, y van desde el escanueco a la máquina de coser último modelo, para culminar, de una manera sublime, en el cáñiz y la custodia.

NACE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE DISEÑO INDUSTRIAL

Para remediar ese desamor en que se encuentran muchos fabricantes exigentes de que sus productos tengan una gran calidad estética, y que por otra parte no pueden sufragar los gastos de mantener en nómina a grandes diseñadores, surgió la idea de constituir la Sociedad Española de Diseño Industrial, con cuyas iniciales se formó el título SEDi.

Esta nació en el verano de 1957, constituida por tres arquitectos: Carlos de Miquel, director de la revista "Arquitectura"; Luis Feluchi, que durante toda

su vida profesional ha dedicado preferente atención a los mobiliarios y ornamentación de interiores, y Javier Carvajal, joven arquitecto que ya ha realizado importantes obras

La empresa era difícil y totalmente inédita en España, primero había que convencer a los grandes fabricantes de las necesidades de producir objetos y manufacturas dentro de las líneas más actuales, después encontrar el artista más idóneo para realizar el modelo deseado. Hay que tener en cuenta que el campo de acción de SEDI era de lo más amplio, abarcando desde una carlinga de avión hasta las etiquetas de los dentífricos. Todo lo que industrialmente sirve al público puede y debe ser mejorado en su presentación, y no hay razón alguna para que los productos de cualquier clase sean antiestéticos, o vayan en envases inadecuados.

DE LA MAQUINA DE COSER A LOS PAPELES PINTADOS

Algunos fabricantes respondieron casi despectivamente, molestos de que se dudase de su capacidad para organizar su propia producción, pero las firmas comerciales más acreditadas y conocidas en el mundo entero, las que son signo de calidad internacional y pueden competir ventajosamente con sus similares de todos los países, comprendieron en seguida la gran oportunidad que se les brindaba con la Sociedad de diseñadores.

Así, la casa de máquinas de coser "Alfa" les encargó un nuevo modelo de máquina en sustitución del anterior anticuado, este prototipo lo realizó Javier Carvajal, y es el que hoy se exporta al mundo entero. Las manufacturas de objetos de cuero y piel "Loewe" han adquirido la patente para fabricar por su cuenta las barajas dibujadas por José Luis Picardo y el ajedrez diseñado por Carvajal. Feduchi ha realizado los modelos de cubiertos de mesa para "Plata Maneses", que vienen a sustituir a los malditos estilos anticuados. La casa de tapicerías "Gancedo" les ha encargado modelos de papeles pintados para empapelar las paredes, que han sido realizados por el pintor Cárdenas.

También SEDI ha mostrado en conjunto sus posibilidades, como ahora lo hace en "Darro", en la Feria de Muestras de Bilbao, en la que instaló un pabellón. Y en estos días la galería finlandesa "Artek", de Helsinki, va a abrir una nueva exposición de artesanía española y obras de SEDI.

Además de los artistas ya citados, han realizado modelos los siguientes: Molezún, Flisac, García de Paredes, arquitectos; los pintores Vaquero Turcios y Labra; los escultores José Luis Sánchez, Amadeo Gabino y Oteiza.

"LA ARTESANIA ESPAÑOLA TIENE QUE RENOVARSE"

Carlos de Miguel es un apasionado de la arquitectura y un español que no se conforma con



El Ministro de Comercio, señor Ullastres, en su visita a la Exposición

que las cosas no estén todo lo bien hechas que debieran. Para demostrarlo pone mucha ilusión, trabajo y dinero en la empresa que nos ocupa. Lo hace con gusto porque sabe que, en definitiva, a quien se sirve es a España en esta tarea tan primordial como es que todo lo de nuestro país pueda competir con ventaja en donde sea.

—El artesano español tiene una habilidad manual formidable, una rapidez mental y un ingenio portentoso, pero lo que no puede estar haciendo toda su vida es repetir modelos de los siglos XVI y XVII, que salen sin vigor ni gracia, porque son fórmulas desgastadas. Nosotros estamos dispuestos a crear diseños para esos artesanos, de gran

Porcelanas, servicios de mesa, cristalerías, vajillas, aparatos de radio, según nuevas formas



ESTABILIDAD Y EXPANSION AGRARIAS

AL observar el proceso de expansión en que de dos o tres lustros a esta parte se halla empeñada nuestra agricultura, hemos recordado muchas veces aquella casi axiomática recomendación tan cara al gran economista Alfredo Marshall: «No estamos en libertad de jugar al ajedrez ni de ejercitarnos en sutilezas que no conducen a ninguna parte... El tiempo apremia y es grande la responsabilidad que pesa sobre nosotros». La hemos recordado porque parece como si nuestro dispositivo agrícola las hubiera convertido en el lema de su actividad, de su trayectoria toda, desde el punto de vista de su expansión y de su desarrollo.

La agricultura española, sobre todo en la última década, se ha enfrentado decidida y animosamente con aquellos problemas que dificultaban o impedían su propio y favorable desenvolvimiento. Ha sido, es y será aún por algunos años, una batalla contra reloj, porque el tiempo apremia y es grande, muy grande, la responsabilidad derivada del tiempo o del fracaso de esta batalla, de la gran batalla por su regeneración y florecimiento plenos. Montado todo su antiguo sistema de explotación hasta que advino el Movimiento Nacional sobre normas superadas y rutinarias, con una carencia total de elementos técnicos, plaga de problemas sociales de la más varia significación, ajena a los adelantos técnico-científicos abandonadas grandes áreas de terrenos, sin el agua necesaria para los cultivos; mucho más, ignorada por los Poderes públicos, el cuadro que ofrecía nuestra agricultura hace veinte años no podía ser ni más negativo ni más sombrío. Nuestro Caudillo lo describió admirablemente hace ya muchos años al declarar:

«Dos son los grandes problemas que en el agro se nos presentan: de un lado, el estado social de las clases campesinas, y del otro, el atraso

secular de la agricultura en muchísimas comarcas; unas veces es aquel estado el que impide o merma nuestra producción, y otras es la escasa producción la que origina los atrasos sociales. Están tan íntimamente ligados uno y otro que se hace necesario en su resolución una marcha paralela.»

Esta marcha paralela, per severante e ilusionada, es la que está transformando nuestra agricultura y acercándola día a día a metas de prosperidad y engrandecimiento. En los veinte años últimos, por ejemplo, más de 575.000 hectáreas de secano se han convertido en regadío. En este mismo espacio de tiempo se han repoblado más de un millón de hectáreas, habiéndose lo grado con ello la marca de repoblación forestal establecida hasta hoy en la Europa occidental. Se ha iniciado la mecanización agrícola, que avanza a un ritmo ininterrumpido y acelerado. Se está librando la gran batalla por la concentración parcelaria, con vistas al mayor rendimiento económico de todas las explotaciones agrarias. El consumo de fertilizantes se ha incrementado sustancialmente e incluso se ha creado una industria para su fabricación en nuestro país en la cantidad que precisan nuestros campos. La formación y capacitación técnica de los agricultores ha sido atendida con el mayor cuidado. En el orden social, nuestros campesinos están siendo equiparados al obrero industrial y al hombre de la ciudad. La reciente creación de la Mutualidad de Seguridad Social Agraria es una prueba fehaciente de ello.

Pero la economía agraria ya no es un compartimento estanco dentro de la economía de un país. No puede serlo y no lo es, por tanto, en el nuestro. La economía agraria española, precisamente por el desarrollo que ya ha alcanzado y el que ha de alcanzar aún, se desenvuelve y ha de

desenvolverse íntimamente coordinada con el dispositivo económico nacional. De ahí que tenga tanto interés para ella todos los planes de ordenación o programación que se elaboran para el mismo. El Plan de Ordenación de Inversiones, recientemente aprobado por el Gobierno, en el que se han valorado tan destacadamente las exigencias financieras de nuestra agricultura, es un reconocimiento explícito y concreto de ello.

Las inversiones agrícolas, mantenidas a un ritmo adecuado, son imprescindibles, naturalmente, si nuestra agricultura ha de alcanzar la gran meta de una producción creciente, desde el punto de vista de las necesidades del país, y a unos costes de competencia para no convertirse, de lo contrario, en un lastre para la economía nacional. Por ello, el Ministro de Agricultura ha insistido de nuevo en unas recientes declaraciones en la necesidad de asegurar la estabilidad económica de las explotaciones agrarias sobre la base de una disminución de los costes y un aumento de la productividad. Esta trayectoria constituye, según él mismo ha declarado, una de las claves esenciales de nuestra actual política agraria y permitirá elevar el nivel de vida tanto del campo como de la ciudad y poder enfrentarnos con posibilidades de éxito a las coyunturas que impongan la nueva estructura económica de Europa.

La elevación del nivel de vida del pueblo español, tanto como la necesidad de que nuestros productos agrícolas puedan tener acogida positiva en los mercados exteriores, constituyen dos problemas fundamentales para nuestro país, cuya solución ha de conseguirse, y se conseguirá, ciertamente, gracias a los constantes y efectivos esfuerzos que se llevan a cabo actualmente en España para facilitar y perfeccionar la expansión

habilidad, pero sin preparación cultural para saber lo que gusta hoy y más en el mundo. Con modelos renovados, la artesanía española puede llegar a ser tan actual y estimable como lo es la del Japón o la de Suecia.

La belleza puede ser buscada y obtenida. De un lado es el campo del embellecimiento, y del otro el campo de la verdadera creación. Al primero sirven los ornamentadores y al segundo los verdaderamente artistas de creación. O sea, que no hay que confundir el hombre que aplica correcciones de detalle o cavas de barniz ornamental con el creador verdadero, que lanza una nueva línea a veces muchos años perdurable.

LO FEO SE VENDE TODAVIA

El hombre creador verdadero es aquel que toma sobre sí la responsabilidad de una cosa nueva estéticamente aceptable. Ahí está el verdadero artista que no debe ser un repetidor de cosas manidas ni un transfuga de caminos trillados, porque la función del artista no es tanto la de expresarse a sí mismo como la de crear objetos armoniosos al servicio del hombre, sea para la utilidad material o para el goce de la contemplación de lo bello.

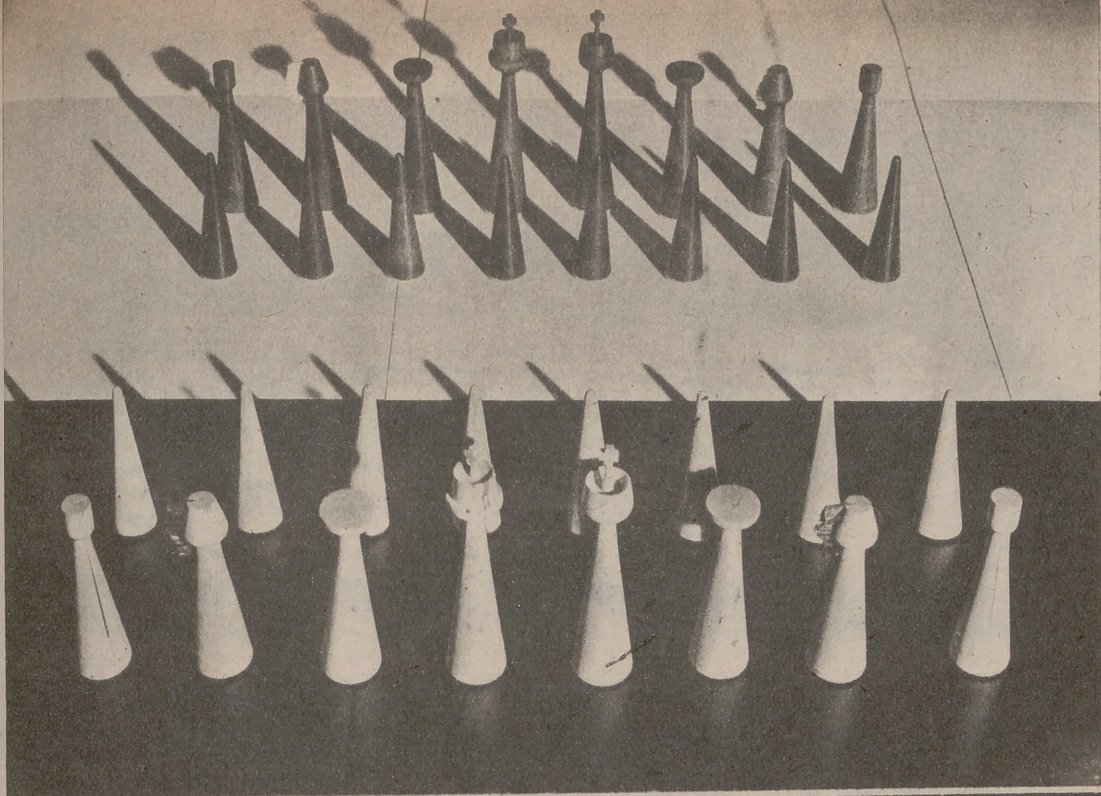
Un fabricante verdaderamente inteligente debe tener la provisión del futuro próximo y reaccionar a tiempo contra el espíritu rutinario y timorato que le

puediera hacer continuar con las formas viejas. Debe lanzarse audazmente a la formación del gusto del público consumidor.

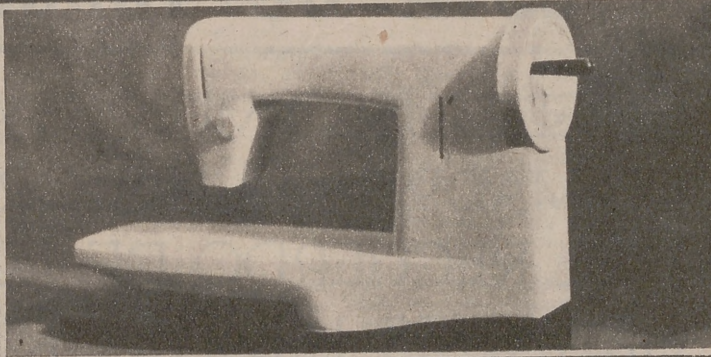
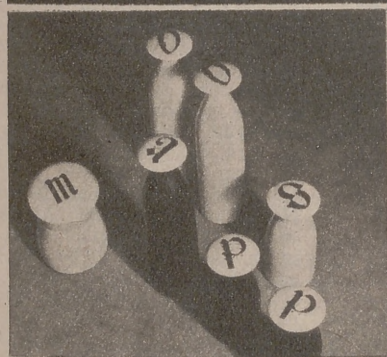
La fealdad se vende también, pero cada vez menos, en un mundo exigente y de competencia cerrada, y puede asegurarse que en un futuro próximo, la fealdad dejará completamente de venderse.

LOS SAMURAI DE LA INDUSTRIA

En el Japón equipos de diseñadores están empleados en la industria para la economía y belleza de la forma, ya que, también en aquel país, se ha entendido que la estética es un valioso elemento de competición. Y así



Juego de ajedrez de madera, diseñado por el arquitecto Javier Carvajal



Vinagreras y saleros, en porcelana blanca y negra, proyecto de José Luis Sánchez. Maqueta para la máquina de coser «Alfa»

culemos lo que pueden realizar los japoneses con jornales relativamente bajos, con una moral de samurai de la industria y con un modernísimo criterio de cultivo de la forma por la belleza al que ayuda, poderosamente, la imaginación oriental.

Algunas grandes fábricas de la Europa central tienen en sus catálogos formas anticuadas que se destinan a países retrasados y con poco desarrollo de la exigencia y el gusto. Se trata de una especie de subproductos estéticos. El artículo está acabado en todo menos en su belleza, que no ha sido llevado al grado máximo. Quien lo acepte, aunque sea con la pequeña compensación de la baratura, demuestra que no tiene el gusto y la exigencia al día.

Pero donde la estética industrial está adquiriendo su máximo desarrollo es en los Estados Unidos, donde el diseñador de fábrica se considera como un hombre tan indispensable como el contador de tiempos, el buzón de iniciativas o la asistente y consejera social.

UNA NUEVA TEORÍA

Los países nórdicos de Europa están muy en vanguardia en esa gran batalla de los diseños acertados y el país que, es muy probable, va a realizar verdaderas maravillas en estética industrial es Italia, ya que esto entra completamente en el genio latino puro y en la predisposición y sensibilidad itálica para todo arte.

España debe ponerse al día y no dejar pasar ese momento en que el mundo de la industria introduce una idea completamente nueva: la de la competencia a través de la belleza y la economía de la forma.

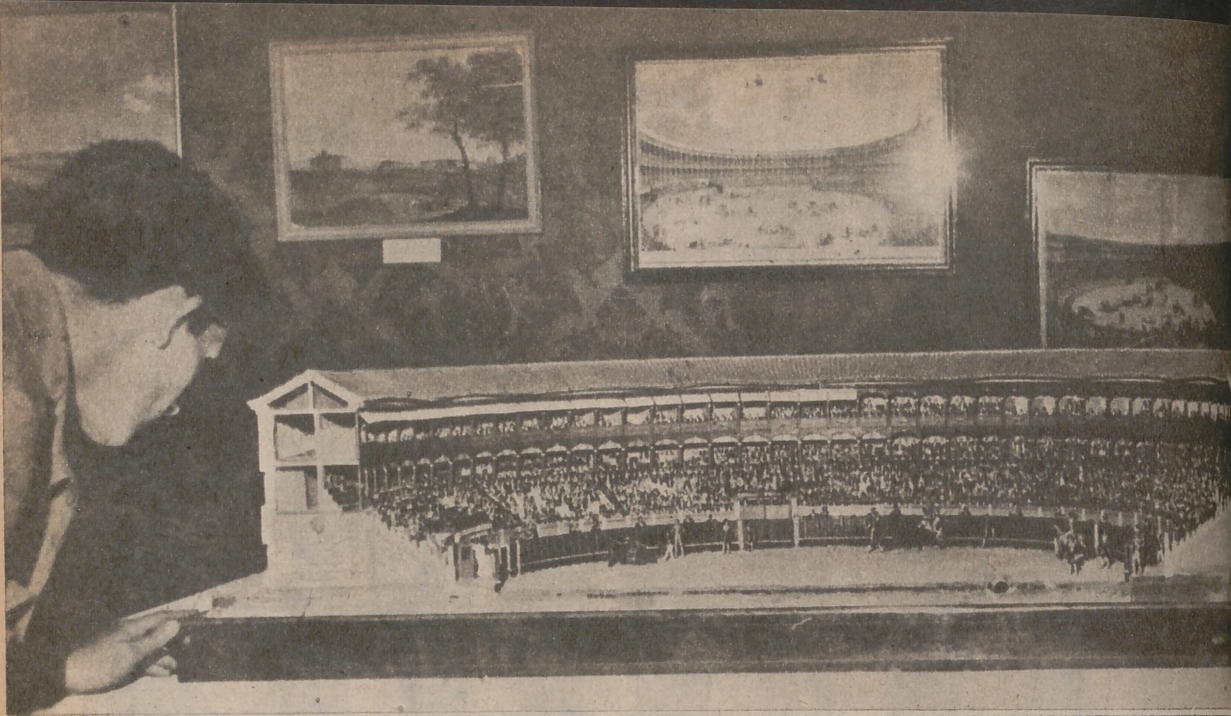
Y esto es precisamente lo que significa la exposición que comentamos y en la que entre cucharillas estilizadas—también la fabricación de cubiertos es una escultura—, botellas de forma especialísima, vasos de colores suaves y muchos otros objetos en un armonioso conjunto de forma y color, está toda la llamada de una nueva teoría.

Porque, ¿quién ha dicho que

las máquinas y las cadenas de producción, en serie rápida, tienen que contraponerse, necesariamente, a la perfección de la obra a cambio de abaratar su coste? Sólo es una verdad a medias cuando se refiere a las perfecciones que logra la artesanía del trabajo manual, pero una verdad corregible cuando un buen diseño logra que de aquellas cadenas salga muy multiplicada la belleza, con lo que la fábrica se convierte en una especie de cátedra multitudinaria que no solamente cultive el valor de lo bello, sino que enseñe a las gentes a apreciarlo y a pedirlo con la debida exigencia.

Ese es el mensaje de esa Estética que puede andar también entre los pucheros y los útiles de cocina y va a tener en la industria más moderna el "Deus ex machina" que, en un mundo mejor y más amable, levante en el valor de lo útil el más alto valor de lo bello.

F. COSTA TORRO



Maqueta de la Plaza de Toros de Madrid, que estuvo en la Exposición de Londres de 1851, y que consta de más de cuatro mil figuras de madera

«FIESTA DE TOROS»

EN EL MUSEO MUNICIPAL DE MADRID, LA HISTORIA Y EL RECUERDO DE LOS GRANDES LIDIADORES



Conjunto de carteles históricos que figura en la Exposición madrileña

LA plaza de toros de Madrid, la plaza que estaba en la carretera de Aragón, a la derecha, y que el 4 de septiembre de 1874 inaugurasen los diestros Bocaranga, Lagartijo, Currito, Francisco, Chicorro, José Machío y Valdemoro, lidiando diez toros de las ganaderías del duque de Veragua, don Manuel García Puente, don Carlos Navarro—dos de cada una de éstas—, don Antonio Hernández, don Ildefonso Núñez de Prado, don Anastasio Martín y don Antonio Miura, la plaza que era de estilo mudéjar, con forma circular, incluso en el exterior, que tenía un amplio pabellón central con un arco de herradura de 10 metros de alto y 4,90 de ancho, la plaza que alzaba tres pisos en su arquitectura, cuyos tendidos eran de piedra de sillería sostenida por bóvedas convergentes hacia el centro de la misma, cuya armadura era de hierro puro, cuyo número de espectadores suficientemente acomodados era de 13.011 y, añádos los del palco regio, los de la presidencia, los de la Diputación y los de las mesetas y balconillos destinados a diversos servicios, sumaban 13.210, esta plaza que tenía dos grandes corrales para el ganado, cubiertos incluso, apartaderos, arrastradero, caballerizas, capaces para 50 caballos, chiqueros en número de 12, capilla, enfermería modelo para su tiempo, vivienda para el cobrador; sala de toreros, almacenes de efectos, cuartos vaqueros, la plaza que planeasen los arquitectos don Emilio Rodríguez Ayuso y don Lorenzo Alvarez Capra fue la plaza madrileña que sustituyó a otra, que estuvo en Londres.

Y esta plaza que estuvo en Londres—en la Exposición General de 1851—está ahora, también en la Exposición de Arte y Recuerdos Taurinos que, como acto singular de las fiestas de San Isidro, se celebra en el Museo Municipal de Madrid. En Lon-



Junto al cuadro de Pedro Romero, los borcegués que usaba el matador



Cabeza del toro «Jocinero», que mató a Pepete en la Plaza de Madrid

dres estuvo la maqueta que construyese—desde enero de 1843 a 1846—el tentente coronel don Juan Mata Aguilera, asesorado por varios matadores de toros, entre ellos Montes, el diestro celeberrimo. Aquí, pues, está la plaza madrileña, reproduciendo un día de corrida.

Aquí está, con cuatro mil figuras, de madera, espectadores estáticos vestidos con variados trajes de militar o de paisano de las distintas regiones de España, en actitud de alegría, de animación, de algazara; aquí están los letreros—de 0,03 metros de alto—con trajes de lujo; hay tres picadores, uno caído debajo del caballo, otro recibimiento al toro y el tercero esperando la salida de la suerte anterior; aparecen los banderilleros esperando turno y, entre barreras, se encuentran los alguacillos, picadores, empleados y vendedoras de frutas; en la meseta de toril, la música y los timbaleros y clarines; en el exterior, los aguadores, los vendedores de baratijas o comestibles ligeros, los pobres, los niños y los curiosos que esperan las noticias de la corrida; incluso, a la derecha, se ve el sitio donde se conducían los caballos a mejor morir y el carro donde se cargaban, ya muertos.

Es la más fiel y exacta estampa de un día de corrida madrileña en la primera mitad del siglo XIX.

DE LOS VESTIDOS DE LUCES

En un rincón, junto al balcón desde el cual se ve la calle de Puencarral—calle de hoy, ante móliles del siglo XX—, están los vestidos de luces que usasen Bombita, Machaquito y Lagartijo. Oros viejos, sedas descoloridas, a veces apolladas y, también, con restos de cornadas.

Fue, tal vez, en el año 1793, cuando Joaquín Rodríguez, «Cos-

tillares», pidiendo que a los toreros de a pie les fuese permitido el uso del galón de plata, tal como lo poseían los de a caballo, en la Maestranza de Sevilla, se inicia la moderna indumentaria del torero. El mismo «Costillares» aumenta el adorno de los galones con rapacejos, botones y bordados.

Después, fué ya Montes el otro gran reformador. Antes, «Sobaquillo»—Mariano de Cavia—dice en un soneto a Jerónimo José Cándido:

*Trocó el justillo de ante, nada
caroso,
y el calzón montaraz, por el vis-
toso
traje de seda y rica argentería.*

Francisco Montes «Paquiro», desecha la malla sujetadora del pelo e introduce la montera. Adorna con cordonería y pasamanería negras y remata con las borlas o machos, cuya forma y dimensiones han sufrido evoluciones constantes.

A su lado están las camisas de torear, la faja, el corbatín—que antes fuese pañoleta—, la taleguilla, las zapatillas flexibles y de una sola suela, las medias de seda rosa...

Por las salas de la Exposición hay muestras de todo ello, incluso trajes de picador, castoreños y hasta los borcegués que, a veces, usaba Pedro Romero.

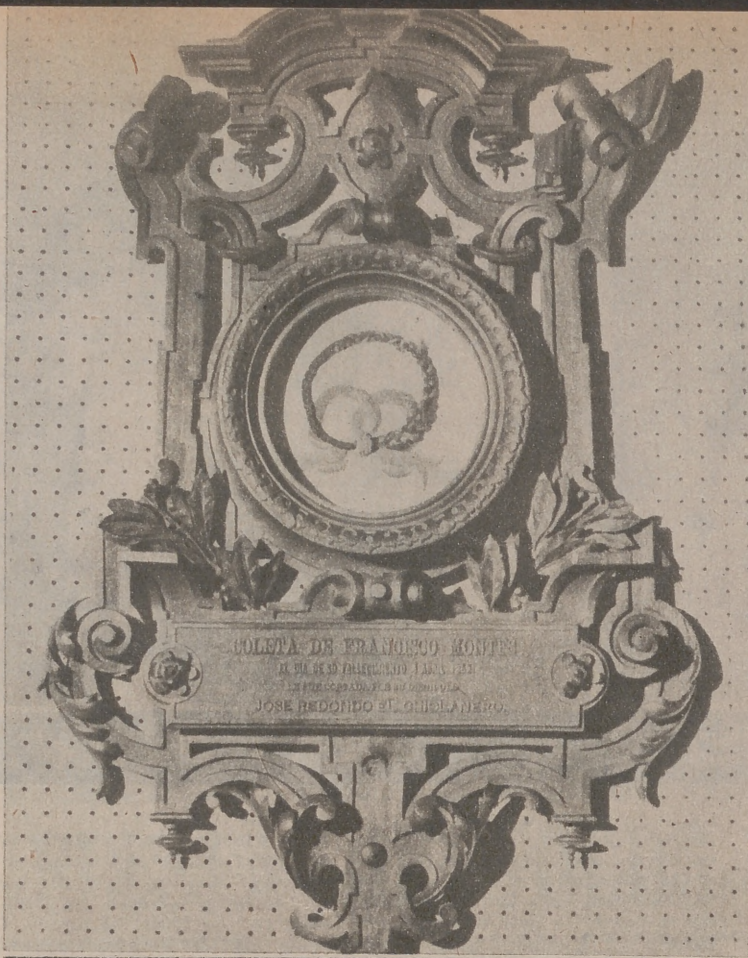
EL ESPIRITU DE LOS GRANDES MATADORES DEL SIGLO XIX

En el silencio de los recuerdos y los documentos está presente el espíritu de los grandes matadores.

Primero, Francisco Montes («Paquiro»), el maestro de la tauromaquia clásica que nace en Chiclana, allá un día de primeros de enero de 1805 y que torea por vez primera, según las

historias de la época, el 1 de junio de 1830, en el Puerto de Santa María, como sobresaliente de espada, «Paquiro», del que cuenta Gaona y Puerto, en «Sol y Sombra» de 1902: «Granada, Corrida de 29 de septiembre de 1839. Tomás Muñoz, sobresaliente de espada, había quedado al descubierto, viéndose perdido, quiso evadirse del peligro rodando por el suelo a manera de tope; pero el toro, sin hacer caso de los capotes que le llamaban la atención, le tiró un furioso derrote, rompiéndole la delantera de la chaquetilla. El toro intento de nuevo alcanzarle, pero Montes, comprendiendo las intenciones del animal y viendo aquel trance, se echó el capote en el brazo izquierdo y con la mano derecha, nerviosamente cerrada, descargó al cornúpeto, en el momento de tirar un derrote, tan fuerte golpe en el hocico, que el toro, lanzando un bramido, olvidó su presa y partió como un cohete sobre Paquiro; pero de tal manera, que no le dió tiempo a Montes de abrirse de capa y defenderse con ella, sino que el toro fué en su seguimiento a escasa distancia, propinándole hachazos en la cadera, hasta que el torero encontró ocasión de recortarlo, como lo verificó a cuerpo limpio; pero fue tan súbito el recorte, que el animal cayó rodando al suelo, al mismo tiempo que la multitud tributaba al valiente espada una ovación delirante.» El lance fue tan sonado—dicen los historiadores—que se imprimieron hojas sueltas en Granada relatándolo.

«El papel de Montes—opina Cossío—dentro de la evolución del toro es fundamental.» En él confluyen las enseñanzas de la escuela rondeña y es la figura inicial de esa cadena de toreros que se llaman largos y en la que desuellan, con luz propia, Chiclanero, Lagartijo, Guerrita y Joselito el Gallo.



En un curioso marco, la coleta de Francisco Montes «Paquiro», que le cortase, el día de su muerte, el Chiclanero

En el mismo cuadro que encabeza Paquiro hay otros nueve matadores.

El segundo es José Redondo (el Chiclanero), de Chiclana, pues; nacido en 1819. Fue el mismo Paquiro el que en una novillada celebrada en Chiclana le dijo al entonces incipiente novillero "En ti hay tela para mucho, y si te aplicas llegarás adonde rayan pocos." Y José Redondo, así, fue protegido y discípulo preferido de Francisco Montes. Fue uno de los toreros largos y cuando murió, a los treinta y tres años, de tuberculosis, los poetas cantaron su destreza:

*Tú, en gracia y garbo y sal, de
[tu maestro,
discípulo feliz, tú el más que-
[rido
y en la sangrienta lid más
[aplaudido
y entre todos los diestros el
[más diestro.*

Paquillo, banderillero de su cuadrilla, dijo: "Montes fue en el toro una hermosa bola de oro, pero José Redondo la labró y la "jiso monea"."

Francisco Arjona Herrera ("Curro Cúchares"), por predestinación, torero. Nació en Madrid el 20 de mayo de 1818, criado en Sevilla y con parientes tan notables como Costillares y Curro Guillén. En el cartel del 26 de julio de 1833, en la corrida celebrada en la plaza de la Maestranza, a beneficio de la Asociación del Buen Pastor, se leía: "Para mayor diversión del pú-

blico, después de muerto el cuarto toro, se soltará un becerro eral que banderillará y estoqueará Francisco Arjona ("Cúchares"), de edad de quince años, alumno de la Escuela de Tauromaquia de esta ciudad." Prueba de su éxito fue que el Veinticuatro Fernández de las Rozas le regaló un capote de seda y un verduguillo con el pomo y cruz de plata. En Cúchares, según Velázquez y Sánchez, en Cúchares se veían la alianza de la intrepidez con la más completa, seguridad de ánimo, las alternativas de la agilidad con el aplomo perfecto, las consecuencias de una enseñanza clásica y la feliz inspiración del privilegiado insilinto, la gracia que hace al torero simpático a los ojos de la multitud y el mérito que le recomienda a la estimación de los inteligentes."

De la competencia entre Cúchares y el Chiclanero es muestra la estrofa de "Don Clarenco":

*Los partidos van llevando
las cosas a tal extremo
que por si vale más Cúchares
o es mejor el Chiclanero,
la mejor tarde del año
vamos a tener un trueno.*

Cayetano Sanz, madrileño, nacido en la Arganzuela el 7 de agosto de 1821, es el cuarto de estos matadores del siglo XIX. Cayetano Sanz—curtido en el duro aprendizaje de la profesión sin ayuda de nadie—fue maestro en los lanceos de capa a la na-

varra, verónica, de tijera y, sobre todo, de frente por detrás. Aquí está ahora su estigie patilluda como sentenciando aquella su famosa frase: "Más vale no intentar una suerte que ejecutarla mal."

También era patilludo y arrogante Manuel Domínguez ("De perdicios"), al que un toro de Concha y Sierra—"Barrabás"—por más señas—le sacase un ojo de una cornada, en el Puerto de Santa María. Fue el valor distintivo natural del diestro sevillano; un valor imperturbable que le hacía, por ejemplo, esperar, a pie firme y desangrándose, junto a la barrera, a que se llevasen el toro causante de su cogida. "Para Manuel Domínguez—dicen sus biógrafos—, la eficacia era la condición esencial en el arte."

Antonio Sánchez ("El Tato"), sevillano y matador de toros en el siglo XIX. Fue el mismo Chiclanero el que comenzó a hablar bien de él.

*El último es El Tato;
mirale bien, lector que aunque
[novato*

*es apuesto, ligero,
y creo que ha de ser un buen
[torero*

*Si sigue como empieza,
mucho debe esperar de su deb
[trece*

*la gente aficionada:
el mal será para él si no ha
[nada*

En 1854, El Tato toma la alternativa, y en 1867, el 7 de junio, "Peregrino", cuarto toro de la corrida que estoqueaban El Tato y Lagartijo, cogió al primero, de cuyo perance hubo necesidad de amputarle la pierna. El propio duque de Vergara, en una carta dijo: "Hemos perdido el único matador de vergüenza, pues otros consenten que se les echen vivos los toros, sin apelar al recurso de la puntilla." El Tato mataba con gran estilo al volapié. "¿Quién que lo haya visto—se sentía en su época—puede olvidar aquella graciosa patadilla de El Tato al arrancarse al volapié?"

Después de El Tato, en el cuadro de los grandes matadores del siglo XIX, José Ponce, José María Ponce y Almiñana nació en Cádiz el 31 de marzo de 1830. El 16 de junio de 1853 se presentó en Madrid como media espada. En Córdoba, el "Boletín de Loterías y Toros" publicó una curiosisísima justificación del éxito conseguido por el diestro gaditano. Decía así: "Fue muy aplaudido Ponce, habilidosísimo peso a su miedo y a su mal arte para matar. No me extraña porque a esta plaza asisten muchos jornaleros, muchachos y otros seres animados que el vulgo llama mujeres."

Antonio Carmona ("el Gordito"), que nació en Sevilla en la primera mitad del siglo XIX y murió en 1920, a la edad de ochenta y dos años, ha sido uno de los banderilleros más variados de la tauromaquia.

"Eso no es torear, sino hacer titeres con los toros", dijo un día Pepete, admirado de las facultades, físicas del diestro. Los biógrafos del matador le enjuician

PRESION ROJA EN EL SURESTE ASIATICO

HACE pocas semanas, Ngo Dinh Diem, en una entrevista concedida a un periodista francés, señalaba la curiosa coincidencia de que las críticas que le dirigen los comunistas del Viet Minh se hallan apoyadas por las que proceden de ciertos círculos democráticos y progresistas de Occidente. Para los dirigentes rojos, el Viet Nam es un país totalitario al servicio del imperialismo occidental; para los segundos, el Viet Nam ha cometido el terrible pecado de no aplicar unas fórmulas políticas; olvidan que éstas se han revelado disgregadoras en Occidente y que serían aún más peligrosas en países de reciente autonomía.

Fueron precisamente esos «demócratas» los que facilitaron hace cinco años la celebración de la Conferencia de Ginebra en la que se decidieron los destinos de varios países del Sureste asiático. Tras el tiempo transcurrido la realidad es que, si bien con nombres distintos, continúan en pie los viejos problemas. La Conferencia de Ginebra de 1954 no consiguió detener el empuje de la marea comunista en dirección al Sur, y son los propios países amenazados los que han de tratar de hacer frente a la infiltración ideológica y la penetración armada.

Hace más de trescientos años los antepasados de Ngo Dinh Diem se convirtieron al catolicismo, y en la religión verdadera han vivido todos los descendientes de aquellos. Ngo Dinh Diem, católico y educado a la europea, pero completamente vietnamita, ha sido acusado siempre de una excesiva intolerancia con los comunistas y «compañeros de viaje». Se le ha reprochado su falta de fe en la coexistencia proclamada en Ginebra. Cuando tras la segunda guerra mundial Ho Chi Minh, lacayo de Moscú, fue reconocido oficialmente como jefe de la República vietnamita, Diem tuvo que soportar su encarcelamiento, mientras los comunistas, no contentos con quemar su magnífica biblioteca de 10.000 volúmenes, enterraban vivo a Ngo Dinh Diem, el hermano mayor del futuro Presidente.

Después, en la lucha de guerrillas del Viet Minh, Diem tuvo ocasión de conocer bien las atrocidades de la guerra revolucionaria, aplicada por los alumnos aventajados de los centros de subversión rusos y chinos.

Tras la conclusión de los acuerdos de Ginebra se llegó a la entrega a los comunistas de dos millones de católicos y al éxodo hacia el Sur por ca-

rrereras abarrotadas o a través de la jungla en busca de sus per pobladas ciudades del Viet Nam del Sur. Con los refugiados llegó la infiltración comunista; era la vieja táctica roja, la misma que se practica a diario en Berlín y que se ha conocido en Corea, Hong-Kong y tantos otros lugares próximos al mundo comunista. Al amparo de los que huyen pasan también agentes comunistas, cuya identificación resulta muy difícil, precisamente por el sistema que escogen para penetrar en el mundo occidental, donde como «refugiado» halla en seguida documentación, trabajo, vivienda y, por consiguiente, facilidades para cumplir su misión.

Ngo Dinh Diem se ha negado repetidas veces a celebrar unas elecciones en cumplimiento de los acuerdos de Ginebra. El Viet Nam del Sur, son sus propias palabras, es un país subdesarrollado y sometido a la constante amenaza del comunismo. En estas condiciones, las elecciones «libres» que reclaman los comunistas y los «demócratas» se convertirían en un simple instrumento que permitiría a los rojos una amplia libertad de movimientos y propaganda. Se pondría así en ejecución otro de los capítulos de la guerra revolucionaria.

No es el Viet Nam del Sur el único país de esta zona que conoce los efectos de la presión roja. En Laos se han infiltrado desde hace varios meses las bandas comunistas procedentes del Viet Nam del Norte, al mismo tiempo que se fomenta la rebelión en las provincias sometidas hace cinco años al control de los Gobiernos «populares» rojos. Esta acción agresora se complementa con las constantes acusaciones al Gobierno de Viet Nam de violación de los Acuerdos de Ginebra. La lógica inclinación hacia Occidente de un pueblo amenazado por los rojos es, pues, una manifiesta falta de neutralidad, que debe extenderse, al parecer, hasta la más completa inacción, aun en caso de amenaza mortal.

La acción en Viet Nam o en Laos forma parte solamente del amplio plan de conquista de toda la antigua Indochina. Esas tierras están en el camino natural de la invasión hacia el Sur, hasta Singapur, y de allí a Indonesia y Australia. Los guerrilleros comunistas de las selvas malayas, los agitadores antioccidentales de Indonesia y los dirigentes políticos rojos en Singapur, Kuala Lumpur o Djakarta persiguen, en realidad, el mismo objetivo.

así: «Gordito es un torero que, pese a la actitud despectiva con que en su tiempo le miraron los presumidos de inteligentes, tiene una influencia notabilísima en la evolución de la lidia. Capitalmente por la invención de un famoso qulebro, que imprimió un carácter especial a su toreo.»

Si el cuadro empieza con Paquirro, termina con otro coloso: Lagartijo. «Valía el dinero de la entrada verle hacer el paseíllo», dicen que comentó Guerrita. Lagartijo y Frascuelo, Lagartijo y Guerrita, fueron parejas famosas, en la maestría y en la competencia. Había nacido en Córdoba el 27 de noviembre de 1841 y murió en la misma ciudad el 1 de agosto de 1900. «La figura de Lagartijo aparece en la historia taurina con proporciones verdaderamente gigantesacas. Es sin duda uno de los cinco o seis eslabones de la gran cadena de toreros cumbres que desde Pedro Romero a Joselito han sido ejes de la torería en sus épocas respectivas.»

LOS MAESTROS DEL SIGLO XX

Documentos, cartas, manuscritos, cuadros, estatuas, banderillas, picas, lanzas, divisas, capotes, espadas... Por todos ellos va desfilando la historia del toreo.

Y del siglo XIX se pasa al XX. Antes están el capote de Reverte, y la coleta de Paquirro, y el lienzo de «La cuadrilla», de Vázquez Díaz y un gran cuadro en que la infanta Isabel va a los toros acompañada por la marquesa de Nájera.

Pero el gran espacio del siglo XX está ocupado por los dos genios del toreo: José Gómez (Galillo) y Juan Belmonte.

Del coloso de Gelves hay carteles, resúmenes de sus corridas, contratos, fotografías: del maestro de Triana hay retratos, escritos, vestidos. Si el siglo XIX dio una floración de figuras cimentadoras del toreo actual, el siglo XX ha dado —en su primera mitad, que no hay que olvidar que ésta es una Exposición de Arte y Recuerdos Taurinos— los matadores que elevaron a perfección un arte autóctono.

Al lado de Belmonte y José, los otros recuerdos tienen menos importancia. Aunque sean trágicos —como el grabado de la muerte de Hillo, como la cabeza del toro «Pocapena», que mató a Granero; como el cuadro con la cogida mortal de El Espartaco, como —aunque sean alegres—, la cabeza del toro «Carbanero», al que Vicente Pastor cortase la primera oreja en la plaza de toros de Madrid.

El caso es que la historia del toreo, que los que tienen treinta años no han conocido, y la historia del toreo, que los que tienen sesenta han sabido de algo de su parte, ha vuelto a revivirse por el deseo del Ayuntamiento madrileño, que ha traído de la mano, ya que no la presencia, el espíritu de los hombres, de los objetos y de las cosas del mundo profundo de la torería.

José María DELEYTO

(Fotografías de Mora.)

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 3,00 ptas. - Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre, 75; año, 140

“FIESTA DE TOROS



EN EL MUSEO MUNICIPAL DE MADRID, LA HISTORIA
Y EL RECUERDO DE LOS GRANDES LIDIADORES
ESTILOS Y PERSONAJES DE CADA EPOCA